En las fauces del asesino

Anna Borrás Martínez

Image not found.

Capítulo 1

VASYA

Durante generaciones, el tercer hijo de la familia Belikov ha nacido con un don. Evidentemente no me refiero a nada sobrenatural o mágico, no creo en esas cosas; a decir verdad, soy una persona bastante práctica. El don, o como a mí me gusta llamarlo, habilidad, podía tratarse en los ocho campos de destreza, si bien podía ser: sanidad, arte, inteligencia social, inteligencia emocional, lógica, matemáticas, tecnología o científica. El tercer hijo o hija Belikov siempre destacaba en uno de esos ámbitos; sin olvidar que el resto de sus hermanos eran excepcionales en cuanto a sus mentes, si hablamos de ello.

Nunca se ha conocido el motivo de esto, pero sí es cierto que la familia Belikov ha tenido gran poder en Rusia y parte de Europa del este. Supongo que el desacierto que en otras partes del mundo ven a los Belikov es que, como muchas familias de la zona, son cristianos ortodoxos. ¿Quién lo imaginaría de una de las más poderosas familias de Europa? Pues era así.

Se podía reconocer fácilmente al tercer hijo Belikov, pues la genética es caprichosa y siempre nacía con un cabello casi albino e intensos ojos azules. ¡Qué se le va a hacer! Los genes Belikov son buenos, debe ser eso porque no hay explicación real para ello.

Lo que los Belikov son capaces de hacer no es ningún secreto, aunque en cierto modo sí lo es el hecho de que una rama de los Belikov desapareciera sin motivo aparente para ser encontrados a los pocos días asesinados en su propia casa. Fue catalogado como una masacre, un infortunio en el que murieron doce Belikov; su tercera hija desapareció sin dejar rastro.

Según cuentan, todavía no había destacado en su habilidad, que solía relucir a la edad de catorce años. La niña apenas tenía diez años. Pero todo eso no son más que rumores y suposiciones. Quienes sabían lo ocurrido, estaban demasiado afectados y horrorizados pensando en que pudo motivar la masacre de los Belikov para llevarse a una chiquilla que ni siquiera había desarrollado al completo su habilidad; era desconocida para todos, incluso la familia, a excepción, quizás, de Víctor Belikov, el padre. Existe la teoría de que el gran científico Víctor Belikov experimentaba con ella y por eso la raptaron, pero nada más lejos de la realidad ocurrida.

Las personas que raptaron a la tercera hija Belikov sabían que había ocurrido algo nuevo en la genética, un hecho fuera de lo común se

había manifestado en ella.

Dicen que sólo hay ocho habilidades, pero al parecer una novena habilidad apareció con la pequeña. Quienes la raptaron y masacraron a su familia sabían que Víctor intentaría por todos los medios evitar el desarrollo de la habilidad, al fin y al cabo él fue el tercer hijo de su familia.

Quizás os preguntéis quien soy, quien puede saber tanto acerca de la gran masacre. Me llamo Vasya, o al menos es así como todos me nombran desde que tengo diez años. Nací en 1964, durante un periodo controversial, en el cual la guerra fría parecía a punto de estallar. Mi familia solía llamarme Vasilisa, para ser exactos Vasilisa Belikova. Tengo veintiún años y soy la tercera hija de Víctor Belikov, ¿mi habilidad? Matar.

Capítulo 2

Desperté sobresaltada, pues otra vez había soñado con la masacre. No es que no me doliese, pero ya no me afectaba tanto. Había pasado más tiempo de mi vida en donde me encontraba que con mi familia biológica. Un golpe en la puerta puso mis sentidos alerta.

—Vasya—. La voz de un hombre sonó amortiguada a través de la puerta—. Tenemos que hablar.

Suspiré mientras me vestía con una camiseta y unos pantalones cortos antes de abrir la puerta. Ante mí se encontraba Andrew Romanov, un chico de veinticuatro años que, a pesar del apellido, no tenía nada que ver con la última familia real. Esa noche llevaba un jersey negro y unos vaqueros, supuse que quien no iba adecuada al frio era yo.

—Dime, Andrew, que quieres—. Mi tono sonó exasperado, pues en realidad sabía a que había venido. Él estaba decidido a aclarar las cosas entre nosotros, lo que no parecía entender es que no existía ningún "nosotros".

—Ya te lo he dicho, tenemos que hablar—. Me miró fijamente con sus ojos color jade pálido—. ¿Puedo pasar?— Me aparté para dejarle paso y se sentó en la cama.

Me quedé mirándole inmutablemente, esperando a que comenzara o hiciese algo, el resultado iba a ser el mismo. No me malinterpretéis, Andrew era realmente atractivo pero para mí no suponía algo más allá que una diversión.

—Vasya… Yo… Bueno, nosotros hemos tenido contactos y necesito saber…— Se levantó y me miró a los ojos, era unos centímetros más alto que yo pero podíamos tener casi a la misma altura la mirada.

— Andrew, creo que ya dejamos claro que no existe un nosotros—. Puse mi mano sobre su pecho, era musculoso y yo había recorrido cada abdominal de su torso—. Pensé que lo habías comprendido.

— Vasya…—. Su voz sonó ronca al pronunciar mi nombre y antes de ser conscientes, nuestros labios se unieron en un beso pasional.

En un movimiento, inmovilizó mis muñecas con sus manos mientras que su cuerpo me aprisionaba contra la pared. Rodeé su cintura de un salto, algo que hubiese sido imposible de no ser por nuestro entrenamiento diario, y Andrew me llevó hasta la cama. Siempre acabábamos así, enrollándonos y teniendo sexo, para disgusto del pobre

Andrew que terminaba más confuso cada vez. Por una vez, no lo eché nada más terminar, pero fue más por la hora que porque mis sentimientos hubieran cambiado.

Poco antes del amanecer, desperté a Andrew.

— Vamos, has de irte—. Sacudí con suavidad su hombro—. No querrás que Ivanoshk te encuentre aquí.

Ni eso sirvió para hacerle reaccionar, así que probé a la antigua usanza: comencé a besarlo y respondió ante el estímulo. Me aparté mientras él mordisqueaba mi cuello.

— Andrew, está amaneciendo—. Gemí mientras él seguía.

— No pasa nada, Vasya—. Siguió besando mi cuello y entrelacé mis piernas a su cintura. Volvió a mí, moviéndonos a la vez mientras nuestra respiración se aceleraba. Arqueé mi espalda en el último momento, para sentir luego una inmensa relajación.

— Vete, Andrew—. Abrí los ojos y le miré a los ojos, su cuerpo estaba sobre mí—. Ivanoshk vendrá en media hora a despertarme. Verte aquí seria la ruina.

Lo cierto es que el señor Ivanoshk había sido quien me raptó, y yo gozaba de ciertos privilegios, pero si había algo que ese hombre no admitiese eran las relaciones románticas entre miembros de Élite. Pensaba que nos apartaba de nuestro deber. Obviamente, Andrew y yo no teníamos nada, pero la escena podía ser malinterpretada.

Conseguí sacarlo del cuarto cinco minutos después. No podía volver a dormir, así que decidí darme una buena ducha mientras esperaba la llegada de Ivanoshk.

Su llamada se escuchó cuando estaba terminando de ponerme la ropa de entrenamiento.

— Adelante—. Abroché el chaleco cuando se abrió la puerta.

— Buenos días, Vasilisa, no esperaba que estuvieses levantada—. Sonrió de forma paternal.

Me encogí de hombros y le devolví la sonrisa antes de seguirle al comedor. En realidad, Élite era una rama de los Spetsnaz liderada por Ivanoshk, aunque se podría decir que muy lejana. El desayuno transcurrió con mucha tranquilidad, a decir verdad con demasiada.

— Vamos, suéltalo, Igor—. Le espeté a Igor Ivanoshk. Era de las pocas personas que podían llamarlo por su nombre.

— Todo a su debido tiempo, Vasya—. Suspiró y se levantó junto a su bandeja—. Te veré en la sala de comandos en media hora.

Observé cómo se iba con creciente inquietud. No me habían convocado a comandos desde hacía seis meses, así que era una novedad. Hice un poco de tiempo saludando a compañeros antes de dirigirme a la sala. No se me ocurría que tipo de misión podría encomendarme en el caso de que me llamasen para ello.

Esperé sentada fuera, tras haber avisado de mi llegada. No tardaron mucho en pronunciar mi nombre.

Entré en una sala donde sólo reconocía a Igor, todos los demás me eran indiferentes. La sala tenía una gran mesa central, de color negro, rodeada de sillas también tapizadas en negro, donde se encontraban sentadas unos hombres trajeados, de cabellos engominados y sentados demasiado erguidos para ser natural. Detrás de la mesa, había una gran pantalla empotrada en la pared que se usaba para exponer diapositivas de las misiones o personas, todo dato que fuese de interés para el soldado. También había una maquina de café a la izquierda de la sala y justo a su lado, un bidón de agua de manantial que salía de un grifo si lo mantenías pulsado. Aquella sala siempre me parecía demasiado sobria.

— Vasilisa Belikova—. Un hombre alto me observaba junto a la mesa, de pie. Por su acento pude deducir que era americano— ¿Quien iba a decir que me encontraría ante una de las asesinas más despiadadas del mundo? Si me hubieran dicho hace unas semanas que este encuentro pasaría, diría que están locos.

— ¿Quién es usted? — Pregunté de manera cortante.

— Soy… -—. Elevé mi mano para hacerle callar.

— ¿Sabe? Me lo he pensado mejor y me da igual quien sea, sólo dígame para que quiere usted contratarme.

Igor me miró con desaprobación, pero el americano se puso a reír.

— Me gusta esta chica, tiene carácter, aunque quizás le falta algo de sentido del humor—. Fruncí el ceño ante ese comentario, quien se creía ese americano para decir que no tenía sentido del humor—. Bueno, Vasilisa, soy Arthur McGarret, y quiero que hagas una cosa para mí—. Arqueé una ceja, pensando en lo obvio de sus palabras, pero luego le miré con curiosidad—. Necesito que consigas información de un hombre, mejor

dicho información que posee un hombre y que después le elimines.

— Eso será fácil, ¿Quién es? — Crucé mis brazos sobre el pecho, mientras Igor encendía la pantalla con el mando.

— Quizás no tan fácil—. Me lanzó una mirada de soslayo—. Su nombre es Dimitri Petrov—. En la pantalla apareció la fotografía de un hombre con cabello oscuro por el hombro, una barba de varios días pero sin llegar a ser muy abundante, y mirada oscura. Muy oscura—. Fue entrenado por Spetsnaz en el colegio, asistió a un colegio militar, pero no es uno de ellos. Necesito que consigas información que él posee de valor para mí, tiene que confiar en ti. Cuando hayas cumplido el cometido, y yo tenga la información en mi poder, podrás matarlo.

Fruncí el ceño, pasando mi mano por la barbilla, mientras pensaba en lo que acababa de decirme. No podía dejar de mirar la imagen de Petrov, por algún motivo.

— ¿Qué estoy buscando exactamente?

— Buscas información sobre el caso Măcel. No necesitas saber más—. Arthur sonrió, lo que hizo que frunciera más el ceño. No me gustó absolutamente nada su sonrisa ni lo que escondían sus palabras.

— Lo hará—. Fue Igor quien aceptó en mi nombre.

Miré la fotografía de Dimitri Petrov antes de que la hicieran desaparecer, intentando memorizar cada rasgo de la persona, aunque ya la había mirado antes bastante. Me dieron una carpeta con información sobre Petrov, además de contactos cercanos a él, a quienes podría recurrir en caso de no poder localizarlo con facilidad. Me explicaron cual sería mi tapadera y buscamos soluciones a todas las posibles complicaciones que pudiesen ocurrir durante la misión. Algo me decía que aquella no iba a ser una misión fácil y que Petrov no iba a resultar sencillo de encontrar.

Capítulo 3

La información que me habían proporcionado en la carpeta sobre Dimitri Petrov era bastante escueta, nada de lo que leía me resultaba de gran utilidad a la hora de encontrarlo. En los últimos cinco años se había movido por toda Europa, siendo el último lugar donde se le vio Rumania, hacía un mes; era el único dato de utilidad. Me dediqué un rato a saber sobre su vida, lo básico: se llama Dimitri Petrov, de veintiocho años; perdió a su familia a una edad muy temprana y estuvo yendo de orfanato en orfanato hasta su mayoría de edad. Estudió en la universidad de San Petersburgo, aunque no había indicación de que había estudiado ni de si acabó la carrera.

Fruncí el ceño, frustrada. Últimamente, fruncir el ceño se había convertido en algo común en mí. Al día siguiente saldría hacia Rumania, donde tendría que usar los contactos que tenía como amigos de él para poder encontrarlo.

— Me vas a dar un gran dolor de cabeza, Petrov.

Comprobé la mochila una última vez para asegurarme de llevar el material necesario. No quería que me proporcionaran armas a las que tener que acostumbrarme, prefería las propias; eran más discretas. Una vez vi que todo estaba en orden. Guardé el archivo y lo puse en la maleta.

Siempre me quedaba sin saber que hacer mientras esperaba la hora de irme, así que fui a la sala de entrenamiento. Estaba vacía, a excepción de los muñecos de entrenamiento. La sala se componía de múltiples barras de madera en las paredes, para ser escaladas; cuerdas colgadas del techo de las que tenías que aguantar durante un tiempo sujeta; barras metálicas para hacer dominadas o mantenerte bocabajo; y muchos muñecos con forma humana, bastante conseguidos, para aprender donde golpear según quisieras dejarlo inconsciente o matarlo.

Cuando entrenaba, me quedaba tan absorta en los movimientos que me costaba darme cuenta de quien se acercaba, aunque no demasiado tiempo. Estaba golpeando un muñeco en el lugar donde debía estar el páncreas para dejarlo inconsciente, cuando sentí una presencia cerca; sus pasos eran apenas un murmullo, aun así pude girarme a tiempo para sujetar su brazo e inmovilizarle.

— Muy lento, Romanov—. Susurré en su oreja.

— Veo que sigues siendo imparable, aunque no me extraña, al fin y al cabo es tu habilidad, Vasilisa—. Había una sonrisa oculta en sus

palabras, lo que me hizo aflojar mi agarre. Craso error de principiante.

Sucedió tan rápido, que cuando me había deshecho de mi incredibilidad, era yo quien estaba con los brazos inmovilizados a la espalda. Regla número uno: nunca subestimes a un asesino.

— Mal, mal, mal, Vasya…— Respiró en mi cuello, como si intentase recordar el aroma para siempre—. Sabes que no debes vacilar en el agarre.

— Pero Andrew… Tú has olvidado que tengo piernas—. Golpeé su pantorrilla izquierda provocando que ambos cayésemos al suelo. Regla número dos: a un asesino no se le puede inmovilizar del todo. Su cuerpo se encontraba sobre el mío, impidiéndome movilidad. Me dio la vuelta, lentamente, hasta que dar mirándonos.

— ¿Qué haces aquí?— Pregunté mientras se sentaba a ahorcajadas sobre mi y sujetaba mis muñecas al suelo; me sentía un poco atrapada.

— Sólo quería despedirme—. Su sonrisa era triste—. No sé cuánto tiempo va a durar tu misión, pero vas sola.

Su cabeza se fue acercando a mí. Cuando se unieron nuestros labios, soltó mis muñecas, permitiendo que pasara mis brazos alrededor de su cuello. Fue un beso dulce, sin ningún interés sexual después. Casi podría decirse que era un beso con amor, pero yo no sentía amor por Andrew, simplemente no podía sentirlo.

Me separé de él, repentinamente y pude ver el desconcierto en su mirada.

— No podemos, podría venir alguien—. Dije apresurada.

Me zafé de su agarre conseguí quitarlo de encima, con una facilidad que anteriormente me habría parecido difícil; él seguía mirándome con desconcierto, sin saber cómo actuar.

— Ya te has despedido. Ahora voy a darme una ducha, te veo en la cena—. Me dirigí hacia la puerta dejando a un Andrew desolado tras de mí.

Una vez en mi habitación, no dejé de darle vueltas al tema ¿por qué no podía corresponder a Andrew? Ya no eran las estúpidas normas de Igor, si no que jamás me había enamorado en veintiún años. Tras la ducha, me vestí con unos vaqueros oscuros y un jersey fino de color negro. Casi todo mi vestuario se componía de ropa oscura, a excepción de la ropa para interpretar, que dependía del papel que tuviese

que demostrar, de mi personaje. Todavía quedaban tres cuartos de hora para la cena, por lo que decidí que no me vendría mal un trago. Cogí la botella de vodka que escondía en mi armario y bebí directamente. El líquido caliente bajó por mi garganta quemando mi esófago, lo que me producía una sensación realmente agradable. El tiempo voló entre trago y trago, hasta darme cuenta de que cuando se hizo el momento de irme a cenar estaba un poco mareada. La habitación daba vueltas lentamente, pero conseguí un punto de estabilidad; la botella estaba por la mitad, y cuando la cogí estaba recién abierta.

Definitivamente, no me salía rentable beber.

Me recogí el cabello en una coleta tirante y me eché un poco de colonia para ocultar el olor a alcohol. Con dos caramelos de menta y medio adecentado, me sentía con fuerzas de bajar a cenar con el resto. Todo por mantener las apariencias.

Cualquiera hubiera pensado que el don se vería afectado por la ingesta de alcohol o drogas, aunque lo cierto es que no era así. Mi tío abuelo Joseph Belikov era un borracho, bueno, era alcohólico, pero sobretodo era un gran ingeniero. Mi abuelo no fue el tercer hijo, si no el segundo aunque no importaba pues lo genes Belikov terminaban por aparecer. Quizás las mujeres u hombres con quienes se casaban tenían un porcentaje de sangre Belikov y por eso siempre se daba. No me imaginaba a nadie comprobando su árbol genealógico antes de casarse, sería absurdo.

Cogí una bandeja para llenarla de comida inmediatamente. Esto era como ir al instituto, o eso suponía, dado que nunca había ido al instituto. Estudié en la academia mientras me preparaban para ser letal. En once años maté a más personas de las que podía recordar, no era algo de lo que me sintiera orgullosa pero parecía ser lo único que se me daba bien.

Una mano se posó sobre mi hombro, sacándome de mi ensimismamiento. Era Roza Strauss, una chica rumana a la que habíamos encontrado en la calle sin donde ir. Roza tenía dieciséis años, pero llevaba cuatro con nosotros. Me caía bien aquella pequeña de pelo rizado y castaño. Siempre la admiré en secreto, desde que la conocía. Su cuerpo estaba muy bien formado, y tenía un espeso cabello castaño lleno de rizos que le llegaba hasta la cintura, además de unos ojos grisáceos que brillaban con la luz. Simplemente, preciosa.

— Hola, Vasya—. Su sonrisa le daba el aspecto angelical que tantas veces había provocado vacilaciones en el enemigo— ¿Cenas conmigo? Como mañana te vas, había pensado…

Roza parecía triste por mi partida; no pude más que aceptar. Nos sentamos en una mesa junto a algunos novatos, eran tres: dos chicos y una chica. Todos me observaban con la boca abierta.

— Hola chicos, soy…

— Vasya, Vasilisa Belikova—. Me interrumpió uno de los novatos con notable sorpresa en el rostro—. Nunca creí que llegaría a verte.

— Eres una leyenda—. Murmuró el otro.

— Pensaba que siempre estabas entrenando. Dicen que eres capaz de matar sin gastar energía—. Susurró la chica, sentada al lado del primer chico que habló.

Me sentía perpleja ante los novatos. Se suponía que Vasilisa Belikova estaba muerta, eso debía creer.

— Vasilisa Belikova está muerta—. Siseé—. Yo sólo soy Vasya.

— Bueno… Vasya, estos son Nathan, Ernest y Olenka.

Asentí ante la presentación de Roza, pero aun molesta por el momento anterior. Comencé mi cena, en silencio, bajo la mirada atenta de los demás. En un momento de imprudencia, uno de ellos intentó tocarme pero le agarré la mano al vuelo y lancé mi mirada más aterradora.

— Lo… Lo siento—. Nathan bajó la mirada a su plato.

— Bueno chicos, tengo que irme—. Me levanté con la mandíbula rígida. La cena me había irritado de sobremanera.

Dejé la bandeja en su lugar correspondiente, como después de cada comida y me fui hacia la puerta. No llegué a salir cuando Igor me agarró por el brazo. Su mirada era seria, así que sería importante.

— Vasilisa, ven. Todavía faltan unos detalles por ultimar.

Asentí y le seguí a la sala de reuniones. Vi que estaban analizando Rumania, en la gran pantalla de proyecciones, y que había señalado distintas ciudades.

— Hemos localizado a Petrov en Bucarest, fue donde estuvo el último mes. No tenemos datos de si se ha movido, pero es un buen lugar por donde empezar. Allí podrás ponerte en contacto con un amigo suyo—.

Igor hablaba rápido, pero no demasiado—. Hay que cambiar tu color de pelo, así eres demasiado llamativa.

Fruncí el ceño cuando me puso delante un tinte permanente de color caoba. Lo primero que se me pasó por la mente fue si a mí me iba a quedar bien el caoba; lo siguiente, que no quería probar.

— ¿No puede ser tinte temporal? Me teñiré más a menudo de ser necesario—. No pensaba echarme en el pelo algo que cambiase el color casi para siempre. Había oído que no recuperabas tu color natural jamás.

—Lo pensaré—. Dijo mirando los botes—. Ahora vete a descansar. Alguien pasará a teñirte antes de partir.

Salí dirección a mi habitación. No encontré a nadie que me entorpeciera mi camino, así que llegué bien y caí dormida en la cama al momento.

Un ruido me despertó, miré por la ventana sin saber qué hora era. Dando tumbos, soñolienta, abrí la puerta y una chica que no había visto en mi vida me sonreía desde la entrada.

— Hmmm… ¿Hola? —.Pregunté, claramente desconcertada.

— Buenos días, Vasya, soy tu estilista—. Entró en la habitación sin pedir permiso y comenzó a desplegar el material—. Te voy a echar un tinte temporal, aunque inicialmente iba a ser permanente. Ven, siéntate.

Parpadeé, pensando que todo era un sueño. Me senté y escuché sus indicaciones de cómo echar el tinte, mientras ella extendía aquel mejunje del demonio en mi pelo.

Pasado el tiempo de espera, no reconocía a la chica que tenía delante. Sus ojos se parecían a los míos pero definitivamente yo no tenía ese cabello castaño. La estilista se fue después de decirme que en treinta minutos salíamos al aeropuerto. Ultimé los detalles finales y fui donde me esperaba Igor Ivanoshk junto a cuatro guardias. Preparamos la información durante el trayecto al aeropuerto y me dieron un teléfono que usar en caso de necesitar comunicarme con ellos, o viceversa.

Pasé las dos horas de viaje adormilada y al bajar sólo me apetecía echarme a dormir un poco en el hotel. Decidí que valía más bien descansada y dormí unas horas antes de ponerme a trabajar.

Me despertó el servicio de habitaciones con el almuerzo. Mascullé una maldición y abrí con cuidado la puerta.

— Servicio de habitaciones—. Una chica rubia, parecía americana por el acento.

—Yo no he pedido nada —. Dije, suspicaz.

— Es política del hotel, traemos el almuerzo a todos los residentes. Siempre vienen muchos empresarios demasiado ocupados para bajar a comer —. Explicó con la misma sonrisa.

— Deja que compruebe algo —. Cerré la puerta, dejando fuera a la chica y el carrito y llamé a la recepción del hotel. Me confirmaron que era cierto. Volví a abrir la puerta, sin disculparme por antes—. Tenéis una política muy rara. Deja la bandeja ahí—. Señalé la mesa, a su lado.

La chica dejó la bandeja ahí, sin pararse a más y salió disparada, antes de que pudiese echarla de la habitación, no fuera a ser que se me ocurriese hacerlo, o esa es la impresión que me dio.

Comí el contenido del carrito en cuanto la chica desapareció; tenía hambre.

Revisé mi agenda en busca de Ivan Rinaldi, un italiano que parecía ser amigo de Petrov. Según mi informe, compartían piso, los dos. Era el mejor lugar para empezar a buscar. Miré la dirección en un plano, me la apunté en un papel y salí de la habitación.

Resultó estar un poco más lejos de lo que pensaba, pero andar servía para mantenerte en forma y para Élite, estar en forma era lo más importante.

Llamé al timbre, esperando que Rinaldi estuviese en casa. Esperé unos minutos antes de llamar por segunda vez y, cuando estuve por irme, abrieron la puerta. Un hombre cercano a los treinta, rubio, con barba incipiente y ojos grisáceos apareció en ella. Me observaba con curiosidad.

— Buenas tardes—. Tenía una voz profunda—. ¿En qué puedo ayudarte?

— Buenas tardes, estoy buscando a Dimitri Petrov… ¿vive aquí? —.Mordí mi labio, tenía que fingir nerviosismo.

— Soy Ivan Rinaldi, su compañero de piso—. Confirmó todas mis sospechas. Ivan me analizó con la mirada—. Creo que será mejor que pases, vamos—. Se apartó del marco de la puerta mientras pensaba en lo

fácil que había resultado. Él, antes de cerrar la puerta, miró a todos lados.

La casa era acogedora, pero con un toque moderno y daba la sensación de albergar inestabilidad mental.

— ¿Cómo has dicho que te llamabas? —.Preguntó Rinaldi cuando nos sentamos en el sofá.

— La verdad es que no lo he dicho. Me llamo Vasya, encantada—. Sonreí afablemente—. ¿Volverá pronto Dimitri?

Ivan me escrutó con los ojos entrecerrados, como si todavía no supiese si confiar en mí.

— ¿Cuál es tu relación con Dimitri? —.Preguntó. Chico listo, quería saber de qué conocía a su amigo.

— Soy… Bueno… Soy su novia—. Vacilé aunque Ivan parece que lo asimiló a la vergüenza—. Llevamos un tiempo hablando, nos conocimos por internet—. Bajé la mirada, haciendo creíble la mentira de que era una persona tímida—. Él no sabe que he venido. Es una sorpresa.

Iván suspiró aliviado, incluso se rió un poco, aunque una angustia se apoderó de él, parecía que le costaba encontrar las palabras.

— Pensé que vendrías a matarnos o algo. Últimamente han pasado cosas extrañas—. Hizo una pausa—. Me temo que tu viaje ha sido en vano. Dimitri no está aquí.

Me despedí de Ivan, intercambiamos números de teléfono, me dijo que le llamase cuando lo necesitara. Regresé al hotel y rebusqué entre mis cosas el teléfono que me dio Igor.

Marqué el número con celeridad, y tuve que esperar cuatro tonos antes de que lo cogiese.

— Igor, soy Vasilisa. Ya sé por qué Petrov no se ha movido el último mes de Bucarest—. Hice una larga pausa—. Está en la cárcel.

Capítulo 4

Petrov estaba en la cárcel, eso era fácil de asimilar. Lo que no era nada fácil de digerir era el hecho de que Igor me pidiese que lo sacara de ahí. Estaba en una de las cárceles más seguras de Europa. Era una locura.

Pude comprobar que el mundo se había vuelto loco cuando recibí una llamada de Ivan.

— ¿Cómo de dispuesta estás a ver a Dimitri? —.Preguntó sin saludar.

— ¿A qué te refieres?

-- Responde—. Su tono se volvió brusco.

— Lo necesario—. Afirmé con seguridad.

Un silencio sepulcral envolvió la llamada, que se prolongó aproximadamente dos minutos.

— Ven a verme ahora a casa. Cenaremos juntos.

Colgó sin despedirse y despertó mi curiosidad. Me cambié de ropa, no estaba muy presentable en ese momento. Una vez me puse unos vaqueros y un jersey, me fui. Cuando creí que la noche no podía ser más rara, llegué a casa de Ivan. Llamé al timbre, y la voz de este sonó por el receptor. Parecía que lo había instalado recientemente, pues cuando había estado hacia un par de días, no estaba.

— Contraseña—. Me quedé perpleja ¿contraseña? ¿Qué decía este loco?

— Ivan ¿qué diablos dices? ¡Soy Vasya!

— Contraseña o no puedes entrar, ¿Cómo sé que no eres alguien se le parece?—Arqueé una ceja, sin poder creérmelo.

— Ivan, abre la puta puerta o la echo abajo, tú decides.

—Contraseña correcta—. Abrió la puerta sonriendo, no había nerviosismo en su mirada— ¿Ves? Sabías la contraseña.

Me llevé la mano al rostro, pensando en lo imbécil que era el muchacho. La casa estaba semi iluminada, con muchos planos y aparatos

electrónicos.

— ¿Vas a robar un banco? —Bromeé al ver el material.

— No—. Su semblante era serio—. Vamos a sacar a Dimitri de la cárcel.

Me quedé muda de la sorpresa, no podía estar diciéndolo en serio.

— Tienes que estar de coña—. Espeté. Su rostro seguía serio—. ¡Está en una cárcel de máxima seguridad!

—Ven—. Me llevó hasta la mesa donde se encontraban los planos de la cárcel—. Aparentemente es inescrutable, pero no es así. Existe un hombre que se dedica a probar la seguridad de la cárcel. Entra como preso y se tiene que escapar. No consiguió salir de esta—. Le miré con una ceja arqueada—. No me mires así y espera a que termine. Hará unos años corrió el rumor de que el hombre desapareció, sin más, un día. Ha conseguido escapar.

— Continúa—. Fruncí el ceño, si un hombre había escapado, entonces tenía puntos débiles.

Ivan cogió su portátil, lo trajo hasta la mesa y empezó a teclear a gran velocidad.

— He estado siguiendo su trabajo de cerca, estudiando su modus operandi y…

— Ivan, ¿a qué te dedicas? —.Le interrumpí.

—Soy informático de una agencia—. Frunció el ceño, mirándome— ¿Puedo continuar? —. Asentí, un poco cohibida—. Vale. Como iba diciendo, he estudiado su modus operandi y sé como escapó de la cárcel—. Guardó silencio mientras me examinaba—. Pareces ágil y fuerte… Tendrás que entrar tú mientras yo te indico.

Suspiré resignada. Si aceptaba estaba cumpliendo órdenes en realidad; tampoco había mucha diferencia entre matar y sacar a un hombre de la cárcel ¿no? Me senté en la silla mientras Ivan me explicaba el plan de rescate y fuga.

Eran las doce y media de la noche cuando salí de casa de Ivan, con el estómago lleno y un plan que parecía una locura. Tan locura, que quizás podría funcionar.

El camino hasta el hotel se me hizo corto, llegué a la habitación, puse el despertador y quedé profundamente dormida.

El despertador tronó de forma irritante; lo único que impidió que estampara el teléfono contra la pared fue pensar que me quedaría "incomunicada". Llamé al servicio de habitaciones para que me trajeran el desayuno; mientras esperaba, contacté con Elite para informar de que sacaría a Petrov ese día. No di muchos datos, pues no confiaba en aquella supuesta línea segura.

El desayuno llegó cuando pensaba ponerme algo de ropa, pero opté por envolverme en la bata del hotel y abrir.

—El desayuno, señorita Ivanoshk—. Igor me había registrado con su apellido para no levantar sospechas.

— Gracias, déjelo donde ayer—. La chica entró, dejó la bandeja sobre la mesa y se fue, como si nunca hubiese estado allí.

Suspiré. Ese día iba a ser realmente duro. Todavía no tenía hambre así que dejé tapado el desayuno mientras me daba una ducha. Comprobé que el tinte estaba saliendo, al ser temporal duraba poco. Me sequé el pelo, saqué un bote de tinte temporal caoba y comencé a poner el mejunje en mi pelo como aquella mujer me había enseñado. Me di cuenta de que terminaría necesitando un tinte permanente. Una vez me hube aclarado y secado el pelo, volvía a tener el color caoba que cuando llegué a Bucarest.

Decidí que ya tenía hambre y pude ver, para gran placer mío, que el desayuno lo componían tortitas con sirope de arándanos, crêpes de crema, café y un zumo de naranja. Me tomé mi tiempo en acabarlo.

— Bien… Ahora a preparar la ropa necesaria y los objetos—. Me dije abriendo el maletín. Pensativa, acordé llevar el flúor y la cuerda de piano; el resto lo tendría que proporcionar Ivan.

Escogí la ropa de entrenamiento compuesta por un pantalón negro elástico que se ajustaba igual que una segunda piel y un chaleco sin mangas de cuello alto, siendo esto último lo que ocultaba nuestros transmisores.

Guardé todo en una pequeña mochila, debía pasar desapercibida. Me vestí con unos vaqueros y una sudadera de universidad, ropa cómoda que me daba un aspecto de estudiante cuando me colgaba la mochila. Eché un vistazo en el espejo a mi aspecto después de esconder la maleta y el maletín. Salí dispuesta a encontrarme con Ivan en el parque frente a su casa. Resultaba mofante que nos encontrásemos

en el parque para luego ir a su casa.

Él me esperaba en un banco, con una gorra y gafas de sol. Observé que fingía leer el periódico.

—Espero que no sea esto lo que entiendes por discreción—. Le comenté cuando me senté en el banco—. Es el peor disfraz que he visto.

—Confía en mí, piccola—. Se levantó y le seguí hasta una furgoneta negra—. Te presento mi centro de operaciones.

Aquello me sorprendió. Estaba ya montado el equipo y comprobé que se encontraba dentro del circuito de la cárcel.

—Toma—. Ivan me sacó de mi ensimismamiento. Me tendía un objeto pequeño, color transparente—. Es un auricular, podremos mantener el contacto a través de ellos; funciona ampliando las vibraciones de la mandíbula.

—Nunca había visto algo así… ¿Es tuyo? —.Me lo coloqué en la oreja como un tapón contra el agua. Era cómodo.

□ ¿Es que sueles asaltar muchos bancos o ver aparatos de comunicación a menudo? No, no es mío. Se lo compré a un amigo… Es un auténtico genio□. Esbozó una sonrisa tímida y se colocó el suyo.

Repasamos el plan una vez más y me tendió una pistola nueve milímetros. La observé con cuidado antes de negarme.

—Para esto mejor no usar pistola—. Saqué la cuerda de piano ante su desconcierto—. No preguntes.

Ivan tragó saliva y vi un poco de respeto en sus ojos.

—Eso es difícil de usar…—. Murmuró—. No hay muchas personas capaces. Dicen que es el modus operandi de los Spetsnaz rusos—. Tenía la mirada fija en la cuerda.

— Bueno, no es que sea una experta—. Mentí—. Sólo he aprendido algo en las películas.

— Llévate la pistola por si acaso—. Me la volvió a tender y la cogí, guardándomela en la mochila.

— No mires—. Le espeté y él se dio la vuelta. Me cambié la sudadera por la camiseta negra y los vaqueros por los pantalones de

entrenamiento. Recogí mi pelo en un moño—. Ya estoy.

— Joder, vaya cambio—. Soltó Ivan, lo que pareció haber sido sin pensar porque giró la cara después.

— Bien, vamos a asaltar una cárcel de máxima seguridad—. Sentencié con una sonrisa mientras daba una palmada.

Entré en una alcantarilla, el olor no era precisamente agradable, pero era la única forma de acceder a la cárcel. Ivan me guió hasta el desagüe de las duchas. El cual era sorprendemente grande. Con ayuda de un destornillador, fui quitando la tapa; para ser una cárcel de máxima seguridad, eran poco cuidadosos con los desagües.

Las duchas eran el único lugar de toda la cárcel sin cámaras. El conducto de ventilación estaba alto, pero conseguí subir con esfuerzo. Mi estatura no ayudaba demasiado en estos casos, pero servía para otras ocasiones.

— Ivan, maldito bastardo—. Susurré mientras observaba los rayos detectores en el conducto—. ¿Quién cojones pone rayos detectores en un conducto de ventilación?

— Lo siento, Vasya, no lo sabía—. Escucho en mi oreja—. Bien, ve a la derecha, saldrás una planta por encima de donde se encuentra Dimitri, pero podrás ir por los tubos hasta otro conducto, que baja hasta la otra planta… Intenta no caer.

Bufé, resignada mientras seguía las indicaciones del gilipollas que se encontraba al otro lado del auricular.

Los tubos eran muy finos, pero resistentes. Me tomé mi tiempo en llegar al conducto de ventilación, cincuenta metros después. Escuché pasos por debajo de mí y me oculté como pude, aguantando la respiración. Pasaron de largo, parecían vigilantes lo que me daba exactamente un minuto y medio para estar en el conducto. Me sobró un minuto.

— Vuelvo a estar en el conducto—. Murmuré.

—Avanza y gira a la derecha, a diez metros está la bajada—. Seguí las instrucciones. Cubrí mis manos con guantes y comencé a bajar lentamente… Caí con un golpe seco—. Demasiado ruido, Vasya.

— Cállate, tú no lo habrías hecho mejor—. Siseé.

— Sal del conducto, yo te indicaré cuando hayas llegado.

Avancé hasta recibir la señal de aviso, que resultó ser un grito a través del auricular; me dejé caer sin soltar las piernas, asegurándome de que estaban bien sujetas y vi, aunque del revés, a Petrov, que me observaba desconcertado.

— ¿Quién eres? —.Preguntó con voz queda.

Me agarré a los barrotes, para mantener un equilibrio y solté las piernas, cayendo al suelo. El mundo regresó a su posición natural. Después, me quité el auricular y lo guardé, aislando a Ivan de lo que iba a decir a continuación.

— Buenas tardes, Petrov, me llamo Vasya y he venido a rescatarte—. Sonreí ampliamente, ante su incredibilidad.

Capítulo 5

— ¿Qué tú vas a qué?—. Preguntó Petrov. Se echó a reír, ¡Se estaba riendo de mí! Mis ganas de terminar el asunto y matarlo aumentaron notablemente—. Pero ¿cómo piensas sacarme de aquí? Esto es una cárcel de máxima seguridad y tú no debes tener más de diecisiete años, tirando por lo alto.

Sentí la ira inundar mi estómago. Saqué dos clips y abrí la puerta de la celda ante el desconcierto de Petrov. Sonreí burlona tras apartarme a un lado.

— Así pienso hacerlo—. Dije enfurruñada—. Ah, y tengo veintiún años—. Saqué el auricular y lo coloqué en mi oreja derecha—. Ivan, ya he sacado a Dimitri ¿Cuánto tiempo tenemos?

— ¿Por qué te has quitado el auricular? ¡Te estaba hablando!—. Rinaldi sonaba airado—. Tenéis exactamente siete minutos con cuarenta y tres segundos para llegar a las duchas y escapar, el tiempo corre, ¡YA!

—Siete minutos y cuarenta y tres segundos, vamos.

Petrov me miró sin comprender pero me siguió por los pasillos. Estábamos a punto de llegar cuando Rinaldi avisó de un guardia acercándose a nosotros.

—Mierda—. Mascullé. Miré a Petrov—. ¿Puedes subir a esos tubos? Eres alto, deberías llegar saltando.

Este asintió y se encaramó a los tubos, ocultándose como podía. Medio minuto después, un guardia apareció. Le pilló tan de improvisto mi estancia allí que cuando pudo reaccionar, ya tenía la cuerda de piano ahogándole.

Desenrollé el arma, cortándole el cuello, lo que le produjo una muerte dolorosa y sangrienta. Petrov bajó de los tubos, con un golpe sordo, y me miró impresionado. Eché un vistazo al cronómetro, viendo que nos quedaban escasos dos minutos. Entramos en las duchas; esta vez, desatornillar fue más rápido porque éramos dos. Una vez habíamos salido de la cárcel, atornillamos la tapa de nuevo, con la mayor rapidez que podíamos; empezaron a sonar las alarmas. Habían pasado los siete minutos y cuarenta y tres segundos, pero estábamos fuera y la alcantarilla intacta en su lugar.

— Lo hemos conseguido—. Suspiré y sentí ganas de reír.

—No puedo creerlo… Soy libre—. Petrov se echó a reír y me abrazó, lo que fue incómodo, pues no estaba acostumbrada a ello.

—Vámonos de aquí, este sitio apesta—. Seguí el camino a la inversa para poder salir en la misma alcantarilla donde nos esperaba Rinaldi.

Sonreía abiertamente y nos tendió la mano para salir a ambos.

— Lo has conseguido, Vasya—. Miró a Petrov—. Tío, tu novia es increíble.

Petrov me estudió con la mirada una milésima de segundo para después pasar el brazo por mi cintura.

— Sí que lo es. Te he echado de menos, cariño—. Me besó. El desagraciado me besó. Para mi disgusto, besaba muy bien y sus labios eran suaves. Se separó y me miró como diciendo "ya hablaremos a solas".

Mi teléfono sonó en el momento más adecuado. Me aparté un poco y lo cogí.

— Alló? Oui, je suis—. Me llamaba Igor, pero en una conversación anterior me había pedido que hablase en francés—. Je ne suis pas; oui, oui, suitaitez-vous les tuer? Je les trouver et tuer leur, droit? —. Esperé una respuesta al otro lado del teléfono—. D'accord. Au revoir—. Colgué y regresé con los chicos sabiendo que me habían oído hablar francés.

— ¿Hablas francés? Pensé que eras de Europa del este—. Dijo, sorprendido, Ivan.

— Oh, y lo soy, no soy francesa—. Me reí—. Mi abuelo sí, por eso lo hablo. Era él quien me llamaba.

Eso pareció bastarles, pues nos dirigimos a su casa; ni siquiera me habían preguntado si quería ir. Tenía cosas que recoger allí antes de volver al hotel. Mi intención era irme nada más recoger, pero Petrov consideró opinar diferente. Me llevó hasta su habitación, con la escusa de que teníamos mucho de lo que hablar. La sonrisa de bobo enamorado se esfumó una vez cerró la puerta.

— ¿Quién eres tú? Yo no tengo ninguna novia que conocí por internet y menos aún conozco a ninguna Vasya.

Suspiré y me dejé caer en una silla cercaba mientras pensaba que decirle. Mi mente analizaba situaciones a mil por hora, pero el nerviosismo de Petrov aumentaba.

—Me llamo Vasya Ivanoshk, me contrataron para sacarte de la cárcel y protegerte de quienes quieren verte muerto—. Una mentira siempre tiene algo de verdad y en esta la realidad estaba en que iba a matar a mi competencia. La vida de Petrov era mía—. Hay muchas personas que buscan algo que tienes, información valiosa. Mi misión es que no caiga en malas manos y siga perteneciéndote.

Petrov frunció el ceño, pensativo. Se pasó la mano por la barbilla, que estaba cubierta de barba.

— ¿Por qué le dijiste a Ivan que eras mi novia en vez de contarle esto?

— ¿Qué? —. Me eché a reír, una carcajada limpia de sarcasmo o ironía—. ¿Crees que hubiese confiado en mí de haberle dicho eso?

—Tienes razón—. Petrov se relajó notablemente, en sus labios asomaba la sombra de una sonrisa—. Entonces tendremos que fingir ser novios… Mientras estés aquí—. Se frotó la barbilla otra vez—. Creo que deberías quedarte en casa con nosotros.

Me mostré sorprendida aunque por dentro sonreía complacida. Había conseguido que me lo facilitaran.

— No quiero ser una molesta—. Titubeé, siguiendo mi papel—. Me alojo en un hotel… Estoy bien allí.

— Insisto—. Abrió la puerta y gritó a Ivan—. ¡Qué te parece que se quede Vasya en casa! —. Se oyó un grito desde la cocina que sonó como un “no aceptaré un no por respuesta”.

Conseguí que me dejaran volver esa noche al hotel. Con la condición de trasladarme al día siguiente. Eran muy insistentes, incluso resultaban irritantes, así que tendría que andarme con cuidado.

Marqué el número de Élite, esperando una respuesta. Nadie contestó así que lancé el móvil a la cama y fui a darme una ducha. A pesar de todo, no me había ensuciado demasiado.

Me estaba secando cuando el teléfono sonó.

—Aquí Vasya—. Descolgué, al otro lado se escuchaba la voz de Sveta Rimski—. Sí, la misión avanza, he conseguido que me ofrezcan vivir con ellos—. Más órdenes indirectas, Igor no estaba—. Bien, adiós—.

Colgué.

Desperté con los primeros atisbos de luz, la noche anterior me había quedado dormida tras colgar. Recogí todas mis pertenencias y fui a darme de baja del hotel.

Me planteé tomar un taxi para llegar a casa de Petrov y Rinaldi pero eso haría que llegase demasiado pronto. Caminé con la mochila a la espalda, el maletín en la mano derecha y arrastrando la maleta con la izquierda. Los habitantes de Bucarest comenzaban su vida laboral; algunos preguntaban si necesitaba ayuda, una sonrisa después de de negar y ya sentían que habían hecho una buena acción.

Llegué a la puerta y estuve debatiéndome entre llamar o no. Mordí mi labio inferior y llamé.

Me abrió Petrov. Se había afeitado, llevaba el pelo recogido en una cola y pude comprobar que sus ojos eran de color gris oscuro y no negros como en la foto que vi.

— Llegas temprano, Vasya—. Esbozó una sonrisa.

— Ya, es que no quería que tiraseis la puerta de la habitación abajo o prendierais fuego al hotel—. Bromeé.

— Por favor, que mala imagen tienes de nosotros—. Fingió verse ofendido pero su mirada había diversión. Cogió mi maleta, pues no le dejé coger el maletín y la entró en el cuarto de invitados. Era una habitación pintada en color crema, con muebles caoba, tenía escritorio, cama bajo la ventana, un armario empotrado y una puerta que daba a un cuarto de baño—. Espero que te sientas cómoda aquí.

— Es muy acogedor, sí.

Petrov salió de la habitación, dejándome intimidad para instalarme. Guardé el maletín bajo la cama, coloqué el portátil en el escritorio y dejé la maleta en el lateral del mismo. Más o menos podía darme por instalada, por lo que salí.

— He preparado café—. Dijo él nada más abrir la puerta. El olor me guió hasta la cocina. Me sirvió en una raza y nos quedamos en silencio.

— ¿Qué quieren de mí quienes desean matarme?

No le respondí durante un largo momento, dando vueltas al

café con la cucharilla.

—Algo sobre un informe… El caso Măcel o algo así—. Me encogí de hombros, disimulando no saber con exactitud de que estaba hablando, aunque lo cierto es que no conocía el contenido de ese informe.

Petrov se quedó muy quieto, con la mirada en la mesa.

—Cambiemos de tema—. Sentenció con una sonrisa forzada—. ¿Te apetece que te enseñe la ciudad?

— Eres un fugitivo, Petrov—. Señalé arqueando una ceja—. No puedes salir.

— Bueno… Respecto a eso…—. Pasó una mano por su nuca—. Ivan se ha colado en el sistema y ha hecho creer que me han soltado.

Casi me atraganté con el café. Petrov vino a darme golpecitos en la espalda, lo que hizo que acabásemos riendo. Acepté que me enseñara la ciudad, al fin y al cabo necesitaba encontrar una iglesia.

Nunca había imaginado que Bucarest fuese tan precioso… Y la compañía resultó muy placentera. Me reprimí mentalmente por no centrarme: había ido a matarle, no a disfrutar de su compañía.

Esa noche, los tres salimos de copas juntos; Rinaldi decía conocer un pub donde ponían el mejor vodka ruso de todo Bucarest. El pub era tranquilo, con un decorado estilo pub ruso, pero además disponía de varias mesas de billar y una diana de dardos. Me senté en la barra, esperando a que me atendiesen. Pedí una copa de vodka ruso solo en cuanto el camarero se acercó a preguntarme que quería y esperé a que me lo sirviera. Me acababan de seguir cuando Petrov se sentó a mi lado y pidió lo mismo. Rinaldi estaba jugando al billar con unos amigos que se había encontrado, o eso fue lo que quise creer.

— Bebes muy rápido, ¿no crees?—. Dijo Petrov. Me fijé en que mi vaso estaba vacío. Había bebido sin darme cuenta. Me encogí de hombros y pedí otro—. No deberías hacerlo.

¿Por qué te importa? No es que tú bebas poco—. Contesté de forma brusca—. No es de tu incumbencia, Petrov.

Él sonrió, con esa sonrisa que te daban ganas de pegarle y al mismo tiempo abrazarle y se acercó a mí, hacia mi oído.

— Creía que ya habíamos superado esa fase, Vasya.

Le ignoré, poniendo los ojos en blanco, y bebí medio vaso de un trago, del que me acababan de servir. Petrov frunció el ceño, descontento. Vi de reojo como bebía el suyo de un trago y pedía otro.

— Ahora estamos iguales—. Gruñó mientras se bebía medio vaso. Le miré sorprendida y comencé a reír—. Tienes una risa deliciosa, deberías reír más.

— Estás borracho—. Señalé mientras me reía tapando mi cara.

— No, aún no lo estoy—. Negó y después me besó. Me quedé paralizada.

— ¿Qué crees que haces?—. Siseé cuando nos separamos. Volvió a acercarse, esta vez a mi oreja.

— Hay muchas personas que me conocen. A estas alturas, todos creerán que eres mi novia.

— ¿Y eso por qué?—. Susurre, escéptica.

— Ivan es un cotilla—. Se encogió de hombros.

Después de aquello, me sacó a bailar a la pequeña pista de baile que tenía el pub. Fue una de las mejores noches que recuerdo, en la que casi me sentí normal. Parecía una adolescente como otra cualquiera, alguien que podía divertirse sin mayor preocupación que como pasaría al día siguiente la resaca.

Esa madrugada, a punto de amanecer, entramos en casa. Me dirigí directamente a mi cuarto, cayendo rendida en la cama y, por una vez, me permití sentirme como una chica de mi edad.

Capítulo 6

Dicen que es necesario llevar un mes conviviendo con alguien para conocerlo realmente, y tienen razón.

Pasado un mes desde que me fui a vivir con ellos, comencé a descubrir más acerca de cómo eran. Descubrí la habilidad de Ivan para hackear cualquier aparato electrónico; su pasión por la pintura, siendo sus dibujos y cuadros realmente impresionante; que era peor que una chica de instituto en cuanto al tema de cotillear y su don para decir frases inoportunas en momentos incorrectos; esto último lo comprobé cuando le dio por gritar "chicos, esto está que arde", mientras se quemaba la cocina… literalmente. Por suerte, la cocina sobrevivió, aunque no gracias a Ivan y sus chistes. También había que admitir que se le daba bien cocinar.

Por otro lado, de Dimitri aprendí su pasión por la música clásica, los libros y los deportes de riesgo; tenía aficiones tan dispares que casi parecía retazos de otras personas, pero sabías que eran suyas, que él era así de diverso. También me di cuenta que era feliz, me sentía tan feliz que llegué a soñar con una vida normal, sin asesinatos… eso no era posible, pero soñar es gratis.

— Hoy Vasya está muy contenta—. Cuchicheó Ivan con Dimitri.

— Si que es verdad—. Dijo el otro—. Qué extraño, ¿no?

— Ya te digo, Dimka.

Les miré mal y empezaron a reírse.

— No tiene gracia—. Me crucé de brazos, enfurruñada—. Yo no os digo nada cuando estáis felices o tenéis esos estúpidos tics.

— Era broma, Vasya—. Ivan frunció el ceño— ¿Qué estúpidos tics?

— Por ejemplo, Dimka se toca la nuca cada vez que está nervioso o tiene que decir algo que le cuesta. Tú, te rascas detrás de la oreja cuando mientes—. Expliqué con tranquilidad.

— ¡Yo no hago eso! —. Protestó Dimitri.

— Sí, tío, sí que lo haces—. Aseguró Ivan—. Pero yo seguro que no me rasco la oreja al mentir—. Comenzó a rascarse detrás de la

oreja izquierda.

— Lo estás haciendo ahora mismo—. Señalé aguantando las ganas de reír.

— Mierda—. Masculló—. Bueno, he quedado, volveré para comer—. Ivan hizo un movimiento de cejas y se levantó.

Suspiré y me estiré en mi sitio. Me encantaba esa casa y las personas que estaban allí, pero sabía que esto no duraría para siempre. Por un momento, deseé no tener que matar a Dimitri, ¿tan importante era lo que ocultaba el caso Măcel? Negué con la cabeza, un poco triste.

— Vasya ¿Estás bien? —. Dimitri posó una mano en mi hombro. Asentí sin mayor respuesta.

— Voy a ir a la iglesia—. Me levanté, zafándome de su mano, un poco más brusca de lo que pretendía.

No pude avanzar mucho porque me encontré contra la pared, inmovilizada. Dimitri era fuerte, más que yo, y su cuerpo impedía que pudiese deshacerme de él.

— No estás bien. No sé qué te pasa pero no estás bien—. Aflojó un poco el agarre de mis muñecas pero seguía siendo un muro infranqueable. No sabía cómo iba a matarle si no era capaz de apartarlo. Sus ojos grises me escrutaban el rostro, quitándome la respiración—. Cuéntame que te ocurre, Vasya.

— Estoy bien—. Insistí esperando que se moviese. Me incomodaba su cercanía, su olor a menta me envolvía y no podía permitir enfrascarme más. No me permitía mantener la cabeza clara, eso me impedía responder adecuadamente a su agarre.

— No, no lo estás. Lo veo en tus ojos—. Susurró. Su rostro se acercaba lentamente al mío; estábamos a escasos centímetros, nuestras respiraciones se entremezclaban. Me quedé expectante a sus movimientos; no podía desviar la mirada de la profundidad de sus ojos, y él desviaba su vista a mis labios—. Déjame ayudarte—. Su aliento a eucalipto cosquilleó en mis labios. No me dio tiempo a coger aliento cuando nuestros labios se juntaron, aunque fue más iniciativa de él. Fue un beso diferente a los que me daba cuando había alguien delante, este era pasional, algo brusco y al mismo tiempo delicado, como si temiese hacerme daño.

Nos separamos, respirando con rapidez, mi corazón parecía a punto de salirse del pecho ¿Qué era eso? Dimitri soltó mis muñecas y salí

corriendo de casa mientras él gritaba mi nombre.

Al llegar a la iglesia, me faltaba el aliento y las lágrimas caían por mi rostro. Me sentí frágil y pequeña ¿qué me había hecho? ¡Yo no era así! Yo era implacable, sin sentimientos y jamás lloraba. Cuando pude serenarme, entré. Había solo un hombre mayor además del cura. Ese hombre solía estar ahí cada día; siempre vestía igual: traje negro, corbata azul y sombrero negro con la cinta en blanco. Era mayor, con el pelo blanco y barba, solía saludarme quitándose el sombrero.

Me acerqué al cura y sin decirle nada, asintió para dirigirse al confesionario. Le seguí en silencio y entré en la zona que me correspondía.

— Ave maría purísima—. Comencé.

— Sin pecado concebido—. Me contestó.

— Padre, vengo a pedir consejo, porque voy a pecar.

— ¿Por qué vas a pecar, hija mía? Puedes evitarlo si así lo quieres.

— No, Padre, no puedo. Tengo que matar a una persona—. Expliqué sintiendo como me sudaban las manos. Las restregué en los vaqueros para que se fuese la sensación—. Es mi trabajo, me dedico a ello. Pero esta vez es diferente, no voy a poder hacerlo… Cuando estoy con esa persona, me tiembla el cuerpo, mi respiración se acelera y no puedo controlar los latidos del corazón. Me hace sentir frágil y pequeña. No me gusta sentirme así, antes no sentía más remordimiento que el de verme como un monstruo a los ojos de Dios, y ahora me siento igual que si me arrancasen un trozo de mí, siento que no podré matarle, que será superior a mis fuerzas y me veré incapaz, me bloquearé.

Se hizo un silencio entre los dos, las manos me sudaban cada vez más. Sólo podíamos escuchar mi respiración acelerada por los nervios y el murmullo del cura, pensativo en mis palabras.

— A veces hay que dejarse llevar por el corazón. No tienes que matarle, no quieres hacerlo, entonces no lo hagas. Haz lo que creas que tu corazón te pide hacer. No permitas que un trabajo condicione tu vida, te has cobrado ya demasiadas vidas, hija mía, quizás sea hora de parar de matar. Tal vez debes cambiar de trabajo.

— No puedo dejarlo… Me han criado, han sido mi familia desde siempre… No me queda nadie, sólo ellos. Si intento dejarlo, me encontrarán, no sé como lo harán, pero esté donde esté conseguirán

encontrarme, no puedes escapar de ellos, es imposible.

— Lo dices como si pertenecieras a una mafia rusa… O algo similar—. Bromeó el cura. Lo que me gustaba de ese cura era que podías bromear al mismo tiempo que hablar de algo serio, no era como los tradicionales, y ayudaba a que mi carga fuese menor.

— Puede llegar a ser peor que la mafia rusa, Padre, mucho peor…—. Suspiré, decaída, no podía hacer más que aguantar lo que me quedaba por venir.

— Aún así, deberías seguir tu corazón, hija mía. En él se encuentra la palabra de Dios, por eso debes seguirlo y hacer lo que creas conveniente.

— Muchas gracias, Padre.

— Quedas libre de pecado, hija mía.

Salí del confesionario y el hombre seguía allí. Normalmente no se encontraba cuando salía. Al pasar por su lado, el hombre se levantó apoyándose en su bastón. Me retuvo en la puerta, colocando su mano en mi hombro.

— Espera, chica—. Me sonrió con una dentadura perfecta y blanca—. Déjame que te invite a un café. He visto que estabas un poco triste y ya sé que solo soy un viejo, pero déjame ayudarte a ser un poco feliz, aunque solo sea un momento. Una chica tan preciosa no merece estar triste.

— Está bien, acepto—. Esbocé una sonrisa como pude y caminamos hacia una cafetería. Más bien él sabía donde quería ir, yo sólo me dejé llevar.

La cafetería se encontraba en una gran plaza. El suelo era adoquinado, pero estaba tan bien colocado que no resultaba incómodo para caminar sobre él; en el centro había una fuente que cambiaba de color cada cinco minutos y las mesas se arremolinaban a su alrededor. No había estado en esa zona de Bucarest cuando Dimitri me llevó a pasear, por lo que me sorprendió ver que a mitad de la plaza, aparecía una gran extensión de bosque; lo extraño era que no desentonaba con los edificios de alrededor.

Nos sentamos cerca de la fuente, para apreciar mejor su belleza y descubrí que con cada cambio, el agua desprendía olor a una flor diferente. Me resultó tan embriagador, que no podía parar de preguntarme como lo habrían hecho. Era un espectáculo digno de

admirar.

— Creo que todavía no me he presentado—. Dijo el hombre mientras dejaba el sombrero sobre el bastón. Me fijé en que llevaba el pelo blanco recogido en una coleta y sus ojos eran de un azul intenso, similar a los míos, casi podría decir idénticos, pero descarté la opción—. Me llamo Thomas, ¿tengo el placer de conocer su nombre, señorita?

Me reí ante su pregunta. Thomas tenía sentido del humor. Él no me había dicho su apellido, así que yo también lo obvié.

— Me llamo Vasya—. Esbocé una sonrisa sincera que él correspondió.

— No es común ver a jóvenes ir a la iglesia, ha sido una grata sorpresa—. Dijo Thomas—. Siempre es bueno ver a personas seguir el camino de nuestros padres.

— Usted también va siempre, pero nunca le he visto confesarse o rezar; siempre se sienta en silencio y ya.

— No me considero digno de confesarme. Voy a la iglesia con la intención de que Dios un día perdone mis pecados, no puedo confesarme porque todavía no me he perdonado yo mismo. Necesito saber que puedo ser libre, por eso voy a la iglesia y me quedo en silencio, escuchando el murmullo de Dios, sintiéndolo en todo lo que me rodea.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Sentía como si pudiese ver a través de mí, como si nos conociéramos de antes. Pero esa idea era absurda, si lo conociera de antes, lo recordaría, estaba segura.

Un camarero apareció para tomarnos nota y la conexión visual se rompió. Thomas pidió un café solo y yo un cappuccino. Seguimos en silencio hasta que trajeron el pedido.

— Dime, Vasya, ¿desde cuándo perteneces a Elite?—. Soltó Thomas, pillándome desprevenida.

Sentí la sangre huir de mi rostro y, de pronto, todo me pareció una sucia trampa, sólo querían atraparme, estaba en peligro.

—No sé de qué me hablas. De todas formas, en caso de ser así ¿cómo puede saber eso?—. Intentaba mantener la calma, pero me estaba costando horrores, yo no era alguien que mantuviese la calma, era más de sacar un arma y cargármelo.

— No te asustes—. Dijo con suma tranquilidad—. El collar, se salió cuando te sentabas y vi el símbolo de Elite, la E con dos dagas. De joven era historiador y me interesé mucho en estos temas.

— ¿A qué se dedica ahora?—.Pregunté, con verdadera curiosidad, y también porque quería cambiar de tema.

— Soy escritor—. Admitió—. O bueno, lo intento—. Comenzó a reír.

Me estuvo hablando de sus libros, de su anterior trabajo como historiador y yo le contaba de mi nueva vida sin peligrar la misión. Aún así, algún detalle de lo que debía hacer le solté, pero sentía que en Thomas podía confiar, no pensaba que me fuese a arrepentir después.

Conforme avanzaba el tiempo, me sentía más cómoda con aquel hombre, todavía mantenía la sensación de conocerlo de antes… De conocerlo hace muchos. Pero no lo recordaba, no conseguía ubicarlo en mi vida anterior, así que descartaba la opción a pesar de la sensación persistente en mí.

— Bueno, Vasya, se hace la hora de comer y me esperan en casa—. Cogió un papel y apuntó algo—. Este es mi teléfono, llámame luego para saber cuál es el tuyo—. Se levantó, con una inclinación de cabeza se despidió y desapareció con su lento caminar de bastón.

Suspiré con relajación, guardé el papel en mi bolsillo del pantalón, me levanté y estiré mi espalda. Caminé por las calles de Bucarest en completo silencio, intentando recordar por qué creía conocer a Thomas. Fue infructuoso. Cualquiera podría tener los ojos azules, no era motivo de alarma. De pronto, comprendí algo que llevaba años rondándome la cabeza: no recordaba mi infancia anterior al incidente de la masacre, ni a mi familia. Mi primer recuerdo era mirándome a un espejo, cubierta de sangre y con lágrimas corriendo por mis mejillas. No podía recordar si era feliz o no, si me llevaba bien con mis hermanos, si quería a mis padres. No recordaba si mis abuelos me contaban historias o me llevaban al cine. Tampoco sabía si me gustaba jugar o era más de quedarme sola, si siempre me ha gustado leer o si antes lo odiaba; no sabía so odiaba o amaba el arte, si me gustaba la música o no. No recordaba nada, absolutamente nada.

Una creciente ansiedad comenzó a nacer en mi garganta, empecé a sentirme mareada, desconcertada, agobiada, algo en mi mente me impulsó a correr, correr tanto como mis piernas me permitiese y así lo hice.

No me había dado cuenta de que estaba hiperventilando y

tampoco de que había llegado a casa.

Me tiré al suelo, sentándome con la espalda apoyada en la pared y la cabeza entre las rodillas. No podía respirar, me estaba ahogando. Sentí ganas de gritar pero no salía ningún sonido de mi garganta. Mis pulmones estaban cerrados; no podía respirar y mis pulmones no ayudaban nada.

Un dolor de cabeza martilleó mis sienes, y después todo fue negro.

Ã

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fueron los rostros de Ivan y Dimitri sobre mí. Parpadeé con rapidez hasta que me lloraron los ojos. Me empecé a preguntar por qué tenía dos idiotas mirándome así.

— ¿Qué mierda hacéis ahí?—. Pregunté con voz ronca.

— Sí, está bien—. Dijo Ivan apartándose—. Voy a preparar la comida, os llamaré en cuanto esté listo.

Petrov se quedó mirándome, en silencio. En sus ojos grises se reflejaba la preocupación, y por un momento recordé lo sucedido antes de salir, provocando que me sonrojase. No quería estar a solas con él, normalmente cuando estábamos a solas, cada uno se dedicada a hacer una cosa.

— Vasya, yo…—. Empezó a hablar Dimitri.

La frase “salvada por la campana” sería muy oportuna para definir ese momento. Ivan abrió la puerta con efusividad mientras anunciaba que ya estaba lista la comida. Me levanté con cuidado de no hacer movimientos bruscos y salí, ignorando a Dimitri. No quería mantener esa conversación, no ahora que había descubierto que no sabía ni quién era yo misma.

En el comedor estaba Ivan sirviendo cuatro platos, pero sólo éramos tres. Le miré arqueando una ceja y en ese momento sonó el timbre. Ivan me dio dos platos para que los colocase en la esa mientras él abría la puerta, sonriente.

Dimitri apareció detrás de mí con gesto incrédulo.

— ¿Quién viene?—. Preguntó. Me encogí de hombros, pero entonces apareció Ivan seguido de un chico.

— Chicos, os presento a Gab Romanov—. Dijo y carraspeó un poco—. Mi novio.

Me quedé paralizada, pero no por la noticia sino porque el chico que tenía delante, un muchacho de cabello oscuro y ojos verdes, era el hermano mayor de Andrew Romanov.

Capítulo 7

Ver a Gabriel Romanov en aquella casa era una mala señal. Siempre se solía decir que si aparecía Gab Romanov, es que algo iba mal y verlo allí era la peor señal del mundo. Nunca me había fiado de él, tenía el aspecto demasiado aniñado, demasiado inocente como para ser bueno. Que fuese mayor que Andrew y pareciera el menor no era buena señal.

La comida fue uno de los momentos más incómodos que había vivido nunca. Gab no dejaba de mirarme, como si le sonase de algo pero no llegase a recordar de qué; si me reconocía estaba perdida.

— Vasya, ¿qué has estado haciendo esta mañana fuera?—. Preguntó Ivan con autentico interés.

— Pues estuve en la iglesia, donde me encontré con un antiguo conocido, así que estuvimos tomando café—. Modifiqué un poco la historia, pues no quería que pensaran que me iba con cualquier persona que me encontrase por la calle.

— Bueno, Vasya—. Llamó mi atención Gab—. ¿Y a qué te dedicas?—. Me puse alerta porque su sonrisa no me agradaba nada.

— Estoy estudiando, a punto de terminar. Historia—. Murmuré mirando el plato. Estaba mintiendo pero no podía decirle la verdad, no a él.

— Vaya, que interesante—. Dijo con esa estúpida sonrisa; daban ganas de patearle—. Dime Dimitri, ¿Cuánto tiempo lleváis Vasya y tú juntos?

Dimitri cerró los puños con fuerza, pude notarlo sobre mi pierna derecha, apoyado.

— Llevamos casi un año—. Respondió él—. Nos conocimos en Rusia, durante una de mis conferencias en la universidad. Fue amor a primera vista, o quizás a primer golpe. Nos chocamos cuando íbamos a coger un bolígrafo. Mantuvimos una relación a distancia hasta que ha venido a darme una sorpresa.

Me sorprendió la capacidad de mentir que tenía Dimitri; hasta a mí me dio la sensación de haberlo vivido. Para que la mentira tuviese más fundamento, le miré de forma enamorada y acaricié su mejilla, lo que pareció terminar de convencerles.

— Que bonita pareja—. Comentó Gab, aunque me pareció notar desdén en su voz. Cada vez me daban más ganas de patearle por

debajo de la mesa, pero hacerlo le hubiese dado una pista acerca de quién era, y eso era algo que no podía permitirme.

— ¿A qué sí? Son adorables—. Corroboró Ivan con el mayor entusiasmo posible. Todo el desdén de Gab quedaba oculto bajo el entusiasmo de su novio, lo que daban ganas de abrazarle hasta que se quedase sin aire. Eran demasiado distintos.

— Vosotros sois muy distintos, pero parece que os compenetráis bien—. Puntualizó Dimitri con una sonrisa.

Gab se tensó notablemente, como si Dimka hubiese dicho algo malo y se levantó de la mesa. Murmuró una disculpa antes de marcharse y salió por la puerta.

— ¿He dicho algo malo?—. Preguntó Dimitri arqueando las cejas y ligeramente sorprendido.

Ivan suspiró y negó; se levantó de la mesa, comenzó a recoger los platos ya sin comida y luego regresó con una tarta de frutas casera.

— Se ha ido antes del postre—. Dijo con tristeza—. Es su favorita, pero debí imaginarme que se iría.

Su mirada desprendía una inmensa tristeza, incluso resentimiento. Me dolió tanto verle así que sentí ganas de ir a por Gab y traerlo a rastras hasta la casa. En ese momento, como si me hubiese leído la mente, Dimitri salió flechado de casa, dando un portazo. Ivan y yo nos miramos y salimos tras él. No veíamos hacia donde había ido pero un grito nos alertó de donde podría estar.

Al llegar al lugar de donde provenía el grito, o más bien los gritos, lo primero que vimos fue a Dimitri sujetando a Gabriel por un brazo, mientras con la otra mano le cogía del pelo y le obligaba a tener la cara pegada contra la pared.

— Nunca—. Dijo con furia mientras le golpeaba contra la pared—. Repito, nunca, vuelvas a hacer sentir mal a Ivan ¿me has entendido?

Le volvió a golpear una y otra vez contra la pared, me quedé sin saber qué hacer, en cualquier otro momento le habría hecho para pero en ese momento pensaba que se lo merecía. Dimitri parecía fuera de sí, como si ya no fuese consciente de que era una persona y no una bestia. Gab se cayó al suelo, y él lo pateó en el costado con fuerza.

—Eres una mierda, no mereces a alguien como Ivan, no sé cómo te puede querer, das asco—. Estaba levantando la pierna para

golpear de nuevo.

— ¡BASTA!—.Gritó Ivan provocando que Dimitri parase, como si se acabase de dar cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba desconcertado.

Me acerqué a Dimitri y le cogí del brazo con suavidad para alejarlo de Gabriel. Su mirada estaba perdida, y se miraba las manos igual que si hubiese hecho algo malo, parecía sentir culpa.

—Tu amigo… Tiene mal genio, Ivan—. Murmuró Gab incorporándose lentamente. Parecía que le había hecho daño, pues una mueca de dolor cruzó su rostro al levantarse; nosotros estábamos preparados para soportar peleas y heridas, sin embargo Dimitri le había dado donde más le dolía. Había encontrado su punto débil, pues Gab era incapaz de luchar si lo inmovilizaban contra una pared.

—Tú también te lo has buscado—. Dijo Ivan con frialdad—. Había preparado tu tarta preferida, te fuiste y pensábamos llamarte, pero ahora creo que no te lo mereces. Ya nos veremos, cuando te replantees si verdaderamente te importo.

Las palabras de Ivan fueron duras, tanto que yo misma me estremecí, incluso llegué a sentir pena por Gab, pero se me pasó enseguida. Ivan nos hizo el gesto para irnos y dejamos a Gab allí que me miró fijamente y, en sus ojos, un brillo de reconocimiento me hizo temer lo peor.

En casa comimos un trozo de tarta, como si nada hubiese ocurrido y después me encerré en mi cuarto a descansar, no sabía por qué me sentí tan mal durante ese día, lo que necesitaba era dormir.

Lo primero que hice al día siguiente al despertar, fue buscar información acerca de lo que ocurría. Mientras buscaba, sonó el teléfono que Elite me había dado para mantener el contacto, así que lo cogí inmediatamente.

— Vasya al habla.

—Vasilisa, soy Igor Ivanoshk—. La voz sonaba extraña, muy burbujeante—. Necesito información de cómo va la misión.

—Es más complicado de lo que parece—. Susurré pegándome al teléfono—. Petrov es una persona complicada, todavía no he

conseguido que me dé la información y no hay manera de acceder a sus archivos sin que lo sepa.

—Vasya—. Gruñó al otro lado del teléfono Igor—. No hagas que me arrepienta de haberte mandando a ti y no a otro.

—No… No te arrepentirás—. Contesté pensativa—. Un momento… ¿No ha mandado usted a Gabriel Romanov aquí? Ayer le vi, está saliendo con el mejor amigo de Petrov, Ivan Rinaldi.

— ¿Qué quién está ahí? Vasya, ten cuidado, nosotros no hemos enviado a nadie además de ti—. La voz de Igor sonaba cada vez más burbujeante, costosa. Se escuchó un ruido sordo y a él mascullar un insulto—. Vasilisa, tengo que colgar, pronto recibirás información.

La llamada finalizó de la forma más extraña posible. Algo iba mal en Elite, eso estaba claro, pero aún no era capaz de saber el qué. Lo que no sabría es que nunca llegaría a enterarme por parte de Igor Ivanoshk.

Tras la llamada, recibí un mensaje del señor Thomas diciendo que me esperaba esa misma tarde a las cinco en el lugar donde tomamos café el día anterior. Acepté, respondiendo con un corto mensaje, porque necesitaba despejarme, dejar de pensar en todo lo ocurrido un poco; un respiro. Salí a desayunar, con los chicos que ya les había escuchado levantarse. Ivan estaba en la cocina, como casi siempre; a veces me preguntaba si se pasaba la vida cocinando o sólo era desde que yo estaba allí. Dimitri, en cambio, estaba trabajando en su portátil.

Fui a la cocina para ayudar a Ivan con lo que necesitase.

—Déjame que te ayude—. Comenté cogiendo una pala y doblando crêpes.

—Gracias, Vasya—. Dijo sorprendido, mientras rellenaba crêpes—. ¿Harás algo hoy?

—Esta tarde he quedado con Thomas, el hombre de ayer—. Comenté mientras cerraba los crêpes.

—Oh, genial, ¿por qué no lo invitas a cenar? Nos encantará conocerlo, estoy seguro.

Me encogí de hombros, como diciendo que lo pensaría y terminamos los crêpes. Hacía dos minutos que Dimitri había puesto la mesa, así que sólo tuvimos que servirlos.

El tiempo hasta que llegó el momento de irme pasó rápido y sin nada interesante, sólo me dediqué a cuidar mis armas un poco y engrasé las pistolas, no sabía cuando las podría necesitar, pero tampoco quería descuidarlas. Además, la cuerda de piano necesitaba ser limpiaba con muchísimo cuidado y con productos especiales, que fue a lo que hice nada más terminar de engrasar las pistolas. Los cuchillos los dejé para otro día que tuviese mucho tiempo libre. Antes de irme, lo guardé todo en su lugar y escondí el maletín de nuevo, donde nadie lo miraría.

Me di una ducha, después de volver a echar el tinte temporal, ya que se me había aclarado tanto que parecía rubia en vez de tener el pelo castaño. Cogí unos vaqueros, un chaleco de lana y mi chaqueta de cuero negra.

—Volveré en dos horas, he quedado con Thomas—. Anuncié, aunque ya lo sabían, antes de salir.

Llegar a la plaza me tomó unos veinte minutos que aproveché para pensar en la conversación que había tenido con Igor. Algo estaba ocurriendo en Elite, algo malo, no sabía que era, pero estaba segura de que no iba bien. Sin contar que Gabriel Romanov estaba ahí y eso nunca fue buena señal. Nadie lo había enviado.

La situación olía cada vez peor, todo apuntaba a que no era coincidencia, pues en nuestro mundo, las coincidencias eran escasas; alguien me quería fuera de juego y no sabía quién, pero lo averiguaría.

La incertidumbre me recorría, acelerando mi pulso. En mi cabeza, las teorías bullían a velocidad de vértigo, no podía dejar de pensar. Cuando llegué a la plaza, mi mente era un autentico amasijo de pensamientos, un caos; empezaba a dolerme la cabeza pero lo obvié. Thomas me esperaba sentado cerca de la fuente, como la última vez, el sombrero apoyado sobre el bastón y él leyendo unos papeles.

—Buenas tardes, señor Thomas—. Saludé sentándome frente a él; levantó la mirada y me observó con sus profundos ojos azules.

—Buenas tardes, Vasya, gracias por acudir puntual—. A veces pensaba que podría ser mi abuelo, por la edad y nuestro gran parecido, pero mi abuelo estaba muerto y seguramente el parecido con Thomas acababa en los ojos.

Pedimos cada uno un café y la camarera dijo a Thomas que tenía una nieta muy guapa; me sonrojé levemente y bajé la mirada, él solo rió.

—Podría decir que eres mi nieta y nadie sospecharía—.

Comentó, divertido por la situación.

—Alguien se daría cuenta—. Dije, insegura. La realidad es que yo misma lo había confundido con alguien de mi familia.

—Quizás sí o quizás no—. Dio un sorbo a su taza de café—. ¿Cuándo me presentarás a ese chico que es tu novio pero en realidad es tu víctima?—. Bromeó.

—Ven esta noche a casa a cenar—. Le invité, recordando lo que había dicho Ivan en el desayuno—. Les avisaré, es más, Ivan me lo comentó, así que no creo que les importe.

— ¿Y cuál será la excusa para conocernos? No podemos decir que nos conocimos en una iglesia.

— Diremos que eres un viejo conocido… Mi abuelo—. Sonreí—. Has dicho que no sospecharían, pues digamos eso.

De acuerdo, puede funcionar—. Meditó dando otro sorbo.

Mantuvimos una conversación trivial sobre el anterior trabajo de Thomas, en el cual aprendió muchas curiosidades históricas.

Después de pasar una tarde agradable, nos dirigimos a casa; íbamos un poco lentos porque Thomas usaba bastón pero no transcurrió mucho más tiempo del normal. Observé de reojo a Thomas cuando llegamos a la puerta; miraba la casa con curiosidad.

Ivan nos recibió con un delantal puesto y la cara llena de harina.

— ¡Bienvenidos!—.Saludó desde lejos—. Tú debes ser Thomas.

— Sí, soy su abuelo—. Respondió él quitándose el sombrero.

— Os abrazaría pero prefiero no macharos de harina.

Me reí e hice pasar a Thomas mientras Ivan regresaba a la cocina a seguir preparando lo que fuese que hacía. Le gustaba mucho cocinar y, aunque a veces dijese tonterías, lo hacía muy bien.

Dimitri estaba sentado en la mesa del salón. Llevaba ganas de ver y parecía estar trabajando el portátil, al igual que esa misma mañana. Cerró el portátil, se quitó las gafas y vino a saludar.

— Buenas noches, señor Thomas—. Le tendió la mano, siendo

cortés—. Soy Dimitri Petrov, encantado.

— Buenas noches, así que tú eres el novio de mi nieta—. Dijo mientras le estrechaba la mano.

— Ese soy yo—. Rió entre dientes.

Nos sentamos en el sofá. Me sentía un poco nerviosa. Quería que Thomas les cayese bien y no sabía por qué me importaba tanto eso.

En principio, parecían congeniar bien. Thomas le contaba a Dimka a que había dedicado su vida y este le escuchaba fascinado.

— Oye, cuéntame más sobre esa Élite—. Pidió Dimitri, produciendo que me tensara.

—No hay mucho de lo que hablar, se separaron de los Spetsnaz y sobrevivieron un tiempo. Pero no fueron suficientemente mercenarios para aguantar y desaparecieron. Ya no existen—. Thomas le acababa de soltar una gran mentira a Dimitri como si no ocurriese nada. Me impresionaba la capacidad de mentir que tenían sin haber sido entrenados para ello.

Le miré de reojo y nuestras miradas conectaron, agradeciéndole mentalmente lo que había hecho.

—Vaya, que pena. Seguro que eran muy buenos—. Comentó Dimka.

— Lo eran, los mejores Spetsnaz formaban ese grupo—. Admitió Thomas con ojos soñadores.

Se hizo un silencio, pero que no resultó incómodo, sino que parecía una pausa para reflexionar. Se estaba alargando demasiado cuando Ivan apareció en el salón, todavía con el delantal puesto.

— La cena está lista, vamos a poner la mesa.

Nos levantamos todos a la vez, bueno Thomas tardó un poco más porque necesitaba ayuda del bastón, y fuimos a la cocina. Ivan nos indicó lo que cada uno tenía que poner, repartiendo las tareas.

Los platos de pollo al curry y cuscús tenían una pinta deliciosa. Una vez sentados, Ivan fue consciente de que no se había presentado a Thomas.

— ¡Seré desconsiderado!—. Murmuró golpeándose la frente—. Señor Thomas, soy Ivan Rinaldi, mejor amigo de Dimitri y confidente de

Vasya—. Un movimiento insinuante de cejas hizo reír a Thomas.

—Encantado de conocerte Ivan—. Le estrechó la mano por encima de la mesa, con fuerza—. Espero que le des buenos consejos, como confidente que eres.

Empezamos a comer tras esa divertida presentación, con aire distendido y relajado. Ivan se había superado esa vez, demostrando que era mejor cocinando que contando chistes.

— Señor Thomas…—. Comenzó Ivan a hablar.

— Llamadme sólo Thomas, no me gusta el designio de señor.

—De acuerdo, Thomas—. Asintió Ivan—. Nos ha contado Vasya que es un historiador retirado, aunque sin decirnos que era su abuelo—. Me lanzó una mirada fulminante—. Sin embargo, no parece una persona que pueda mantenerse inactivo ¿a qué se dedica?

—Bueno, me gusta escribir y soy algo así como un intento de escritor—. Bromeó atusándose la barba—. He publicado algún libro de historia, pero no creo que se vendan.

Le miré de reojo, temiendo que todo se tambalease.

—Usted es…—. Comenzó Dimitri pero, por algún motivo desconocido, enmudeció.

Una tensión creciente inundó la sala, en la cual Ivan y yo nos mirábamos sin entender y Thomas y Dimitri se desafiaban con la mirada. La de Thomas era gélida y la de Dimitri, retadora.

—La comida está deliciosa—. Dije intentando relajar el ambiente—. Te has superado, Ivan.

— Gracias, Vasya, me alegra superar tus expectativas.

El timbre sonó anunciando que había alguien en la puerta, lo cual nos sorprendió a todos.

— ¿Esperamos a alguien?—. Pregunté, mirando a Dimitri y luego a Ivan, que negó.

Dimitri se levantó para abrir la puerta; su sorpresa fue enorme al descubrir que era Gabriel Romanov.

— El que faltaba—. Murmuró con desprecio.

Gab apartó a Dimitri con suavidad y entró, encontrándonos a todos levantados de la mesa. El silencio sepulcral invadió la casa, sólo roto por las respiraciones tensas.

Gab pareció salir de su trance, levantó la mano izquierda y señaló a Thomas.

— ¡Tú! —. Gritó con ira contenida—. ¡Maldito hijo de puta! ¡Estás vivo!

Todos miramos a Thomas, sorprendidos, mientras él sonreía con tranquilidad.

Capítulo 8

Thomas seguía ahí, sonriendo, sin mayor preocupación que la acusación de Gab.

— Creo que te has confundido, joven—. Respondió con normalidad—. Me suele pasar unas cinco veces por semana.

— ¡No! Estoy seguro de que eres quien creo que eres—. Gruñó Gab.

— No sé, ¿Quién soy?—. La sonrisa socarrona que apreció en los labios de Thomas pareció crispar a Gabriel.

La respiración de Gab era irregular, descontrolada. Tenía los puños apretados, tanto que sus nudillos estaba de color blanco.

— Yo te conozco, estás en la historia de…—. No terminó de hablar, como si no pudiese.

— ¿Dónde dices que aparezco?—.Preguntó con suavidad Thomas, agarrando con fuerza su bastón.

— No puedo decirlo—. Balbuceó él.

Ivan le miró, arqueando una ceja, antes de dar un paso adelante, hacia su novio que cada vez estaba más blanco.

—Gab, ¿estás borracho?—.Preguntó ante el comportamiento del muchacho.

Gab le miró, cada vez más pálido, con los ojos desorbitados, aterrado. La situación se tensó como una cuerda a punto de romperse, tanto que parecía que podría cortarse el aire con un cuchillo, hasta que el novio de Ivan se dobló y vomitó en el suelo.

Dimitri dio grandes zancadas hasta nosotros y, ayudado por Ivan, sacaron a Gab de casa, el cual parecía a punto de vomitar otra vez o, incluso, desmayarse. Fui a buscar la fregona para limpiar el estropicio y al regresar, Thomas seguía ahí parado, con gesto pensativo. Su actitud era demasiado tranquila como para haber sido acusado de estar muerto, como si no hubiese pasado nada, pero había algo que le inquietaba, podía sentirlo.

— Creo que será mejor que te vayas—. Comenté con

delicadeza.

— Sí, me parece correcto—. Murmuró cogiendo su sombrero—. Te llamaré, Vasya. No me llames tú, bajo ningún concepto, sólo espera mi llamada, no tardaré demasiado.

Asentí, limpiando el suelo, aunque fruncí el ceño pensando en sus últimas palabras mientras veía como desaparecía por la puerta principal. La noche había sido muy rara, demasiados momentos dignos de reflexión y despedidas con mensajes intensos. Era la segunda del día.

Terminé de limpiar cuando entraban por la puerta Dimka e Ivan. Buscaron con la mirada a Thomas y luego me interrogaron con la mirada.

— Le he dicho que se vaya—. Respondí a su pregunta no expresada—. Me pareció lo mejor.

Ambos asintieron, a cada cual más pensativo que el otro, y se pusieron a recoger la mesa con lentitud. Seguí limpiando, pensativa.

Después de asegurar que todo estaba limpio y perfumar el salón, dejé todo en su lugar para luego decir que me iba a dormir; el día había sido demasiado extraño y me había visto casi sin tapadera en dos ocasiones.

Me vi en el espejo antes de acostarme: tenía unas ojeras violáceas bajo mis ojos, estaba más pálida de lo normal e incluso parecía que había adelgazado algo. Decidí darme una ducha antes de acostarme, y comprobé que no necesitaba tinte aunque me acordé que lo había echado esa misma mañana, así que no tendría que preocuparme en unos días. Entré al baño, desnudándome por el camino, por lo que observé mi espalda, que tenía un gran tatuaje donde un dragón se enroscaba entorno a mi columna vertebral, dando la sensación de entrar y salir de mi piel; el tatuaje ocultaba algún que otro corte de peleas. En la cadera, llevaba la marca de Elite que se componía de una gran E con dos dagas cruzadas, era lo mismo que tenía en mi colgante; nada muy identificable, a no ser que pertenecieras a ello.

Entré en la ducha, disfrutando de esos momentos de agua caliente. Fue algo corta porque estaba muy cansada, así que me sequé bien el pelo, me acosté en la cama y caí dormida al instante.

No desperté hasta el día siguiente a las once de la mañana.

Los días siguientes fueron monótonos y aburridos. No recibí ninguna llamada de Thomas ni de Igor, lo cual aumentó mi nerviosismo. No tener respuesta de Igor hacía que mi inquietud se incrementara.

Dimitri e Ivan parecían nerviosos también y no dejaban que saliese sola a ninguna parte. Había pasado de ser quien "protegía" a Dimitri, a ser la protegida. Irónico en cierto modo, porque debía matarlo.

No fue hasta veinte días después del suceso cuando algo cambió. Ese día recibí un correo pero no pude verlo pues estaba con Dimitri en el salón y hubiese sido una temeridad hacerlo.

— Vasya, ¿por qué buscan el informe Măcel?

Levanté la mirada, desconcertada. Me estaba observado, a través del cristal de sus gafas.

— No lo sé, ni siquiera sé lo que hay en ese informe—. Vacilé sin saber a donde quería llegar.

— Mejor que no lo sepas; no es agradable—. Murmuró él, distraído.

Las gafas de pasta le quedaban muy bien, dándole un toque de intelectualismo, y llevaba el pelo recogido en una coleta, aun así se notaba que necesitaba un corte, pues ya bajaba de sus hombros. Sentí la necesidad de hundir mis manos en él, pero reprimí el impulso.

Dejé de mirarle, fingiendo que me había una coleta; tardé cinco minutos en hacerla pero el suficiente tiempo para deshacerme de esos pensamientos. No podía permitir que interfiriesen en mi trabajo. No más de lo que ya parecían hacerlo.

—Vasya…—. Susurró Dimka, provocando que le mirase—. Cuando todo esto acabe, ¿qué pasará?

— Me iré—. Bajé la mirada a mis rodillas—. Me iré a casa y tú tendrás que olvidarme.

Dimka se levantó y se acercó a mí, habiéndose quitado las gafas antes. Me miraba fijamente con esos ojos grises que a veces eran tan oscuros como pozos y otras tan transparentes como el agua.

— No quiero olvidarte y tampoco que te vayas. Necesito que te quedes—. Cogió mi barbilla, alzándola lentamente—. Entiéndelo, Vasya, para mí ya no es un juego.

Puso sus labios sobre los míos, con un roce suave y nos quedamos así. Ninguno hizo nada, sólo estar así con los ojos cerrados, hasta que rodeé su cuello con mis brazos, reduciendo la distancia y él hizo mayor presión sobre mis labios, pero todavía no era como los anteriores, parecía estar pidiéndome permiso. Opté por tomar la iniciativa,

profundizando el beso.

Los labios de Dimka parecían ansiosos, desesperados y me abrazaba con tanta fuerza que cualquiera pensaría que iba a desaparecer en el instante siguiente.

Me tumbó en el sofá, sin soltarme, y bajó a mi cuello, provocando que mi respiración se acelerase. Recorrió con besos desde mi clavícula a la comisura de mi boca. Le paré al darme cuenta de que no podía, ¡Tenía que matarlo, no acostarme con él! No era consciente de lo que estaba haciendo, no podía dejar llevarme por la pasión.

— Dimka, no podemos—. Susurré.

— Vasya, por favor, déjate llevar por una vez…—. Abrió mucho los ojos y se levantó—. No, tienes razón, no podemos.

Parecía que algo le agobiaba, porque cogió el abrigo y salió de casa sin decir nada. La expresión de sus ojos, esa frase… Era como si no fuese él mismo, como si no lo hubiera pensado Dimitri.

Me quedé sola en casa, tumbada en el sofá y sin saber si debía moverme siquiera. Estaba aturdida, desconcertada, con ganas de llorar. No entendía que me ocurría. Fui a la cama a pesar de ser sólo las cinco de la tarde, no quería pensar más.

Me veo en el espejo, soy una niña de diez años, llevo el pelo rubio suelto a excepción de un lazo azul que me sujeta mi cabello por detrás. Un vestido del mismo color que el lazo hace que mi piel se vea más clara y que mis ojos resalten más. Una persona me llama, es mi padre así que corro hacia él, feliz. Me coge en brazos y da una vuelta, yo me río, pero me baja enseguida y me pide perdón por lo que va a hacer. Veo, horrorizada, como saca una jeringuilla. No quiero me inyecte nada, no quiero que me toque con esa aguja.

Comienzo a gritar y salgo corriendo, hasta que me encuentro con un hombre mayor, no es mi abuelo, si no su hermano mellizo. Me coge en brazos y discute con mi padre. Se gritan pero impide que me inyecte esa cosa. Yo no entiendo la conversación, no comprendo de qué hablan. Lloro con rabia y todo es borroso y negro. En la siguiente escena aparece todo de color ojo, el olor a sangre se cuela en mis fosas nasales, las lágrimas corren por mis mejillas y mis manos están llenas de sangre, al igual que mi ropa, pero sé que no es mía. No comprendo que ha pasado, sólo que tengo a mi lado un cuchillo y una pistola, ambos manchados de sangre. ¿He matado a alguien? ¿Dónde están mis padres? ¿Y mi familia? La sangre está por todas partes, como si hubiese ocurrido una masacre, no entiendo nada. Sólo quiero llorar, huir de ahí, pero mi cuerpo está paralizado, no puedo más que mirarme en ese espejo, que

está ennegrecido, con sangre por todos lados, como en las paredes. Intento quitar la sangre de mis manos, restregándolas en el vestido, pero no funciona, no parece que quiera desaparecer y yo lo único que quiero es que se vaya, sólo quiero que deje de haber sangre por todos lados. No puedo parar de llorar, quiero gritar, pero tampoco puedo, me duele la cabeza, no siento nada más que dolor, intenso dolor, palpitante. Siento que me voy a desmayar en cualquier momento, que no puedo aguantar mi propio peso y así mi visión se nubla. Vuelvo a ver todo, esta vez en el mismo sitio, sin parar de llorar, escucho pasos y tengo miedo, no sé qué está ocurriendo, sólo quiero que venga mi padre y me salve, que me abrace y me diga que todo va a estar bien. Veo a alguien acercarse, es el mismo hombre que me ha salvado antes de que me inyectase, mi tío abuelo. El hombre mayor, me coge por los hombros y me habla pero no lo entiendo, no consigo escucharlo. Me zarandea un poco.

— Vasilisa, escúchame. No tengas miedo, será mi culpa. Tú no has hecho nada. No has matado a nadie. Mi culpa, Vasilisa, mi culpa—. Me besa la frente y alguien me coge por la cintura, haciendo que grite pero me lleva en volandas. Lo último que veo son varios hombres saltando sobre mi tío abuelo mientras él sonríe.

Despierto gritando, sobresaltada. Nunca había soñado tan real ese día, no había recordado jamás ese momento, pero tampoco ponía en pie que fuese real o quizás sólo imaginaciones mías. No recordaba nada de lo que aparecía en mi sueño. Miré el reloj, que daba la medianoche.

La puerta de mi dormitorio se abrió de golpe, apareció Dimitri con la preocupación en el rostro. Yo me aferraba a la manta con tanta fuerza que mis nudillos se habían vuelto blancos.

Se acercó a la cama y me acarició el pelo con suavidad. En cualquier escena de una película romántica de ficción, esto habría sido un momento tierno, pero no fue así. Me estremecí y le pegué un puñetazo en la mandíbula como acto reflejo.

— ¡Dios, Vasya!—.Exclamó Dimitri mientras se llevaba la mano a la zona dolorida.

— ¡Lo siento!—. Exclamé tapándome la boca con ambas manos. Me levanté para mirarle la mandíbula—. Lo siento, de verdad.

Él se reía entre dientes mientras se frotaba la zona; en sus ojos también había diversión.

— Parece que no tienes fuerza, porque eres muy delgaducha, pero vaya gancho.

— No quería pegarte—. Dije antes de verme envuelta en sus brazos.

Me llevó hasta la cama, me dejó tumbarme y luego me tapó. Estaba a punto de irse cuando cogí su mano.

— ¿Podrías quedarte esta noche? No quiero dormir sola, no hoy—. Supliqué.

Él sonrió y me observó. Algo en mi cara le hizo aceptar, pues me miró con cierta melancolía y, tras dejarle un hueco en la cama, se tumbó a mi lado, abrazándome.

No debería, pero sus brazos me hacían sentir segura, lo que hacía aún más difícil tener que matarle cuando descubriese la información necesaria. Me iba a doler tanto ese hecho, que todavía no sabía si sería capaz.

Esa noche, dormí abrazada a Dimitri el resto de la noche.

Capítulo 9

Me desperté con la boca seca y un brazo que me impedía moverme. Al principio pensé que la noche anterior me había emborrachador y traído a un chico a casa, pero los recuerdos se fueron aclarando en mi mente. Me giré con cuidado y vi a Dimitri dormido. Su rostro era tranquilo, estaba suavizado por el sueño, sin ninguna de sus habituales muecas y parecía más joven.

— ¿Te gusta lo que ves? —.Esbozó una sonrisa, todavía con los ojos cerrados.

— Sí—. Murmuré sin pensarlo.

— Me gusta el tatuaje de tu espalda, aunque tengo la sensación de que ocupa más de lo que muestra la camiseta—. Susurró él, acercando su rostro al mío. Podía sentir su aliento cosquilleándome en los labios, casi notaba sus labios rozando los míos, así que salvé la distancia que nos separaban.

Sus labios estaban suaves, a pesar de toda la noche sin beber. Ambos estábamos un poco torpes pero fue desapareciendo con forme nos adentrábamos en la pasión del momento. Una parte de mi mente quería parar pero mi cuerpo no, y la otra parte tampoco. Me dejé llevar por Dimitri, fundiéndonos en uno.

Estábamos los dos en la cama, él acariciando mi cabello y yo dibujando en su espalda con mi dedo. Los tatuajes que recorrían la suya eran aleatorios, sin algún patrón que los delimitase y, en su mayoría, diseños vikingos. Pasé repetidas veces el dedo por los tatuajes, como si los estuviese pintando de nuevo. Me resultó curioso que todos parecieran dibujos, nada ostentosos, como los llevaban los antiguos vikingos.

— Tienes muchos piercings—. Comentó Dimitri, mientras enrollaba entre sus dedos un mechón de mi pelo—. Seis en la oreja izquierda, dos en la derecha, uno en el ombligo y otro en el frenillo inferior de la lengua—. Fue señalando una a una la zona donde se encontraban mis piercings. Hizo una pausa—. Sin embargo, todos los ocultas, ni siquiera te recoges el pelo para mostrar las orejas… ¿Por qué tantos piercings si no vas a mostrarlos?

— Supongo que quiero que sean algo mío, como los tatuajes—. Murmuro acariciando su deltoides.

— También tienes varios tatuajes, ¿qué significan cada uno?

Por ejemplo, la espalda.

— Es un dragón, los dragones son fuertes pero no siempre se ven, por eso va entrando y saliendo de mi piel. De pequeña siempre me fascinaron mucho los dragones, desde que tengo once años. Quiero creer que puedo ser como un dragón—. Expliqué adormilada.

— ¿Y la nunca? —. Preguntó, sorprendiéndome—. Lo vi mientras dormías.

— No es nada, sólo un punto y coma. Sé que lo hice porque cuando era pequeña alguien insistía mucho en el punto y coma, pero no recuerdo quien ni por qué.

— Ajá—. Murmuró pasando un mechón tras mi oreja izquierda—. ¿Y el de la cadera?

Me tensé un instante, sin saber que responder.

— Ese fue una tontería que hice con mi amiga Eleanor. Ella lleva una V y dos dagas—. Mentí. Pareció creérselo, porque no hizo más preguntas al respecto.

Estábamos abrazamos, medios adormilados, cuando Ivan llamó a la puerta.

— Chicos, no voy a abrir porque no me quiero encontrar una escena desagradable, pero el desayuno está casi listo—. Su voz sonó amortiguada a través de la puerta de madera.

Dimitri rió por lo bajo y se puso unos pantalones y una camiseta de manga corta negra. Yo hice lo mismo, aunque escogí lo primero que encontré en ese momento: unos pantalones de chándal y un chaleco negro. Salimos de la habitación y un olor a café recién hecho inundó mis fosas nasales.

— Eso huele delicioso, Ivan—. Comenté entrando en la cocina—. Al menos el café.

— Pues las tortitas estarán aún más buenas—. Él sonrió dándole la vuelta a las últimas y colocándolas en el plato, con el resto.

Puse la mesa, preguntándome donde se había metido Dimka, pues no estaba en la cocina ni tampoco en el salón. Se escuchó la puerta principal abrirse y, como si hubiese pensado en voz alta, apareció Dimitri con una bolsa de la compra.

— He traído sirope—. Anunció—. Las tortitas no son lo mismo sin sirope.

Sacó de la bolsa un bote de sirope de fresa, uno de chocolate, otro de chocolate blanco y otro más de frambuesa. Le miré, arqueando una ceja y él huyó a la cocina para traer lo que faltaba.

Ese día se respiraba felicidad en la mesa, no podía comprender el motivo, pero era imposible sentirse cabreado o triste. Parecía un buen día.

— Ivan, esto está demasiado bueno—. Se quejó Dimitri tras la tercera tortita. Se echó sirope de chocolate y de chocolate blanco—. Por tu culpa, perderemos los abdominales.

— Eso es imposible. Entrenas todos los días y Vasya también hace ejercicio. Mi comida no os va a estropear la figura—. Rió él, con una sonrisa burlona.

Observarlos me hizo reír, aunque me recordaron muchísimo a Elite, cuando Andrew, Roza y yo nos pasábamos el día bromeando y picándonos entre nosotros. La nostalgia me invadió, pero evité que se notase, no podría acabar el trabajo si me recordaban a mis amigos. Era el primer trabajo que me ofrecían en el que tenía que involucrarme emocionalmente. No debería haber sucedido; tendría que haber encontrado la información por mí misma y haber acabado con él. Todo sería más fácil.

— ¿Siempre habéis vivido en Bucarest? —. Pregunté, intentando comprobar la información de sus múltiples traslados.

— No—. Respondió Ivan—. Siempre hemos vivido juntos, eso sí, desde que nos conocimos en la universidad, pero nos hemos movido por toda Europa.

— Vaya, debéis conocer muchos lugares—. Comenté fingiendo sorpresa—. ¿Por qué os movisteis tanto?

— Motivos de mi trabajo—. Dimitri cortó el tema de raíz—. Ivan puede trabajar desde cualquier país, yo tengo que moverme para encontrar lo que busco—. Explicó sin dar muchos detalles.

— Comprendo—. Asentí, pensativa—. No quería preguntar demasiado, pues me había quedado claro que Ivan era informático y Dimitri historiador. En principio era así.

Terminamos el desayuno en silencio, cada uno centrado en sus pensamientos, que algunas veces parecían tan profundos que hacían volar

a la persona fuera de la sala. Estábamos recogiendo cuando sonó mi teléfono, era un número desconocido, pero lo cogí por si fuese importante.

— ¿Sí? —. Pregunté al descolgar.

— Vasya—. La voz de Thomas se escuchó al otro lado—. No tengo mucho tiempo, esto puede ser rastreado y no quiero tener ningún problema ni que tú tengas alguno. Nos vemos hoy, a las cinco, en la Iglesia, lleva una peluca y lentillas de otro color—. Colgó antes de que pudiese decir nada.

Me quedé mirando el móvil, sin comprender absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo. Pude ver a Dimitri e Ivan mirándome con curiosidad. La llamada no había durado ni quince segundos. Les expliqué quien había llamado obviando la parte en que me pide que use peluca y lentillas; la situación era cada vez más rara.

— ¿Por qué no viene a casa? —. Preguntó Dimitri, arqueando una ceja.

— No, es mejor así—. Negué con suavidad. Había algo que se me escapaba, un detalle que no estaba teniendo en cuenta, pero que no lo entendía aún.

— Ten mucho cuidado—. Dijo Ivan, con el ceño fruncido—. Por cierto, esta noche me iré a pasar el fin de semana con Gab; llevamos mucho tiempo queriendo un momento a solas.

— ¿Estás seguro? —. Preguntó Dimitri, con preocupación en su rostro.

— No me pasará nada, le conozco—. Aseguró Ivan con una sonrisa.

No dije lo que se me pasó por mi mente en ese momento, pero dudaba que alguien pudiese conocer a Gabriel Romanov. Sólo conocías lo que él quería que conocieras, y lo más importante: él no quería a nadie más que a sí mismo.

— Me voy a mi habitación, tengo cosas que hacer—. Murmuré mientras me iba.

Una vez allí, atranqué la puerta, asegurando que nadie pudiese entrar; abrí el maletín y rebusqué hasta encontrar un bote de lentillas marrones y una peluca rubio ceniza. Lo guardé en una mochila donde llevaba una Beretta nueve milímetros. Yo prefería antes la PB / 6P9 pero no podía llevarla, ya que abultaba demasiado, y no era adecuada para esa

situación. Una vez tuve todo listo, salí a pasar un rato con ellos.

Las horas pasaron rápido, así que cogí mi mochila y me fui. Entré en un bar, con un toque irlandés y camareros bastante animados, para cambiarme; el resultado fue extravagante, pero nadie se fijó en mí.

No había nadie en la Iglesia, además de Thomas. Me senté a su lado, en silencio.

— Buenas tardes, Vasya—. Saludó sin mirarme. Maldije internamente—. Tienes una manera muy peculiar de caminar, ¿sabes?

— Buenas tardes, Thomas. Veintiún días, ¿qué te ha hecho desaparecer durante tanto tiempo? —. Reproché.

— Mi supervivencia y, por consecuencia, la tuya.

— ¿Qué quieres decir? —. Pregunté, mirándole.

— Me voy de Bucarest, Vasya, dentro de tres días—. Anunció con pesadumbre—. Llevo cinco años huyendo, pensaba que ya podría descansar, pero el niño Romanov lo ha estropeado todo.

— Eres Thomas Andersen, ¿cierto? —. Pregunté, sombría.

— Sí, lo soy…—. Admitió—. Por eso conozco Elite, por quien soy. Siento haberte mentido.

— Me engañaste… Me has mentido todo este tiempo, ¡confiaba en ti, joder! ¡Creí que podía contarte todo! —. Alcé mi voz conforme las frases salían de mi boca.

— Vasya, deja que te explique, por favor—. Intentó cogerme del brazo, pero me zafé de su agarre y me fui sin decirle nada. Escuchaba como me llamaba, pero estaba enfadada con él. Me había mentido todo ese tiempo, ocultándome quien era cuando yo le había mostrado mi verdadera cara.

Paseé por las calles con frío e incómoda. No pensaba que la temperatura fuese a decaer tanto y sólo llevaba una camiseta térmica y un chaleco. Me quité la peluca y las lentillas antes de regresar a casa, cuando ya había anochecido. Serían las ocho cuando entré en casa; había estado en un bar bebiendo, para variar y a esa hora ya se me había pasado gran parte del efecto. Ivan ya no estaba en casa y Dimitri parecía haber salido.

Recordé que el día anterior había recibido un correo y, aprovechando que estaba sola, decidí mirarlo. Era un correo sin remitente,

estaba oculto, pero con un mensaje muy claro que me hizo estremecer.

Alejaos de Gabriel Romanov cuanto antes, quiere mataros. Es muy peligroso, no dejes que Ivan Rinaldi se vea con él.

El mensaje llegaba tarde.

Capítulo 10

Estábamos en auténticos problemas. Ni siquiera sabía dónde se encontraba Ivan y lo peor, estaba con Gabriel. Releí el correo una y otra vez, como si fuese a cambiar su contenido al hacerlo; pero eso no ocurrió. Todavía estaba leyendo el correo cuando escuché un ruido extraño; me puse en guardia, cerrando el portátil rápidamente pero sin hacer ruido.

Silenciosa, escondí el portátil entre unos libros, dando aspecto de formar parte de ellos y me escondí, aguantando la respiración. Quien fuese que había entrado, no parecía sentirse cómodo caminando en la casa, así que supuse que no era Dimitri. Aguardé a los pasos acercándose, mientras me iba alejando de ellos; tenía que ver quien era pero sin que me viese a mí, lo cual no me costaría demasiado a no ser que fuesen Spetsnaz. Los pasos cada vez estaban más cerca y no encontraba escapatoria, comencé a observar la sala donde me encontraba, reparando en unas vigas del techo. Encararme a ellas fue fácil, pero mantenerme pegada sin hacer ruido se volvió una misión difícil, sobre todo al hacerme una herida en el pie.

Un hombre rubio, con el pelo cortado al uno, entró en la habitación. Le seguía uno moreno, de igual corte y más bajo de estatura; ambos llevaban guantes negros de cuero e iban de traje. Echaron un vistazo a la habitación, sin desordenar nada. Estaban inspeccionando cada rincón, sin dejar huellas gracias a los guantes y sin que se notase que había entrado alguien.

— No está aquí—. Dijo el rubio—. El informe debe estar en algún lado.

— Tampoco hay rastro de la chica, jefe.

Mi pulso se aceleró al escuchar eso. Me estaban buscando a mí y, posiblemente, a Dimitri.

— Esos dos son muy escurridizos. Parece como si nunca hubiesen estado aquí, a pesar de que nuestras fuentes informan que es su casa—. Murmuró el jefe mirando mi habitación. Había escondido todo de forma que a simple vista no se viese—. Pero el coche sigue aquí y tenemos a su amigo. No pueden andar muy lejos.

Me quedé paralizada. Esos hombres tenían a Ivan, entonces ¿estaban a las órdenes de Gabriel Romanov? ¿Iban por su cuenta y lo raptaron? Preguntas sin respuesta, eso tenía; tampoco parecían tener interés en moverse mucho y la herida de mi pie sangraba.

— Podríamos esperar aquí, jefe—. Propuso alegremente el moreno—. Así seguro que los pillamos.

Maldije internamente mi suerte; si se quedaban no podría bajar y acabarían descubriéndome.

— No, nos iremos. Dejaremos una señal de aviso, pero nos iremos—. El jefe estaba sacando una tarjeta del bolsillo interno de su chaqueta.

— ¿Por qué dejar una señal?

— Porque me gusta que sepan que vamos a por ellos y que no pueden hacer nada para evitarlo.

Salieron de la habitación, pero no me moví. Me palpitaba el pie y sabía que estaba manchando el suelo de sangre, sin embargo no fue hasta que escuché la puerta cerrarse que me bajé de las vigas. Escuché otros pasos pero los identifiqué como Dimitri, así que me relajé un poco.

No tardó en abrir la puerta de golpe, con la respiración agitada.

— ¡Vasya! —. Exclamó, pero pareció relajarse al ver que estaba bien—. Dios mío… Si te llegan a hacer daño…

— Espera, ¿sabías que estaban aquí? —. Pregunté, desconcertada. Bajo mi pie derecho, la sangre estaba pegajosa y no dejaba de salir.

— Estaba llegando a casa cuando los vi, no podía entrar y encontrármelos de frente así que me colé por la ventana trasera. Te vi esconderte y maldije porque pensé que no había nadie; me escondí en el armario...

— ¿Armario? ¡Pero si apenas caben los chaquetones!

— No, Vasya, el armario tiene un compartimento secreto de refugio. Puede albergar hasta siete personas quedando bloqueado desde dentro. Aunque lo abriesen no sabrían que hay algo detrás. No sospecharían nada.

Me quedé en silencio, pensando. Comencé a notar que el pie me dolía muchísimo, pues la adrenalina ya había pasado y aumentaban las palpitaciones. Levanté la planta del pie derecho, de la que seguía manando sangre roja oscura. El suelo tenía una gran huella sanguinolenta

espesa.

— Tengo que curar esto—. Murmuré mientras buscaba con la mirada el maletín. Ignoré la mirada de horror que me lanzaba Dimitri—. Pásame el maletín que parece un libro, abajo a la izquierda, en la estantería.

Dimitri siguió mis instrucciones al pie de la letra, trayéndome el maletín. Coloqué mi pulgar en el lector biométrico y se abrieron dos compartimentos. Cada uno tenía un teclado táctil, con contraseña, todo con el fin de proteger y que si cayese en malas manos, no pudieran acceder a su interior. Tecleé en el compartimento izquierdo, que se abrió dejando ver aguja, hilo, desinfectante y otros medios para curar heridas.

Limpié la zona con mucho cuidado, quitando cualquier resto de suciedad que pudiese infectar la herida; pasé el hilo por la aguja de gancho, cerré con una mano, previamente desinfectada, los bordes de la herida y comencé a coser como había aprendido en Elite. Sentía la aguja atravesar mi piel junto al hilo e ir cerrando poco a poco la herida. Terminé de coser, cerrando con un hilo quirúrgico y cubrí con apósitos la zona; vendé el pie con sumo cuidado hasta por encima del tobillo y di por finalizada la cura.

No me había dado cuenta que, en todo momento, Dimitri me observaba fijamente, levemente sorprendido. Guardé todo lo que no era desechable, cerré el compartimento y luego el maletín, que quedé sellado automáticamente.

— Nadie puede encontrar este maletín—. Murmuré levantándome y guardando el maletín donde estaba. Regresé a mi sitio cojeando un poco pero sin sentir demasiado dolor.

— ¿Qué ocultas, Vasya? —. Preguntó Dimka en voz baja.

— ¿Y tú? —. Espeté, exasperada—. Siempre soy yo quien oculta pero vosotros… Vosotros no decís ni una verdad a medias. Estoy harta de creer que siempre me mentís, de sentirme engañada por todos…

Vi el dolor en su rostro, compungido; sabía que mis palabras le había dolido pero me encontraba tan enfadada, furiosa, frustrada, que no pensaba disculparme por ellas, no ahora, no después de todo lo ocurrido.

— No sabes lo que dices…—. Susurró con tono peligroso—. No tienes ni idea de donde te estás metiendo.

— Oh, sí, Dimitri, si sé donde me meto—. Escupí con rabia, apretando mis puños—. No tienes ni idea de lo que hablas, Dimitri Petrov,

ninguna idea de lo que ocurre a tu alrededor.

— Eres repugnante, Vasya Ivanoshk—. Su voz fue puro veneno.

— ¿Qué has dicho? —. Susurré con voz queda, sintiendo el frío correr por mis venas.

— Te he llamado Ivanoshk. Vi tu registro en el hotel, Vasya. Sólo eres una niña mimada con aires de grandeza…

Apreté con más fuerza mis manos, estaba furiosa con Dimitri. Lo odiaba, lo odiaba y él no paraba de decir estupideces falsas sobre mí. Se creía que me conocía, que sabía todo sobre mi vida, pero sólo conocía una identidad falsa, un papel de teatro, un personaje inventado para la ocasión.

— Nadie puede querer, porque tú sólo te quieres a ti misma—. Escupió Dimitri con total desprecio. Eso hizo que mi sangre se calentara más todavía.

Ahí perdí el control totalmente de mi cuerpo, de mis acciones y mis pensamientos, y me abalancé contra él con todas mis fuerzas, ignorando el dolor mi pie.

Me lancé sobre su cuello, pillándolo desprevenido y comencé a apretar su garganta con furia. Dimitri me agarraba con fuerza los brazos pero y no los sentía; seguía presionando las arterias carótidas con fuerza, con más fuerza de la que recordaba que tenía.

Poco a poco, la presión sobre mis brazos fue disminuyendo, cayendo los suyos a cada lado de su cuerpo. Solté el agarre y comprobé si tenía o no pulso. Toqué sus muñecas y las clavículas para descubrir que tenía pulso débil pero que no estaba muerto, sólo desmayado.

Me asusté un poco al pensar en mi reacción, totalmente irracional para mí: nunca me había comportado así, ni siquiera cuando me llamaban maldita. Lo dejé allí, tumbado, cogí mi teléfono y salí corriendo de casa; tenía que salvar a Ivan, debía descubrir donde se encontraba.

Di vueltas por toda Bucarest, esperando a que me viniese la inspiración de donde podría habérselo llevado Gabriel o donde podría estar encerrado, pero para mi desgracia tenía la mente espesa por primera en mi vida, mis pensamientos iban lentos, como si estuviesen en vueltos en gelatina, como si me costase pensar más de la cuenta.

Al rato, después de darle muchas vueltas, se me aclaró un poco la cabeza, por lo que decidí que intentaría rastrear el teléfono de

Ivan. Conecté todo para hacerlo, con la esperanza de que funcionara. Mientras rastreaba, iba caminando, porque no conseguía estar quieta.

Pasaron cinco minutos con el sonar dando vueltas cuando me dijo que el teléfono estaba apagado; solté un grito de frustración, golpeando la pared del edificio que se encontraba a mi lado. Descubrí que un chico de profundos ojos azules, vestido con traje y sombrero de gánster, pelo recogido en una coleta, me observaba con una sonrisa. Sentí ganas de patearle la cara.

— ¿Qué estás mirando? —. Escupí con furia.

— Nada, pasaba por aquí y te he visto. Me ha parecido gracioso tu enfado—. Dijo el chico, ampliando su sonrisa.

— Lárgate—. Espeté, frustrada.

— ¿Y si no quiero? —. El chico se cruzó de brazos, todavía sonriendo—. Además, no hay que ponerse así porque no te funcione el teléfono.

Su sonrisa burla me tenía harta, quería golpearle hasta que dejase de sonreír.

— ¡No es por eso, idiota! —. Rugí, bastante cabreada—. Lárgate antes de que te mate.

El chico se echó a reír, aumentando mis ganas de asesinarlo. Su risa me daba asco, todo en él me daba un asco increíble. Miró su reloj, sin prestar mucha atención.

— Bueno, me voy, pero no porque tú me lo digas, preciosa, si no porque he quedado—. Esbozó una deslumbrante sonrisa de idiota—. Volveremos a vernos, Vasya, tenlo por seguro que será así.

Tras esas palabras entró en el edificio que resultó ser un casino. Procesé la información hasta darme cuenta de que no me había presentado, pero el muchacho me había llamado por mi nombre, sabía mi nombre sin siquiera habérselo dicho.

Me quedé paralizada en la calle durante lo que pareció una hora, hasta que una corriente de frío me hizo regresar en mí y temblar.

Regresé a casa porque en realidad estaba preocupada por el estado de salud de Dimitri, aunque me hubiese hecho enfadar antes. Durante el camino de vuelta, comenzó a nevar; me quedé mirando los

copos de nieve caer, blancos y fríos sobre mi cuerpo y mi pelo.

— ¡Oh, venga ya! —. Me quejé, mientras daba un traspié en un charco helado de la calle.

Era difícil caminar por las calles cuando todo estaba congelado y, además, tiritaba de frío. No había cogido mi abrigo, hacía frío y notaba el pie derecho hinchado de tanto caminar y forzarlo. Si alguien de Elite me hubiese visto en ese momento, se habría reído de mí sin dudarlo dos veces. Casi estaba agotada cuando vi la casa. Con las manos heladas conseguí abrir la puerta, aunque me costó meter la llave. El calor de la casa me envolvió al entrar, haciendo que empezase a temblar por el cambio brusco de temperatura.

Dimitri apareció, colocándome una manta alrededor. En su mirada no había reproche, lo que hizo que me sintiese aún peor por casi matarlo. Sabía que tenía que matarlo algún día, pero necesitaba la información.

El teléfono sonó justo al lado de Dimitri, quien lo cogió, comprobó que era número desconocido y puso el altavoz al descolgar. No dio tiempo a responder cuando una voz mecánica y distorsionada se escuchó al otro lado.

— ¿Quieres volver a ver a tu querido amigo Ivan Rinaldi? —. Una risa se oyó justo después de decir esas palabras, y luego, un grito de dolor que se parecía horrorosamente a la voz de Ivan.

Capítulo 11

El grito se parecía tanto a la voz de Ivan que me heló la sangre. Dimitri también parecía paralizado, pero sujetaba con tanta fuerza el teléfono que podría partirlo en dos en cualquier momento.

— ¿Qué pasa? —.Preguntó la voz con sorna—. ¿No queréis a vuestro amigo? Sí, sé que me estáis escuchando los dos, he oído el grito ahogado de Vasya.

— ¿Dónde estáis? —. Reacción Dimitri, intentando mantener la calma—. ¿Cómo sé que Ivan está bien y vivo?

— Las cosas no funcionan así, no, no, Petrov—. Respondió la voz, produciendo que me hirviese la sangre. Todo era culpa mía, lo sabía—. En cuanto a lo de Ivan, tendrás que confiar en mí.

— ¡Dime dónde diablos estáis, hijo de puta! —. Gritó Dimka fuera de sí. La vena del cuello marcada por hematomas de mi intento de asfixia, se le hinchó notablemente lo que indicaba que estaba furioso.

— Calma, fiera—. La voz se rió de nosotros, eso me enfadó aun más a mí—. Haremos un trato, vosotros nos entregáis el informe Măcel y yo os devuelvo a vuestro amigo ¿de acuerdo?

Miré horrorizada a Dimitri. El informe Măcel era muy importante, ¡era el motivo por el cual yo debía matarle! No creía que fuese capaz de aceptar. Pero como siempre, me sorprendió notablemente.

— De acuerdo—. Aceptó, sombrío—. ¿Dónde nos vemos?

— Muy listo, Petrov, así me gusta. En una hora, en la nave abandonada, a las afueras de la ciudad. Seguro que sabes cuál es. Recordad: si me la intentáis jugar, vuestro amigo muere. Si vienes solo, vuestro amigo muere; venid los dos. Una hora, no más. Si llegáis tarde, vuestro amigo muere.

La llamada se cortó, dejándonos sin saber qué hacer en ese instante, mirando el teléfono que Dimitri apretaba con fuerza en su mano.

— ¡Maldito hijo de puta! —. Gritó lanzando el teléfono contra la pared. Como si se tratase de un jarrón de porcelana, el aparato se hizo añicos al chocar.

— Dimitri…—. Dije a media voz, mientras él seguía rompiendo cosas y gritando como un loco—. ¡Eh, Dimitri! —. Mi grito pareció hacerle parar porque me miró con confusión y dejó lo que parecía una figura de un dragón en la mesa—. El tiempo corre en nuestra contra, así que deja de tirar cosas y vámonos.

Reaccionó a mis palabras cogiendo el abrigo y las llaves del coche. Yo también cogí mi chaquetón y mi pistola PB/6P9, que guardé en mi espalda, cubriéndola con el chaquetón, por si acaso. Era una pistola con silenciador incluido, lo cual estaba muy para situaciones en las que no querías alarmar a nadie. El trayecto, normalmente, duraba media hora, pero la carretera estaba helada por la nevada, así que nos llevó cuarenta y siete minutos llegar.

Las naves abandonadas estaban blancas por la nieve y el frio formaba escarcha en las ventanas y los caminos, haciendo difícil caminar. Podíamos ver nuestro aliento al respirar. Eran varias naves, pero Dimitri avanzó hacia la que tenía mayor tamaño y entró abriendo la puerta de golpe.

Dentro, todo estaba muy oscuro. Difícilmente se podía ver lo que había delante d ti, la noche no iluminaba tampoco, así que íbamos a ciegas. Caminamos con lentitud por la nave, por si hubiera un obstáculo que no pudiésemos ver. Una luz se encendió repentinamente, cegándome momentáneamente. La nave estaba totalmente vacía a excepción de una silla en el centro, en la cual no estaba Ivan.

Sentí un mal presentimiento, pues no veía a nadie, pero mi oído me decía que no estábamos solos en la nave; podía escuchar pasos retumbantes.

— Hola, amigos míos—. La voz de Gab Romanov resonó por toda la nave. Levanté la mirada para comprobar que estaba arriba, en la planta alta. A su lado, Ivan estaba amordazado, siendo apuntado por una pistola en manos de su "novio"—. Casi no llegáis. Cinco minutos más y perdéis a vuestro amigo.

Vi a Dimitri apretar los puños con fuerza, casi podía sentir la rabia correr por sus venas. Me llevé la mano a la cadera para coger la pistola que había cogido antes de salir. La saqué y disparé a la mano de Gabriel, obligándole a soltar su pistola. El disparó no se escuchó, pero sí el resonar de la pistola de él al caer en el suelo.

— ¡Maldita zorra! —. Gritó Romanov, mirándome con furia—. Eso no ha sido inteligente, Vasya… Podrías haber matado a tu amigo—. Esbozó una gélida sonrisa.

— En eso te equivocas, Romanov, no lo habría matado. Créeme cuando te digo que la posibilidad de fallar era menor de uno—. Sonreí burlona.

— Oh, había olvidado que eres la gran Vasya, la mayor…

— Cállate—. Ordené con fiereza.

— ¿Por qué? —. Me retó con una sonrisa—. ¿Acaso tienes miedo, Vasya? ¿Miedo a que ÉL sepa la verdad? —. Apuntó a Dimitri con el dedo. Comenzó a bajar mientras llevaba a Ivan cogido del brazo, el cual tenía la mirada perdida.

— Muérete, Gabriel—. Rugí, mientras apretaba los puños con fuerza. Ya se encontraban a la misma altura que nosotros, pero levanté el brazo para impedir que Dimka se lanzara contra el grandísimo gilipollas que tenía sujeto a Ivan—. Dimitri, dame el pendrive—. Mi voz sonó cara, segura y Dimka me miró como si estuviese loca; me acerqué a él, como si fuese a darle un abrazo y susurré—. Confía en mí, por favor.

Sentí el pendrive caer en mi mano: era uno pequeño, de color negro, sin ninguna marca o distinción.

— Bien, Gabriel, vamos a hacer una cosa, ahora—. Anuncié con una sonrisa torcida, desafiando sus normas—. Iré y te entregaré este pendrive, que contiene el informe Măcel, y tú dejarás libre a Ivan—. Hice una pausa y él pareció querer abrir la boca—. Pero… Yo desataré a Ivan primero, luego te daré el pendrive.

— ¿Por qué iba a aceptar esas condiciones? —. Gabriel arqueó una ceja.

— Porque sabes que puedo matarte sin ningún problema, y antes de que te des cuenta—. Me encogí de hombros, quitándole importancia al asunto.

— Tienes razón, de acuerdo, Vasya—. Se encogió de hombros y empujó a Ivan contra mí. Lo sujeté con fuerza, para que no se cayese.

— Todo va a ir bien—. Susurré su oído; pareció reaccionar a mi voz—. Te daré una cosa muy importante, cuando lo tengas, corre con Dimitri—. Le metí en el bolsillo el mismo pendrive que me había dado Dimitri, mientras que con la otra mano saqué uno idéntico al otro, vacio—. ¡Ve con Dimitri!

Ivan corrió hasta su amigo, que lo envolvió en un abrazo, mientras yo me dirigía hacia Gabriel. Le tendí el pendrive, pero él cogió mi brazo, me dio la vuelta y me inmovilizó a la espalda, quitó el pendrive de

mi mano y luego colocó un brazo alrededor de mi cuello.

— Eres un tío de mierda—. Mascullé. Dimitri gritó mi nombre, dispuesto a venir—. ¡No! ¡No vengas! ¡Largaos sin mí!

— Ni se os ocurra moveros o la mato aquí mismo, ¿habéis entendido? Muy bien, así me gusta—. Sentí un pinchazo en mi costado, que me hizo apretar los dientes imperceptiblemente. Luego, la presión sobre mi brazo derecho regresó.

— Déjales que se vayan—. Dije, sintiendo la rabia inundar mis venas—. Ya tienes lo que querías, ellos no pintan nada.

Una risa fría y desconsiderada brotó de los labios de Gabriel Romanov, haciendo que se me helase la sangre. Ivan observaba la escena con la mirada horrorizada, casi parecía a punto de vomitar. Él no debería estar aquí.

— No hasta que tu novio sepa la verdad—. Susurró a mi oído, con lo que pretendía ser una voz sensual pero que me dio asco—. ¡Eh, Dimitri! ¿Sabes qué tu novia oculta un secreto? —. Dimitri arqueó las cejas.

— ¡Cállate! —. Grité, llevándome un golpe en el pinchazo anterior que me hizo apretar de nuevo los dientes.

— ¿Por qué? No está bien mentir, Vasya—. Dijo sonriendo, o aparentemente parecía sonreír—. ¡O debería decir Vasilisa!

— ¡NO SIGAS HABLANDO! —. Golpeé con mi pierna en su espinilla, consiguiendo un quejido por su parte. Para mi mala suerte, ese movimiento hizo que me doliese el costado.

— ¡Cállate, zorra! —. Golpeó mi cabeza, causándome un leve mareo que impedía que enfocase correctamente—. Como iba diciendo antes de que la puta me interrumpiese… Se llama Vasilisa Belikova y venía a matarte, Dimitri, a ella, tu novia, tenía pensando asesinarte ¡a ti! Es tan gracioso. Es la mejor asesina del mundo y la mandan a matarte ¡a ti!, a un don nadie, siéntete afortunado. Tienes una vida de mierda—. Rió a carcajadas apretando más en mi cuello. Sentía que me faltaba el aire—. Es una zorra, ¿Sabes? Antes de esta misión, se acostaba con mi hermano pequeño Andrew.

Dimitri esbozó una sonrisa o eso me pareció porque mi visión estaba borrosa, para después soltar una carcajada. Me sentí perpleja, incluso llegué a pensar que me lo estaba imaginando.

— ¿De qué te ríes? —. La voz de Gabriel Romanov sonaba confusa—. No lo entiendo, no deberías reírte, ¡deberías estar destrozado!

Las carcajadas aumentaron, llegando a crear un estado de confusión mayor del que ya poseía. Romanov aflojó un poco el agarre, así que mis pulmones dejaron de arder por la falta de aire.

— Ya sabía eso—. Respondió Dimitri, con una sonrisa burlona, para mi desconcierto—. Vasya, descubrí quien eras el día que hablamos de tus tatuajes y me lo confirmaste cuando casi me asfixias con tus propias manos después de tener el pie destrozado. Es más, demuestras quien eres ahora, actuando como lo haces.

— Lo siento…—. Susurré algo asfixiada—. Siento haber hecho lo correcto.

Dimka arqueó una ceja y esbozó una sonrisa torcida, su pose era chulesca, sin miedo, dispuesto a cualquier acción.

— ¡Eh, pero es que Petrov también esconde secretos! ¿Lo sabes, Vasilisa? Y tienen que ver contigo—. Soltó a media voz en mi oído. Me repugnaba—. ¡Cuéntale, Petrov, dile que esconde el informe Măcel!

Conseguí liberar un poco uno de mis brazos. Tenía que escapar y eso conllevaba una maniobra difícil. Me centré en hacer llegar la cuerda de piano que estaba en mi bota hasta mi mano.

— El caso Măcel contiene información acerca de la Gran Masacre, la palabra Măcel significa Masacre; pero no solo explica como sucedió, sino que da el paradero exacto de uno de los dos Belikov supervivientes—. Escuchaba la voz de Dimitri extraña, como si no lo conociera, como si no hablase de mí—. Lo siento, Vasya, no podía contártelo.

Me quedé en shock. Había alguien vivo en mi familia; quizás mi sueño me estaba advirtiendo pero no podía creerlo.

— ¡Díselo! —. Gritó Gab con voz de loco—. Dile quien acabó con la vida de los Belikov, Petrov, ¡Vamos!

— Me niego—. Se cruzó de brazos, con su mirada grisácea fijada en mí.

— ¡Fuiste tú, Vasya! —. La risa de Gabriel era la de un desquiciado—. ¡Tú mataste a todos y cada uno de ellos!

Comencé a reírme, sin parar, mientras Gabriel me dejaba caer al suelo. Mi risa empezó a parecerse a la de Gab Romanov, que había

perdido totalmente la cabeza; llevé mi mano a la bota, con gesto disimulado y, antes de que Gab tuviese tiempo para reaccionar, tenía mi arma enrollada a su cuello, asfixiándole.

— Me llamo Vasilisa Belikov, y maté a toda mi familia—. Me reí en su cara—. ¿Pensabas que eso servía para inutilizarme, cabrón? No sabes con quien estás tratando, soy una asesina—. Le escupí en la cara—. Estoy jodidamente loca, maté a mi familia y, para tu desgracia, jamás sabrás quien soy en realidad—. Apreté más la cuerda en su cuello, cortando la piel y pegué un tiró desenrollándola. Gabriel Romanov cayó inerte al suelo, mientras se asfixiaba con su propia sangre. Toqué mi rostro, manchado de su sangre.

Observé el cuerpo de Romanov en el suelo, desangrándose, con fría indiferencia. No sentía nada respecto a esa persona, ni siquiera ira o rabia o placer; indiferencia pura y dura. Aplasté su cabeza con la bota, para luego seguir pisando su cuerpo en dirección a Dimitri e Ivan, que me observaban con los rostros desencajados.

— Será mejor que nos vayamos—. Comenté, haciendo un gesto al cuerpo—. No creo que sea buena idea quedarnos aquí.

Asintieron y avanzamos lentamente hacia la salida. Sentí que la punzada de mi costado dolía demasiado y, al llevarme la mano a la zona, la descubrí cubierta de sangre oscura que brotaba de la herida, aunque no se notaba debido a que mi ropa era negra. Me paré y ellos también.

— Id yendo, ahora voy con vosotros—. Sonreí, para que viesen que todo iba bien y no notasen la herida. Vi la cara de horror de Ivan y luego unas manos me agarraron por detrás—. ¡Salid de aquí, corred! ¡POR DIOS, SALID DE AQUÍ!

Dimitri no se movió pero Ivan le cogió del brazo y tiró de él, saliendo de la nave. Perdí la consciencia cuando comprobé que estaban a salvo.

Al abrir los ojos, lo primero que vi fueron los rostros de Andrew Romanov y de Arthur McGarret, sonrientes.

— ¿Dónde está Ivanoshk? —. Pregunté, algo aturdida.

— Hola, Vasya, cuánto tiempo—. Sonrió Arthur McGarret—. Nos lo has puesto muy difícil huyendo de todo y de todos. Tuvimos que extorsionar mucho para encontrarte, que pena que Ivanoshk no sobreviviese a la tortura… Y también que por tu culpa hayamos perdido a

un buen soldado.

Le escupí en la cara, con todo el desprecio posible y un golpe en la cabeza hizo que todo se volviese negro.

Capítulo 12

DIMITRI

Ivan tiraba de mí con fuerza. Nunca me imaginé que sería él quien me sacaría de una situación así. Nunca podría olvidar el rostro de Vasya, sonriente, mientras aquel chico se la llevaba; la súplica de su voz al decirnos que huyéramos, que nos fuéramos. No fui capaz de moverme, no fui capaz de reaccionar, no fui capaz de nada. Estábamos en el aparcamiento, lo sabía, pero no era capaz de reconocer mi entorno con claridad, me encontraba confuso. Ivan me gritaba, lo podía ver porque movía los labios, pero no era capaz de distinguir palabras, no las escuchaba. Ivan me dio un par de bofetadas, que me dolieron, pero no reaccioné hasta que me dio un puñetazo en la nariz.

— ¡Ah, joder! —. Grité frotándome la nariz, que comenzó a sangrar un poco—. ¿Qué coño te pasa, tío?

— Era la única manera, sube al coche—. Ordenó, autoritario—. Vasya nos ha dado una oportunidad para escapar, así que hay que aprovecharla, puede que no se vuelva repetir.

— No puedo dejarla ahí sola—. Me negué a moverme, mientras apretaba el tabique y miraba al cielo para que dejase de sangrar.

— ¿No lo entiendes, joder? ¡Se ha sacrificado por nosotros! —. Gritó Ivan, cogiéndome por los hombros—. Ella se ha dejado coger. Por nosotros—. Me zarandeó levemente, haciendo que le mirase a los ojos—. ¡No hagas que su sacrificio sea en vano y larguémonos de aquí! ¡Ahora sube al puto coche de una jodida vez, Dimitri Petrov o yo mismo te meteré a patadas!

Me sorprendieron las palabras de Ivan, así que subí al coche, aún conmocionado por lo ocurrido y con la nariz sangrando, a pesar de haber tenido la cabeza hacia arriba. Rebusqué un pañuelo en mi bolsillo, encontrando algo que no era exactamente un pañuelo pero que me servía igual y lo usé para taponar la nariz.

Ivan estaba en el asiento del conductor regulando los espejos a su medida cuando se vio obligado a pisar el acelerador a fondo y salir disparados, antes siquiera de que me diese tiempo a ponerme el cinturón. Por el espejo retrovisor pude observar que nos seguían dos coches negros con aspecto de pertenecer a Élite. Si no fuese porque el coche que estábamos usando era uno de los pocos automáticos de Europa, no hubiéramos podido coger tanta velocidad de huida. Ivan estaba tan centrado en huir que se saltó varios semáforos en rojo, además de

conducir con una brusquedad que hacía años que no le veía.

Podía ver como las venas de los brazos se le marcaban debido a la tensión; sólo desviaba la mirada para comprobar que nos seguían todavía.

— Mierda—. Mascullé al ver como uno de los coches se colocaba a nuestro lado—. Ivan, ¿sigue la pistola en la guantera?

— Sí, está entre papeles, pero se encuentra fácil—. Contestó mientras torcía a la izquierda, dejando atrás al coche negro; todavía nos seguían pero no tan cercanos. Di gracias a que me había puesto el cinturón hacía un momento.

Encontré la pistola, tal y como había dicho Ivan, entre papeles inservibles. Busqué también si teníamos un silenciador, pero no encontré nada. Maldije por lo bajo, mientras pasaba la mano por la guantera en busca de las balas que no parecían querer aparecer.

— Dimka—. Llamó mi atención Ivan, con voz nerviosa—. Necesito que cargues la jodida pistola y dispares a los neumáticos de los coches negros; no tenemos más escapatoria que el sabotaje.

— Lo intento—. Gruñí—. Pero no encuentro balas.

— ¿Has comprobado que la pistola no esté cargada?

Decidí comprobar la recámara, donde se encontraba una bala, pero eso no me bastaba; el cargador estaba vacío. Rebusqué en mi bolsillo, con la esperanza de encontrar un cargador y, por una vez en mi vida, tuve suerte.

— Sigue conduciendo, yo me encargo—. Dije mientras me quitaba el cinturón, bajaba la ventanilla y miraba hacia nuestros perseguidores. Al ser un coche negro y de noche, mi visión se veía menguada pero más o menos pude pegar dos tiros a uno; el primero impactó en uno de los faros delanteros y el segundo en la rueda izquierda, por lo que se desvió de su trayectoria, colisionando contra un muro.

Ivan miraba por los espejos cada vez más nervioso; apretaba con demasiada fuerza el volante. El coche restante estaba tan cerca que no fallé y disparé a las dos ruedas delanteras, no pudo continuar su persecución, derrapando al no tener dirección. Para asegurarse, Ivan siguió durante diez minutos conduciendo a una velocidad mayor a 150 km/h, alejándonos de Bucarest. No paró hasta encontrar una vía de servicio, una vez se aseguró de que les habíamos dado esquinazo y no

nos seguía nadie más.

Guardamos silencio mirando al frente, cada uno sumido en sus pensamientos. Ivan golpeó el volante con rabia, lo que hizo sonar el claxon de forma estridente y maldijo en diferentes idiomas.

— ¿Hasta cuando más, Dimitri? —. Preguntó Ivan con voz queda, después de haber maldecido en seis idiomas distintos, diciendo casi lo mismo.

— ¿Qué? —. Le miré con confusión, habían ocurrido demasiadas cosas esa noche, así que no comprendía a que se estaba refiriendo.

— Hasta cuándo vamos a seguir huyendo—. Recalcó la palabra huyendo—. Cinco años, Dimitri; me despedí de toda mi familia y conocidos en el año 80, han pasado cinco años. Dijiste que no pasaríamos más de unos años. Ni siquiera deben saber que sigo vivo.

Fijé la mirada en la oscuridad exterior. Había empezado a recopilar información del caso Măcel en 1980, cuando sólo teníamos veintitrés años y ahora, cinco años después, intentaban matarnos por ese informe. Irónica y demente, así era la situación. ¿Por qué no eliminarnos antes de empezar? ¿Por qué ahora que íbamos a asentarnos? Ahora que por fin habíamos encontrado la clave. No encontraba respuesta a ello, pero estaba seguro que tenía que ver con la familia Belikov, como todo.

— No sé cuando acabaremos—. Murmuré—. No sé siquiera si acabará o terminaremos muertos y habiendo fracasado, pero ya no podemos echarnos atrás. Estamos tan metidos en esta mierda que decir que lo dejamos no es una opción, pues nos llevaría a una muerte segura—. Hice una pausa mientras frotaba mi barbilla—. Quiero que esto acabe y recuperar mi vida, pero no veo llegar el momento. Creo que deberíamos ayudar a Vasya.

— Dimitri, nos mintió—. Señaló Ivan con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. Es más, le encomendaron matarte. ¿Y todo por qué? Por el informe Măcel. Te dije que nos traería problemas, te lo advertí pero no me quisiste escuchar.

— Tienes razón en que el informe nos ha traído muchos problemas, y también en que ella nos mintió, que le encomendaron matarme, sí todo eso es cierto, pero nosotros también le mentimos y ocultamos cosas—. Aparté un mechón de mi rostro—. Además, se lo debemos.

La risa de Ivan inundó el vehículo, amarga, llena de rabia.

Sabía que no estaba de acuerdo conmigo, podía sentirlo.

— ¿Se lo debemos? —. Preguntó con rabia contenida—. No le debemos nada, Dimka, nada. Ella quiso sacrificarse por nosotros, no le debemos nada—. Escupió con desprecio—. Además, querrá matarte.

— ¡Pero ella te ayudó a sacarme de la cárcel! —. Grité, frustrado.

— ¡¿Y qué?! ¡Eso no importa! —. Gritó Ivan—. ¡Nada de eso es lo importante! ¡Admite que te has enamorado de Vasilisa Belikova! —. Saltó Ivan, alzando la voz tanto que si alguien hubiese estado fuera, se hubiera enterado—. ¡Admite de una maldita vez que quieres ir a por ella porque estás enamorado!

— No estoy enamorado—. Negué, desconcertado. Ivan me miraba con los puños cerrados y el cuerpo medio girado en el asiento.

— Por favor—. Se rió ante mi comentario, mientras esbozaba una sonrisa burlona—. He visto como la miras, como sufriste cuando el hijo de puta la cogió y casi la ahorca—. Su tono era cada vez más amargo, sobre todo al hablar de su ex novio—. Al principio, la besabas sin devoción o cariño, ¿crees que no lo notaba? ¡Ja! Pues claro que sí; pero un día todo cambió y comenzaste a tener una actitud más cautelar con ella, como si quisieras hacerle daño. La protegías igual que a un tesoro; te habías enamorado inevitablemente de la chica, y sé que ahora estás enamorado, porque el sufrimiento reflejado en tus ojos me lo confirma.

— No estoy enamorado de Vasilisa Belikova, Ivan, en serio—. Insistí, un poco mosqueado con el tema—. Pero debemos ir por ella.

— Entonces, ¿por qué debemos ir a por ella? —. Se cruzó de brazos y me miró con su cara de “espero que sea convincente”.

Suspiré, llevándome las manos a las sienes. Froté la zona circularmente para relajar la tensión. Me sentía como si trabajara bajo presión todo el tiempo.

— Estábamos tan cerca, Ivan—. Murmuré con cansancio—. Estábamos a un paso de conseguirlo, ¿lo sabías?

— Sabía que estábamos cerca, pero no hasta que punto lo estábamos…—. Ivan se frotó la barbilla, pensativo.

— Teníamos localizados a los dos, Ivan, a los dos sujetos que aparecen en el informe Măcel; sabía dónde se encontraba Thomas Andersen, antes de que escapase de nuevo—. Hice una pausa, ante la mirada inquisidora de Ivan—. Sí, era el que dijo ser el abuelo de Vasya, tú

también sabías que ese Thomas era quien buscábamos, estaba claro. Y lo más importante de todo, sé dónde se encuentra el otro Belikov, el que sobrevivió a todo.

— ¿Sabes con exactitud dónde se encuentra? —. Ivan frunció el ceño—. Joder, entonces lo teníamos todo… ¿Dónde está, si puedo saberlo?

— Está aquí, en Bucarest, por eso no nos hemos movido de la zona, porque los dos se encontraban aquí… Pero Gabriel lo jodió todo—. Murmuré con pesar—. Si no hubiese dicho a Thomas que sabía quién era…

— ¡Dios mío! —. Se llevó las manos al rostro, con aparente frustración—. No sé cómo pude salir con ese idiota, Dimitri, ¿por qué salí con ese idiota? Dímelo.

Ivan me cogía por los hombros, zarandeándome suavemente, con cara de loco, aunque todo era un poco de teatro, lo que me hizo reír.

— Porque le querías—. Señalé suavemente, no quería desatar un conflicto de nuevo.

Él suspiró y me soltó los hombros. Se colocó mirando hacia el volante, en una posición normal y fijó la mirada en la oscuridad de la noche. Era bastante tarde y en la gasolinera sólo estaban los trabajadores de la misma.

— Supongo que por eso el amor es ciego—. Dijo mientras se colocaba el cinturón y cogía la llave para arrancar el motor—. Vamos a casa, allí pensaremos como ayudar a Vasya… Aunque primero debemos saber dónde se encuentra.

Me quedé sorprendido ante su actitud, pero no di muestras de ello. Tiré del cinturón para ponérmelo, ya que no estaba seguro de que Ivan fuese a conducir como una persona normal, y puse la radio.

El motor ronroneó suavemente, aunque por poco tiempo pues mi amigo pisó a fondo el acelerador provocando que mi cuerpo se pegase más al asiento, y salimos de la zona a gran velocidad.

No había nadie en la carretera, que estaba oscura, sin más iluminación que los faros del coche, y en la radio sonaba Bon Jovi a un volumen considerable, todo parecía perfecto.

Por suerte para todos los conductores, peatones y personas de Bucarest, Ivan redujo la velocidad en cuanto entramos en la ciudad. En cierto modo él tampoco quería que nos parase la policía por exceso de

velocidad o vete tú a saber qué motivo.

— Dimitri, no puedo ir directamente a casa, nos sigue un coche desde hace cinco minutos—. Dijo Ivan sacándome de mi ensimismamiento.

— ¿Otra vez? —. Protesté, mirando por el espejo retrovisor. Había un coche pero no era como los otros—. No es igual que los anteriores. Da unos cuantos rodeos a ver si es coincidencia, ¡y acelera un poco, que nos vamos a quedar parados!

— ¡Joder, primero que si rápido y ahora que si lento! ¡Aclárate, tío! —. Pisó el acelerador y, en vez de torcer a la izquierda para llegar a casa, siguió recto. El coche tomó la calle derecha, por lo que respiramos tranquilos. Ivan siguió el camino hasta llegar a la puerta.

Al llegar a casa, nuestra sorpresa fue monumental. Sentado en un sillón, a oscuras en el salón, se encontraba un hombre mayor, con el cabello canoso peinado hacia atrás, barba muy recortada y arreglada, además de llevar traje y sombrero.

Nos miró con sus profundos ojos azules, iguales a los de Vasya.

— Os estaba esperando—. Dijo, con voz profunda.

Teníamos delante al mismísimo Joseph Belikov.

Capítulo 13

Teníamos delante al mismísimo Joseph Belikov.

— Os estaba esperando—. Dijo, esbozando una leve sonrisa.

— Joseph Belikov—. Musitó Ivan, con las cejas arqueadas. Yo me había quedado sin palabras; ¿cómo había encontrado este hombre donde vivíamos? No podía saber que era nuestro; ni siquiera había registros de nombres en Bucarest.

— Es sorprendente…—. Murmuró Joseph—. Como un cambio de look puede hacer que parezcas quien no eres…

— ¿A qué se refiere, señor Belikov? —. Pregunté cuidadosamente.

— Lo que quiero decir—. Se levantó y comenzó a caminar por el salón—. Es que mi hermano lleva once años muerto… Y vosotros cinco buscando a dos personas que, en realidad, son una sola.

— No entiendo…—. Ivan parecía desconcertado ante las palabras del hombre y yo no sabía ni por donde coger la conversación.

El hombre suspiró, quitándose el sombrero, y clavó su mirada azul en nosotros. Tuve la sensación de haber visto esa mirada en otra parte, pero no era capaz de recordar donde.

— Veréis… Hace muchos, muchos años—. Hizo una pausa y se echó a reír—. Perdonad, sólo era una broma—. Esbozó una sonrisa tranquila que también me resultó muy conocida pero no de qué—. Anthony Belikov era el segundo hijo de su familia, como ya sabréis, y su madre estaba embarazada, de un tercer hijo, el heredero del don de la familia.

Nos quedamos en silencio, Ivan y yo expectantes y el señor Belikov pensativo. Sacó una cajetilla de tabaco, metálica y plateada, pero con aspecto de los años cincuenta, e hizo el gesto de pregunta, a lo que respondí afirmativamente con un gesto de cabeza. El señor Belikov encendió el cigarro entre los labios y aspiró el humo, expulsándolo lentamente después.

— Pero la madre no estaba embarazada de uno, si no de dos. Gemelos, que curioso ¿verdad? Supongo que os preguntareis cual sería el tercero, pues los dos no podrían serlo. Siempre se ha dicho que en los gemelos, el hijo mayor es el que sale último en el embarazado y, en este caso, no iba a ser una excepción—. Dio otra calada al cigarro, lenta como

la anterior—. Los niños se llamaron Joseph y Thomas. Joseph nació primero, siendo así el cuarto hijo de la familia, lo que dejaba como tercer hijo a Thomas… Sin embargo, esto se ocultó al resto del mundo, inclusive la familia.

— ¿Por qué? —. Pregunté, curioso. No conocía esa parte de la historia.

— ¿Sabes cuál es el don de Vasilisa Belikova? —. Preguntó con seriedad. Asentí—. Bien… Ese don se desarrolla mucho antes y, teóricamente, ella es la única que lo posee en toda la familia. Eso no es del todo cierto—. Otra calada y echó la ceniza en el cenicero que tenía a su lado—. Thomas era el tercer hijo y su don era matar. Sus padres ocultaron que el tercer hijo fuese él y desarrollaron al máximo el intelecto de Joseph para que encajara en el papel correspondiente. Cuando una persona sospechaba, le decía que se debía a que tenía un gemelo y que no era tan puro como un tercer hijo solo. Totalmente falso, obviamente.

La habitación se sumió en el silencio absoluto, ninguno dijo nada. Esperé a que continuase pero se había quedado callado, mirando por la ventana.

— ¿Qué… ocurrió el día de la masacre? —. Preguntó con timidez Ivan, esperando no haberla cagado. Yo también lo esperaba, a decir verdad.

— Hace once años estábamos en casa de mi sobrino Víctor—. Tenía la mirada perdida en el paisaje que se admiraba tras la ventana—. Víctor había desarrollado una vacuna que evitaba el completo cenit del don de Vasya, pero ella enfermaba cada vez que se le inyectaba la sustancia. Recuerdo que Vasilisa corría por la casa mientras Víctor le decía que era por su bien. Yo le cogí en brazos, y me puse a discutir con Víctor. El don de matar en niños menores de catorce años es muy peligroso, tanto para su entorno como para ellos mismos, pero no podía permitir que siguiese manteniendo a Vasilisa en un estado enfermizo más tiempo; su cuerpo acabaría colapsando con el tiempo, lo que le inyectaba no era bueno—. Dio una última calada al cigarro, lo apagó y volvió a quedarse en silencio—. Todo sucedió después de comer, cuando cada uno se movía libremente por la casa antes de reunirnos todos en el salón para tomar una copa de vodka y hablar de temas importantes. El primero en desaparecer de la familia fue Víctor, sin más. Creíamos que había salido a comprar más botellas porque quizás se había acabado, pero no era así, pues la despensa estaba completa, y nadie sabía que había sido de él. Poco a poco fueron desapareciendo más y más miembros de la familia, sin dejar ni rastro, ni siquiera un atisbo de donde podrían encontrarse. Pero vi a un hombre, un hombre vestido de negro; llevaba una capa antigua, de las que ya no puedes conseguir a no ser que pidas que la hagan a medida, importada de Italia con toda seguridad. No recuerdo el rostro del hombre

exactitud, pues estaba casi cubierto, pero sé que estaba en la casa cuando todos empezaron a desaparecer. Decidí seguirle con sigilo y él me llevó justo a donde mis sospechas se confirmaban: el lugar donde se encontraban los Belikov. Tenían la cabeza cubierta con sacos, lo que impedía, a simple vista, saber de quién se trataba, pero prestando atención podías discernir su identidad pues todos llevaban una seña propia, ya fuese un reloj, un collar, una pulsera…

— ¿No llegaste a saber quién era el encapuchado? —. No pude evitar preguntarlo, esa parte de la historia no estaba en mi informe y me causaba mucha curiosidad.

— Nunca le vi la cara, pero sé que podría reconocerle si lo volviese a ver… Le hice un corte en el lado derecho del rostro, desde la frente a la barbilla, así que sólo verle me diría quien es. Vasya estaba allí, en el cuarto pero no iba tapada, sólo llevaba cadenas en muñecas y tobillos, como si el asesino quisiera que la niña fuese testigo de todo, y parecía muy asustada. El hombre sacó una pistola y empezó a disparar uno a uno, dejando viva a Vasya, que lloraba mientras la sangre de su padre le cubría entera. Intenté acabar con el hombre, pero no fui capaz. Me noqueó sin previo aviso justo después de recibir el tajo. Al despertar, Vasilisa lloraba y tenía en su mano izquierda la pistola del hombre y en la derecha un cuchillo. Intenté hacerle reaccionar, le dije que todo sería culpa mía; ella cree que es la culpable y todo apunta a que lo fue, pero no es así. Cuando Elite se la llevó, me cogieron a mí también.

— ¿Qué tiene que ver usted con Elite, señor Belikov?

— Trabajé para Elite durante treinta años, cuando todavía era del gobierno ruso y después, cuando sólo fuimos mercenarios.

— Pero eso no puede ser… Habría registros…

— ¿Todavía no te has dado cuenta, Dimitri? Joseph Belikov está muerto. Yo soy su hermano, Thomas Belikov, aunque tú me conoces como Thomas Andersen.

Ivan exclamó un taco y tiró al suelo un jarrón sin querer, mientras que yo me quedé anonadado y sin palabras. El hombre que tenía delante no se parecía en nada a Thomas, no al Thomas que yo conocía. Vi como comenzaba a desabotonarse los puños de la camisa y remangaba dejando a la vista cicatrices de combate y el símbolo de Elite en el antebrazo izquierdo. Era él, definitivamente.

— Pero… ¿Cómo? Señor Thomas… Se parece tanto a Joseph Belikov—. Balbucí mientras me rascaba la nuca, confuso.

— Somos gemelos, Dimitri, sólo tuve que recortar mi barba hasta que pareciese la de él—. Murmuró mientras se volvía a colocar bien las mangas y los puños—. Supongo que os preguntaréis porqué estoy aquí, cuando estaba claro que me iría.

— Pues la verdad, sí—. Admitió Ivan desde el suelo, mientras recogía los trozos del jarrón—. Supongo que le dijiste a Vasya que te ibas, hace unas horas, cuando os visteis por última vez.

— Efectivamente fue lo que hice, para protegerla y también fui yo quien mandó el correo donde os advertía sobre Gabriel Romanov aunque Vasilisa lo leyó tarde—. Suspiró pesadamente—. No he venido hasta aquí para tener una animada charla de reencuentro, ciertamente.

Le miramos con curiosidad, después de intercambiar una mira entre nosotros. Estaba claro que no había venido sólo para disfrutar de nuestra presencia, pero tampoco nos había dicho todavía el motivo real de su visita.

— Si el motivo de su visita no es esta agradable conversación—. Ironizó Ivan—. ¿Cuál es, entonces?

— Cuida ese tono, muchacho, todavía te saco muchos años y soy mayor que tú—. Le reprendió Thomas e Ivan bajó la cabeza, con arrepentimiento—. Bueno, como iba diciendo, no estoy aquí porque me apetezca saludaros, lo cierto es que no pensaba volver a veros, pero las circunstancias han hecho que necesite un cambio de planes. Ha llegado a mis oídos que Vasilisa ha sido capturada por Elite, o lo que quede de la organización… ¿Es cierto eso?

Ivan palideció notablemente y yo me pasé la mano por la nunca, bastante nervioso. Me sentía tan nervioso que casi podría rozar la histeria. De todas las preguntas que podía hacernos el abuelo de Vasya, esa era la peor.

— Pues… Verá… Es una historia muy graciosa…—. Comencé con nerviosismo—. Bueno, tal vez no tan graciosa… Verá, a Ivan le capturó el loco de su novio y fuimos a rescatarlo y lo conseguimos, Vasya mató al loco de Gabriel pero entonces se rezagó y un tío muy alto se la llevó mientras ella nos instaba a escapar y luego nos persiguieron pero conseguimos huir y ahora estamos aquí, hablando contigo—. Cogí aire después de soltarle toda la retahíla de lo ocurrido—. Y eso es todo… Creo.

Thomas Belikov nos observaba en silencio, pensativo, con su mirada fría y calculadora clavada en nosotros. Se atusaba la barba con tranquilidad y, cuanto más tranquilo parecía él, más histérico me sentía yo; podía sentir que Ivan estaba igual pues había vuelto a dejar caer los

trozos del jarrón roto y estaba en el suelo, otra vez, recogiéndolos.

El silencio se me hacía eterno, y que Thomas no dijera nada nunca sería buena señal, eso estaba clarísimo. Dejó de atusarse la barba y cogió aire.

— Vamos a ver si lo he comprendido, que creo que sí—. Dijo Thomas en un tono que me dio escalofríos—. Me estáis diciendo que mi nieta ha sido secuestrada, por mercenarios de Elite, porque ha decidido que su vida era menos importante que la de vosotros dos y, además, ha rescatado a uno de vosotros cuando estaba en peligro—. Asentimos con miedo—. ¡Y tengo delante a dos inútiles incapaces de encontrarla! —. Se levantó del sillón con una celeridad que jamás le había visto—. Recoged vuestras cosas, nos vamos.

— ¿Qué? ¿A dónde? —. Pregunté sorprendido.

— Coged lo imprescindible, tenéis diez minutos si no queréis que os saque a rastras de esta casa.

Corrí a preparar una mochila con algo de ropa y armas, tampoco tenía mucho que llevar. Cogí el portátil e iba a salir cuando recordé que las cosas de Vasya estaban en su habitación, así que me dirigía hacia allí y recogí su maletín y su portátil antes de salir pitando.

— ¿Qué es eso? —. Preguntó Thomas, señalando el maletín de Vasya.

— El maletín de su nieta, apertura biométrica.

Thomas lo cogió con suavidad y lo puso en el maletero, después hizo lo mismo con el resto del material y maletas. Cinco minutos después, estábamos los tres subidos al coche en dirección a dios sabía dónde.

— ¿Dónde vamos? —. Preguntó Ivan desde el asiento trasero.

— Al casino que está a la otra punta de la ciudad, tenemos que recoger a alguien antes de iniciar un largo viaje—. Contestó mientras arrancaba el coche a toda velocidad. Empezaba a odiar los coches automáticos y su posibilidad de coger velocidades increíblemente altas en un segundo.

Nadie más habló durante el trayecto, aunque podía deberse a que temíamos por nuestra vida, ya que Thomas conducía de una forma tan brusca que no pensaba que fuese ni legal. Me dolía la mano de agarrarme a la puerta, como si eso fuese a salvarnos de un accidente

dado el momento.

— ¡El semáforo! —. Gritó Ivan, indicando que nos acercábamos a uno en rojo.

Thomas le ignoró, saltándoselo, aunque no es que condujera respetando muchas normas de tráfico; más bien sobrepasaba la ilegalidad en todos los campos. Ivan solía conducir de esa forma cuando nos encontrábamos en una persecución, pero no así por diversión. No estaba tan loco, a decir verdad.

Nos acercábamos al edificio del casino a gran velocidad, tanta que pensé que nos estrellaríamos contra él. En el último momento, Thomas derrapó y aparcó en un lateral del edificio. No podía creerlo, pero estábamos vivos.

— Ya hemos llegado, chicos—. Anunció, apagando el motor.

Miré a Ivan, que respiraba aceleradamente y con una mano puesta en su pecho, quizás comprobando que su corazón seguía donde debía estar. Sonreí burlonamente, pues le habían dado su propia medicina y bajé del coche, seguido de él.

Capítulo 14

Seguimos a Thomas Belikov, el cual se movía con mucha soltura, hasta el casino; se me hacía raro verlo caminar sin su bastón, se notaba que fingir se le daba bien. Thomas enseñó una documentación al guardia de la entrada y este le dio paso, pero inmediatamente después nos lo cerró a nosotros dos.

— Documentación—. Ordenó cruzándose de brazos. El tío medía unos dos metros de alto y parecía que pasaba sus horas libres en el gimnasio. Una mole, en resumen.

— Sergey, déjalos pasar—. Ordenó Thomas—. Vienen conmigo.

— ¡Oh! —. Se apartó rápidamente—. Lo siento señor Belikov, no volverá a pasar. No sabía que eran amigos suyos.

Me sorprendió el poder que tenía Thomas, aunque supuse que usaba la documentación de Joseph Belikov, su hermano gemelo, y por eso habíamos caído en el error de creer que los dos vivían. Aunque claro, Thomas también era un Belikov, por lo que sólo debía usar su verdadera identificación.

El interior del casino era como otro cualquiera… Si es que cogías los juegos y los bañabas en oro, claro. Era ridículamente ostentoso todo. No me extrañaba que no nos hubieran dejado entrar, éramos los únicos con pantalones vaqueros; desentonábamos en todo momento, ¡hasta los camareros llevaban traje y corbata! Thomas frenó el paso hasta posicionarse en el linde de las escaleras, desde donde podían verse todas las mesas.

— ¿Veis esa mesa a la derecha? ¿En la esquina? —. Asentimos con seriedad—. Pues es allí donde vamos.

Bajamos las escaleras con paso lento pero firme y cruzamos todo el casino, que estaba lleno de personas jugando y camareros, hasta casi llegar a la mesa, pero Thomas nos detuvo.

— Antes de llegar, tengo que advertiros de que el muchacho que viste con sombrero de gánster está a punto de cabrear mucho a los hombres de la esa, así que diez minutos después de saludarlo, que es lo que va a tardar en terminar la partida, preparaos para salir corriendo.

Ivan me miró desconcertado y yo me encogí de hombros, pero

avanzamos hasta la mesa.

— A, hijo mío, te he buscado por todas partes ¿dónde has estado? —. Se notaba que Thomas estaba fingiendo.

— Buenas noches, Thomas—. Saludó el llamado “A” —. He estado aquí toda la noche… Más o menos.

Los jugadores descubrieron en ese momento sus cartas, excepto A, que las descubrió después. Cuando lo hizo, superaba todas y cada una de las manos que tenían los otros. Cogió el dinero que había en la mesa y lo guardó en un maletín donde había más dinero.

— Señores, ha sido un placer quedarme con su dinero, una noche más—. Esbozó una sonrisa y salió corriendo con el maletín en la mano. Thomas salió detrás de él, a una velocidad poco coherente para su edad y nosotros les imitamos al ver que se levantaban los hombres de la mesa, con los rostros congestionados por la rabia.

Correr por un casino lleno de personas es algo difícil, pero A y Thomas parecían tener experiencia porque nos esperaban arriba de las escaleras. Subimos los peldaños de tres en tres y salimos los cuatro juntos del casino.

— ¡Adiós, Sergey! —. Se despidió A con la mano del guardia—. ¡Muchas gracias!

— ¿Otra vez, A? Voy a tener que aumentar tu cuota—. Bromeó Sergey mientras contenía a los enfurecidos en la entrada.

Corrimos hasta donde se encontraba el coche en un lateral del edificio. Resoplábamos de tanto correr y me ardían los pulmones. A comenzó a reírse a carcajada limpia, lo que me hizo pensar en dos posibilidades: o estaba loco o no era la primera vez que lo hacía.

— Ha sido mucho más divertido que de costumbre—. Comentó, confirmándome la segunda posibilidad—. No me he presentado, entre unas cosas y otras. Me llamo A.L.C, matemático doctorado, estafador y ladrón de guante blanco—. Esbozó una sonrisa pícara.

— Una presentación... Curiosa—. Comentó Ivan, incrédulo—. Mi nombre es Ivan Rinaldi, soy informático... Y uno de los mejores hackers de Europa.

— Y yo soy Dimitri Petrov, creador del codiciado informe Măcel y mercenario—. Me rasqué la nuca al recordar un dato importante en lo

sucedido—. Thomas, Elite tiene el pendrive con el informe.

— i¿Qué?! i¿Le diste el informe?! ¡Pero a ti que te ocurre, joder!—. Gritó.

— En realidad—. Interrumpió tímidamente Ivan—. No lo tienen.

Todos le miramos confusos, ¿de qué hablaba? ¿La tortura lo había dejado frito?

— ¿Como que no lo tienen? —. Pregunté suavemente.

— Veréis, cuando Vasya puso como condición ser ella quien me soltase, me dio el pendrive que Dimitri le había entregado con el informe y ella le entregó uno a Gab idéntico que, seguramente, estaba vacío—. Explicó un poco nervioso por nuestras reacciones.

— ¿Puedo saber por qué no me lo has dicho antes? —. Pregunté con los nervios crispados.

— Lo olvidé—. Sacó el pendrive que le di hacía horas a Vasya—. Aquí está.

Se lo arrebaté de la mano, lo tiré al suelo y lo pisé con fuerza, esperando que mis botas militares hicieran el efecto deseado. El pendrive crujió bajo la suela de mis botas, denotando que se había roto, pasando a ser placas destrozadas.

— Ya no hay pendrive, se acabó el problema.

— Veo que eres una persona práctica—. Murmuró A.L.C mientras se quitaba el sombrero—. Thomas, dame las llaves, conduzco yo.

Thomas le lanzó las llaves y nos subimos al coche, ellos delante y nosotros detrás. A no conducía mucho mejor que Thomas; aunque era menos brusco, no sentía ningún cariño por las limitaciones de tráfico.

No tardamos mucho en encaminar la autovía en dirección a Brasov o eso me pareció según los carteles que pasábamos.

— ¿Dónde vamos? —. Preguntó Ivan, que llevaba un rato con la mirada fija en la ventanilla.

— A Brasov—. Contestó Thomas, confirmando mis sospechas—. Tenemos un piso franco allí donde podremos planear como encontrar a Vasilisa y todo el plan de escape necesario.

— Creía que vivías en Bucarest—. Mencioné acercándome al asiento.

— Vivíamos en Bucarest de alquiler, pero ya hemos pagado nuestra estancia allí, con propina generosa, así que ya no vivimos allí—. Thomas tenía la mirada fija en la carretera. Parecía acostumbrado a la conducción de A, porque no tenía ni una pizca de tensión en el cuerpo. Claro está que él conducía igual o peor, por lo que no sería muy normal que se asustara.

—Si quieres cambiar, puedo conducir yo, A—. Se ofreció Ivan una hora y media después—. Si quieres mantener la velocidad elevada, yo soy el indicado.

Miré de reojo a Ivan; tenía esa sonrisa que solo aparecía cuando pensaba poner el coche a 200 km/h. Temí por nuestras vidas y las de todos los que viniesen por delante. A.L.C llevó el coche hasta una gasolinera, donde hicieron un cambio de conductor. Thomas se sentó detrás dejando a los dos conductores delante.

— Adelante, todavía queda bastante para llegar a Brasov, pero yo te indico—. Dijo A, mientras se ponía el cinturón.

— Os recomiendo que os agarréis bien—. Advertí mientras Ivan arrancaba el coche—. Esto es un suicidio.

— ¿Por qué dices es…? —. La pregunta de Thomas quedó en el aire cuando Ivan puso el coche a 100 km/h nada más salir. Era la única persona que conocía capaz de arrancar un coche de marchas con la tercera puesta, aunque este fuese automático, hacia lo mismo.

No había nadie en la carretera, o esa era la impresión que daba. Estaba poco iluminada y solitaria.

— ¿Dónde has aprendido a conducir así? —. Preguntó A, ciertamente emocionado.

— En múltiples huidas con Dimitri—. Comentó sin darle importancia, al tiempo que giraba bruscamente el volante para esquivar una gran roca y volvía al carril—. Él dispara y yo conduzco.

— Es mucho más emociónate que ser conductor de carreras—. Exclamó A, con una amplia sonrisa que podía ver desde el espejo derecho.

Ellos siguieron hablando animadamente, pero yo ya no los estaba escuchando. No podía dejar de pensar en Vasya; en como estaría, en si le había pasado algo y en lo culpable que sentiría, más de lo que ya me sentía, si le pasaba algo grave. No quise abandonarla, y ahora la culpa me carcomía. Si, puede que ella nos hubiese pedido que nos fuésemos,

pero sentía que no hice todo lo que podía haber hecho. Aunque todavía había cosas que no entendía, como por ejemplo, si Vasilisa era miembro de Elite, ¿por qué la capturaron? Y si no es Elite a lo que nos enfrentamos ¿qué es? Deseé que hubiese una persona capaz de responderme, pero sabía que nadie en ese coche podía contestarlas.

— Acabamos de pasar la ciudad de Ploiesti—. Señaló Thomas—. Ya queda menos para Brasov.

Todos nos quedamos en silencio cuando, de pronto, unas luces azules y rojas que giraban y parpadeaban intermitentemente, aparecieron detrás de nosotros.

— Mierda, Ivan, ¿eso es la policía? —. Exclamé exasperado—. Joder, siempre igual.

— Eso parece… —. Murmuró mientras reducía la velocidad y se paraba a un lado del arcén—. Joder…

— Eres gaje, tío—. Mascullé rezando por no acabar en la cárcel. Lo único que me faltaba era regresar, otra vez, a una celda mugrienta, y además acompañado de estos tres individuos. Que sí, que uno era mi mejor amigo, pero tenía la peor suerte del mundo, y los otros dos uno de ellos estaba loco y el otro era el abuelo de la chica que me gustaba, al cual no parecía caerle demasiado bien en esos momentos.

Un policía golpeó el cristal polarizado de la ventanilla de Ivan y este la bajó, esbozando una sonrisa nerviosa.

— Buenas noches, señor agente—. Saludó alegremente, pretendiendo que eso suavizara la situación.

— Buenas noches, ¿sabe por qué le he parado? —. Preguntó el agente, cruzándose de brazos. Su mirada era muy seria, escalofriante.

— Puedo imaginarlo—. Suspiró mi amigo, con resignación.

— Necesito la documentación del coche y su documentación personal. Inmediatamente—. Ordenó el agente, con cara de pocos amigos.

— Pues… Creo que tenemos un pequeño problema con ello—. Comentó Ivan, algo cohibido.

— ¿Qué clase de problema?

En ese momento, Thomas Belikov bajó la ventanilla de su

asiento, quedando a la vista de los agentes de policía.

— ¿Ocurre algo, señor agente? Nos urge llegar a Brasov—. Dijo con una sonrisa, que se notaba que era tensa, pero que al policía no se lo pareció.

— ¡Oh, señor Belikov! Es usted—. El policía se sobresaltó al ver a Thomas Belikov, como cualquier persona que nos encontrásemos. Me preguntaba cuanto poder podría llegar a ostentar Thomas—. Su coche iba demasiado deprisa. Su amigo conduce temerariamente, en carreteras a las que no se puede ir a esa velocidad. Lo siento, pero tendré que detenerles.

Maldije internamente nuestra suerte. Eso no podía estar pasándonos, pero sí, pasaba.

— Lo siento, señor agente, pero eso no va a ser posible en ningún caso. Tenemos que llegar con urgencia a Brasov, cuestión medica—. Mintió él—. Comprenderá que mi salud ya no es la que era, ya no soy un chaval y no puedo permitirme faltar a esa cita tan sumamente importante que tengo con mi cardiólogo.

— Por favor, señor Belikov, si está usted en perfecto estado de salud, al menos en apariencia—. Bromeó el policía.

— Sí, puede que en apariencia, pero las apariencias engañan, señor agente—. Rió levemente Thomas antes de ponerse serio—. Creo que podemos llegar a un buen acuerdo… Haremos como si esto no hubiese ocurrido, nosotros nos vamos por nuestro lado y ustedes, agentes, por el vuestro y aquí nadie ha visto nada.

— ¿Intenta sobornarme, señor Belikov?

— Si lo acepta, ya no será un intento, si no un soborno. Pero mi pretensión es salir de aquí cuanto antes sin una orden policial—. Admitió Thomas, con sinceridad—. Si lo prefiere, puedo firmarle un cheque—. Thomas le tendía unos billetes de valor elevado al policía, que los miraba con bastante indecisión.

El policía vaciló unos instantes antes de coger el dinero y guardárselo, con cierta vergüenza en el rostro.

— Muy bien, señor agente, ha hecho la elección correcta.

— Me siento un canalla, por aceptar dinero. Esto no es la ley. La ley no se compra.

— Se equivoca, agente, la ley se compra, se soborna y se puede moldear siempre y cuando tengas el dinero suficiente… Al final, todo es cuestión, de dinero ¿no es cierto? El dinero es lo único que importa en realidad, incluso en un régimen comunista como es el que existe aquí, en Rumanía, el dinero importa más que todo. Si puedes tener dinero, puedes tener lo que deseas. El dinero es importante, aunque no se quiera admitir—. Explicó Thomas, con parsimonia—. Aproveche bien el dinero, y disfrútelo, quién sabe si volverá a encontrarse con otra oportunidad así.

Nos despedimos del agente y seguimos nuestro camino, después de escuchar ese discurso de Thomas que, sin duda, llevaba a reflexionar sobre cualquier sistema económico existente. ¿Era el dinero lo único que importaba? En cierto modo, sí. Tenía razón.

Capítulo 15

Cuando desperté al día siguiente, eran las once de la mañana. Habíamos llegado a Brasov a las cinco y media de la madrugada, así que lo primero que hicimos fue irnos a dormir; no eran horas de ponerse a planear un rescate.

Todo Brasov estaba nevado cuando miré por la ventana ese día. La navidad era una época preciosa. Pronto entraríamos en año nuevo, aunque primero pasaríamos por el día de navidad 25 de diciembre; era 23 de diciembre y todo apuntaba a que ese año no íbamos a tener cena de navidad, no había tiempo para ello. El piso donde nos encontrábamos era acogedor, pequeño, pero acogedor. Cogí una sudadera de mi mochila y unos pantalones de chándal, me los puse y salí del dormitorio.

En el salón del piso se encontraban A.L.C e Ivan hablando tranquilamente. Parecía que había congeniado bastante bien, lo cual me alegraba muchísimo. Saludé escuetamente y me fui directo a la cocina; quería tomarme un café. En Brasov no había mucha cantidad de café y menos después de la segunda guerra mundial. En plena guerra fría y estando en un país comunista, las ayudas escaseaban; toda la zona occidental del mundo estaba muy avanzada, y nos superaba en inteligencia militar. Nadie quería que estallase otra guerra, así que nos manteníamos en vilo siempre, con el miedo a cometer algún error que provocase el estallido; sin embargo, lo que hacía Vasilisa quizás se considerase un detalle a tener en cuenta como futuro desencadenante de una guerra que, esperábamos, no ver. Hice café para cuatro, por si a ellos les apetecía también. Fui al salón con la cafetera recién hecha y comprobé que Thomas había salido de su habitación ya.

— Buenos días—. Saludé, mientras levantaba la cafetera a la vista de todos—. ¿Café?

— Sí, por favor—. Asintieron los tres al mismo tiempo. “A” se levantó para coger cuatro tazas y las colocó en la mesa donde nos sentamos todos. Serví el café y Thomas sacó unos planos de un cajón. Estaban amarillentos, como si fuesen antiguos, pero poco después descubrí que no eran antiguos, si no que el papel era de ese extraño color.

— ¿Qué son? —. Preguntó Ivan, mientras Thomas colocaba todo sobre la mesa.

— Esto, amigos míos, son los planos del edificio de Elite—. Explicó el abuelo de Vasilisa con una sonrisa.

Observé los planos con atención; eran complejos, mucho más que cualquier edificio que hubiese visto antes. Podía decir que había entrado en muchos edificios y salido de ellos impune, sin problema alguno, pero dudaba que este fuese a formar parte de esa lista. Su estructura daba miedo.

— ¿Esto de aquí son sistemas de seguridad?

Todos miramos a Ivan, quien tenía la mirada fija en los planos, con el ceño fruncido. Parecía que había algo en ellos que no le convencía. Intenté mirar hacia donde estaba él, pero no encontré nada extraño a simple vista, ni siquiera después de fijarme donde señalaba mi amigo.

— Sí, lo son—. Afirmó Thomas, con cierto desconcierto.

— Son sistemas de seguridad occidentales—. Musitó Ivan, frotándose la barba—. Nunca los había visto en esta zona, he oído hablar mucho de ellos y de su funcionamiento, pero no he interaccionado jamás con uno.

— Eso quiere decir… ¿qué? —. Preguntó A.L.C

— Eso quiere decir que soy hacker, pero no hago milagros.

Ignoré la conversación entre A e Ivan para centrarme aún más en los planos. Era cierto que no podíamos hacer milagros y que la tecnología occidental estaba mucho más avanzada que la nuestra, pero tenía que haber una forma. Di un sorbo al café, pensativo; todo edificio, por muy seguro que fuese, tenía un fallo, no era inescrutable.

— No es inescrutable—. Murmuré para mí mismo—. Nada es inescrutable—. Di otro sorbo al café—. Ivan, ¿cómo entrasteis en la cárcel de Bucarest para sacarme de allí?

— Pues de la misma forma que salisteis… Aunque Vasya fue por los conductos de ventilación—. Explicó con confusión. De pronto me miró con desconfianza—. ¿Por qué?

— Thomas ¿hay servicio de limpieza en Elite? Quiero decir, un conducto donde tirar la ropa sucia—. Pregunté, ignorando a Ivan.

— Sí… se encuentra fuera—. Me señaló la única zona donde no había seguridad—. Espera, no, Dimitri, ¿estás loco? ¡Es un suicidio!

Ivan abrió mucho los ojos, comprendiendo mi plan sin haberlo expresado. Se levantó apresuradamente y salió del salón. Al rato apareció con su portátil. Un armatoste que pesaba cuatro kilogramos, con una base de treinta centímetros de grosor, la más fina que había en el mercado. Era

el último modelo que había salido al mercado, en abril de ese mismo año.

— No es tan descabellado—. Murmuró mientras tecleaba a gran velocidad—. No puedo hackear el sistema de Elite, pero puedo crear un espejo que nos daría tres horas. El único inconveniente es ese, en tres horas hay que encontrar a Vasya y salir.

Thomas se atusó la barba con los ojos cerrados. Parecía estar cavilando sobre la situación.

—Vuestra intención es entrar en Elite, un edificio con seguridad occidental, que fueron una rama de los Spetsnaz, y no una cualquiera, si no la más letal, para rescatar a un miembro, en un lugar donde el más torpe puede mataros en menos de dos minutos—. Tal y como lo pintaba Thomas, no sonaba muy alentador.

— Si lo dices así… No es que suene bien—. Comentó Ivan—. Pero sí, es la idea.

A.L.C se levantó de la mesa murmurando que iba a tomar el aire y salió dando un portazo. Todos desviamos la mirada hacia la puerta, sorprendidos.

— ¿Qué le ocurre? —. Pregunté a Thomas, arqueando ambas cejas.

— No tengo ni la menor idea, pero volverá, no os preocupéis.

Ivan dejó de mirar la puerta y centró su mirada en Thomas, con una ceja levemente arqueada.

— ¿Cómo puede haber un casino de tales características en Bucarest? Donde estuvimos anoche—. Preguntó y quise golpearle; no venía a cuento, pero como siempre debía soltarlo—. Quiero decir, es más típico de occidente.

Thomas rió entre dientes mientras se pasaba la mano por la barba.

— Se trata de un casino para personas venidas de occidente, con la finalidad de que no echen de menos su zona, y creado, obviamente, por tales.

— Oh—. Exclamó Ivan, sorprendido—. Tiene sentido, en cierto modo.

Me llevé la mano al rostro; a veces pensaba que mi amigo era gilipollas. Obviamente, no lo era, tenía sus puntos a veces, pero ya eran

demasiados años conociéndonos. Me levanté de la mesa, ya que necesitaba estirar las piernas un poco, y di vueltas por el salón, pensando en posibles errores en el plan; todo era un error, en realidad. Era difícil, lo sabíamos, pero no imposible ¿qué podía ser lo peor que pasase? Bueno, había varias opciones entre las que estaba ser capturados o acabar muertos. Una maravilla, sí.

Recordé el primer día que vi a Vasilisa Belikova, en la cárcel. Estaba colgada bocabajo, como un murciélago, y me observaba con sus profundos ojos azules, iguales que los de un husky; llevaba el cabello recogido en un moño, de color castaño oscuro, aunque sabía que no era su color natural, ya que tenía el cabello rubio platino. Se movía con la gracilidad de una pantera, igual que un felino, silenciosa. Desde el primer momento, me fascinó; toda ella era fascinante.

Mi idea de entrar por el conducto de limpieza era un tanto descabellada, pero quería ir a por ella. No podía dejar que estuviese allí, siendo tratada dios sabía cómo; no podía permitirlo. Apreté los puños con rabia, al igual que mi mandíbula. Estaba furioso.

La puerta de entrada se abrió, dando paso a un tiritante A.L.C; se había ido sin abrigo y fuera estaba nevando con intensidad.

— Ha-hace m-m-mu-mucho frío—. Castañeó A, mientras se frotaba los brazos con fuerza—. V-v-vent-tis-tisca.

Thomas suspiró y se dirigió a encender la chimenea. A se acercó también y, cuando estuvo encendida, se calentó junto a ella.

— ¿A quién se le ocurre? —. Suspiró Thomas, pasándole una manta—. El tiempo dijo que nevaría mucho. No debiste salir con una camiseta de mangas cortas, insensato.

— No creí que… hiciera tanto—. Murmuró A, que ya no castañeaba tanto.

— Ser de Minnesota no te inmuniza al frio, señorito—. Le riñó Thomas, como si fuese su padre o abuelo.

— ¿Eres de Minnesota? —. Preguntó Ivan, sorprendido.

A.L.C asintió mientras se arrebujaba más en la manta.

— Nací en Minnesota, sí—. Murmuró—. Pero me vine a Europa hace quince años. Tenía diez años cuando mis padres fueron trasladados; murieron dos años después y fui llevado a un orfanato hasta que dos años más tarde, Thomas me adoptó. Conocí a Vasilisa una vez que me llevó con él. Recuerdo que estuvimos jugando con todos sus primos y

hermanos, y que nos llevábamos muy bien, pero sólo la vi un par de veces más antes de la masacre. Luego tuvimos que irnos y ella no se acuerda de mí; lo sé porque la vi anoche antes de entrar en el casino. Le gasté una broma pensando que me recordaría pero no fue así.

Ivan y yo intercambiamos una mirada sin saber que decir.

— La posibilidad de que Vasilisa recupere la memoria es muy baja—. Comentó su abuelo con aspecto sombrío—. Las inyecciones eran demasiado abrasivas en cuanto a la memoria a largo plazo. Quiero ayudarle a recordar, pero no sé hasta qué punto su memoria está dañada. Jamás podré perdonar a Victo por hacer eso a su propia hija. Jamás.

— Pero Víctor está muerto, ¿no? —. Pregunté.

— Sí, murió el primero esa noche, pero se llevó consigo a la chica alegre, fuerte y activa que era Vasilisa. Lo único que consiguió fue transformarla en una persona despiadada, cruel, que no conoce la compasión. Eliminó quien era—. La voz de Thomas estaba cargada de resentimiento.

— Conseguiremos que vuelva a ser quien era—. Prometió Ivan con decisión—. Bueno, voy a preparar la comida.

Ivan se fue directo a la cocina cuando se escuchó un golpe seco y algo romperse. Los tres corrimos hacia donde se encontraba para ver a Ivan recogiendo trozos de un jarrón de porcelana.

— Ivan—. Comenzó a decir Thomas—. ¿Podrías hacerme el favor de no romper todo lo que hay a tu paso? Es el segundo jarrón en dos días.

Nos echamos a reír, incluso Ivan se reía desde el suelo. Le ayudé a recoger los trozos del jarrón. Siempre tuvo tendencia a ser algo torpe, pero no tanto.

— Ya que estáis aquí todos, me vais a ayudar a cocinar—. Ivan esbozó una sonrisa que significaba que no teníamos escapatoria, a pesar de intentarlo.

Cogimos cada uno un delantal, resignados, y nos pusimos a las órdenes del Chef Ivan Rinaldi. El odiaba que lo llamase así, pero solía hacerlo para picarlo o en mi mente cuando me la jugaba bien jugada.

Cuarenta minutos después, la comida ya estaba lista para ser servida. A y yo pusimos la mesa y nos sentamos los cuatro a comer.

— Esto está delicioso—. Alabó Thomas—. Realmente delicioso.

— Esta vez el mérito es del grupo completo, todos habéis puesto de vuestra parte—. Sonrió Ivan.

La comida siguió en silencio, sólo roto por el ruido de los cubiertos chocando contra la porcelana de los platos. A.L.C levantó la mirada del plato y la fijó en nosotros.

— El plan es una locura, y puede salir mal, pero Vasilisa es nuestra amiga—. Comenzó con cuidado. Hizo una pausa—. Estamos todos de acuerdo en que hay que ir a buscarla y que salimos mañana ¿verdad?

Nos quedamos en silencio para luego asentir unánimes.

Capítulo 16

La mañana del 24 de diciembre nos levantamos temprano; mucho a decir verdad. Todavía no había amanecido cuando ya estábamos con todas nuestras cosas en un coche directo a la estación de tren.

Nos esperaba un viaje muy largo, de un día y medio aproximadamente, así que me mentalicé para tomarlo con calma. Thomas tenía pensado comprar los billetes en efectivo para evitar cualquier rastreo de tarjetas. Llegamos a la estación y Thomas Belikov se encargó de comprar cuatro billetes a San Petersburgo. Elite no estaba allí, pero nos quedaríamos en cada de un viejo amigo suyo. Diez minutos después ya teníamos los billetes para el primer tren a nuestro destino; salía a las seis y media, así que todavía nos quedaba media hora hasta el embarque, lo cual quería decir que eran las cinco y media de la mañana. Las puto cinco y media de la mañana, y estábamos en una estación en Brasov, esperando coger un tren hasta Rusia. Parecía un plan estupendo, claramente.

A suspiró, sentándose en una de las incómodas bancas de plástico que había. Me senté a su lado, pasando un brazo por detrás del asiento; realmente eran incómodas.

Ivan se paseaba frente a nosotros con nerviosismo. Iba a un extremo de la banca y luego giraba 180º para repetir el proceso. Tenía el ceño fruncido, como si estuviese pensando en algo con mucha intensidad. Sus paseos estaban irritándome notablemente, lo que produjo que mi tic en la pierna se hiciera más notable, aumentando así su nerviosismo también.

— Estáis seguros de esto, ¿verdad? —. Preguntó Thomas, provocando que Ivan parase en seco.

— Nunca había estado tan seguro—. Afirmó A con firmeza.

— Sin lugar a dudas, se lo debo—. Corroboré con seguridad.

— Es la chica más increíble que conozco, ella sacó de la cárcel a mi mejor amigo, yo debo salvarla—. Dijo Ivan mirando fijamente a Thomas—. ¿Estáis seguros de que una chica como Vasilisa necesita héroes que la salven?

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, meditando las palabras de Ivan. Si bien Vasilisa parecía frágil, era la chica más fuerte y autosuficiente que conocía. Seguramente ella no necesitaba héroes ni príncipes azules que la rescatasen del malvado dragón; no era una princesa, si no toda una luchadora, una superviviente que ha seguido

adelante a pesar de ver su vida totalmente destrozada, era una guerrera. Sólo necesitaba un poco de ayuda para salir de una encrucijada.

— No, no la necesita—. Soltó A, mirando al suelo.

Una voz por megafonía indicó que la puerta de embarque del tren con destino a San Petersburgo había sido abierta, así que nos levantamos para dirigirnos a la puerta número seis. Fuimos los primeros en embarcar, por lo que subimos al tren. Nuestro compartimento era amplio, mucho a decir verdad; tenía dos literas en un lateral y otras dos en el otro, además de una mesa central y asientos de terciopelo rojo junto a la mesa. Demasiado lujo para mi gusto. A.L.C también puso una mueca de desagrado al ver el compartimento.

— Déjame adivinar, occidentales—. Afirmó Ivan con una ceja enarcada—. Esto es como viajar con mi padre—. Bufó.

Suspiré y dejé la mochila sobre una de las literas altas, la de la izquierda. Supuse que Ivan dormiría en el mismo juego de literas que yo y a él no le gustaban las alturas. No me sentía nada cómodo ahí.

— Esto es demasiado lujoso para mí, pero durante un día y medio tendré que estar aquí—. Hice una pausa—. Con vosotros.

Me dejé caer en el asiento y froté mis ojos suavemente; me escocía la vista, estaba cansado e irritable. Esa noche no había podido dormir apenas dos horas y llevaba tensión acumulada de días que provocaba que me pusiera de mal humor. Nos esperaba un viaje demasiado largo.

— Dimitri—. Thomas llamó mi atención así que alcé la cabeza de mala gana para mirarle—. Ve a dormir, necesitas descansar. Te llamaremos para comer.

— ¿Seguros? —. Pregunté, suavizando el tono. La verdad es que estaba deseando tumbarme un poco—. Creo que todos deberíamos descansar.

Subí de un salto a mi litera y me dejé llevar por el cansancio acumulado en mi cuerpo.

Estoy en un bosque de Rusia, es verano, lo sé porque hace una agradable temperatura atípica en nuestro país y voy en manga corta. Miro mis manos para darme cuenta de que son las de un niño; he vuelto a ser un niño y, por el largo de mi pelo, deduzco que debo tener unos quince años. Tampoco soy tan niño. Una niña de unos ocho años corre hacia mí

con un vestido blanco y su cabello brillando al sol igual que la plata.

— Alexandre—. Grita y me quedo muy confundido porque me llame así—. Alexandre ya voy.

La niña viene corriendo y le abrazo con fuerza. Ella sonríe y sus ojos azules brillan casi como si tuviesen luz propia. Acaricio su cabello mientras se sienta en mis rodillas, apoyando su cabeza en mi pecho. Me entra un ejemplar de Tolstoi que sé que le presté hacía unos días.

— ¿Te ha gustado el libro? —. Pregunto, con una leve sonrisa bailando en mis labios.

— Sí, me ha gustado bastante, aunque no sé si lo comprendo totalmente, quizás lo vuelva a leer cuando sea un poco mayor—. Admite ella, apoyada en mí.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la compañía mutua y nuestras respiraciones acompasadas. Ella se remueve un poco y rompe el silencio.

— No me dejes nunca, Sashuk—. Murmura con los ojos cerrados y un brazo alrededor de mi cuello—. ¿Me lo prometes, Alexandre?

Le miro a los ojos, tan intensos, tan azules, tan ella… Supe desde el primer momento en que la vi que le pertenecía a ella y a nadie más. Ella es importante para mí, lo sé.

— Te lo prometo, nunca te dejaré—. La estreché entre mis brazos—. Siempre tuyo, tu protector, siempre para ti.

— Te esperaré todo el tiempo que haga falta, Sashuk, hasta poder quedarme contigo—. Dice con firmeza.

— Estaremos juntos en el futuro, te lo prometo. Juro que siempre te buscaré y estaremos juntos, porque tú eres mi protegida y yo tu protector y eso ha sido desde que nos vimos por primera vez—. Puse mis labios sobre su cabello—. Te quiero, Vasilisa.

Desperté sobresaltado, llevándome la mano al pecho. Ese sueño no fue un sueño únicamente, y lo sabía. Había recordado a Vasilisa Belikova, mucho antes de conocernos en la actualidad. No podía creerlo, conocía a Vasya desde pequeños y no fui capaz de reconocerla, ni de recordar la promesa. Me llevé las manos a la cabeza, que sentía adolorida y, en vista de que todos dormían, decidí volver a dormir. Esa vez no soñé

nada.

Cuando volví a despertar, vi a Ivan mirándome fijamente, de pie delante de la litera, por lo que me sobresalté y le insulté repetidas veces.

— Me cago en tu puta madre, Ivan—. Mascullé malhumorado—. ¿Qué mierda haces, joder?

— Iba a despertarte para ir a comer pero has abierto los ojos en cuanto he hecho el intento—. Se justificó, encogiéndose de hombros.

— ¡Porque me estabas mirando fijamente, puto loco, por eso he abierto los ojos, y no lo vuelvas a hacer más, joder! —. Grité frustrado mientras bajaba de la litera.

— Minucias—. Dijo Ivan, quitándole importancia al asunto. Salimos del compartimento hasta el restaurante donde Thomas y A habían reservado una mesa para cuatro.

— Buenas tardes—. Saludé al sentarme y ellos me correspondieron el saludo.

— Parece que el tren organiza una cena de navidad esta noche—. Comentó A con una sonrisa—. Deberíamos venir y pasarlo bien a pesar de la situación.

El camarero vino a tomar la orden de lo que queríamos y se fue sin decir nada una vez lo hubo apuntado.

— No estaría nada mal—. Corroboré la idea, aunque en realidad apenas me apetecía.

— Iremos, pero hay que ultimar los detalles del plan—. Susurró Thomas mientras venían con nuestra comida.

El camarero sirvió nuestros respectivos platos y comimos en silencio. Ninguno parecía tener intención de hablar y yo agradecí el silencio. Nada más comer, me disculpé con el resto y regresé al compartimento.

El resto del viaje pasó rápidamente. El plan estaba tan hilado que apenas presté atención a la cuarta vez que lo repasamos. Sólo quería leer un libro y pensar en profundidad, pero parecía que mis acompañantes no querían darme ese espacio vital y momentáneo de libertad. Conseguí que me diesen unos momentos de soledad cuando fueron a tomar café

pero yo no quise ir. Necesitaba reflexionar sobre mi sueño, sobre Vasilisa y sobre todo lo que fue mi vida, la cual en esos instantes parecía una autentica farsa, una mentira.

Durante varios minutos pude sentir lo que supuse que debía sentir Vasilisa cada día: vacío, inexistencia, desolación. Todo era confuso; sentía que no podía fiarme de nadie.

La cena de navidad en el tren no estuvo mal, pero le faltaba el toque familiar, todo era demasiado impersonal para mi gusto. No me quedé demasiado tiempo, a decir verdad dejé a los tres en la mesa solos después de una copa y regresé al compartimento.

No tenía sueño así que opté por leer un libro, sin embargo caí dormido al poco tiempo de empezar.

Esa vez me despertó un zarandeo en el hombro, abrí los ojos para descubrir que A.L.C me estaba despertando de la forma que él consideraba suavemente, pero llegué a pensar que me desencajaría el miembro, sacándolo de su lugar. Que me despertase sólo podía significar que habíamos llegado a San Petersburgo. A juzgar por el sol, nos habíamos adelantado unas horas.

En la estación, Thomas se acercó a un hombre que parecía ser su amigo, el que iba a alojarnos. Se llamaba Oskar Andreskovich, tenía la misma edad que el abuelo de Vasya, o eso creía, pues estudiaron juntos en la escuela. Sorprendía que un hombre de su edad tuviese el cabello tan negro, sin embargo Thomas confesó que era natural, además de intensos ojos verdes que daban a entender que la procedencia de aquel hombre no era rusa.

Nos dio alojamiento, la posibilidad de una ducha y buena comida, además de un coche con el que llegar a la región de Siberia. Era un hombre discreto y para nada curioso, apenas hizo preguntas acerca de nuestro destino.

Queríamos llegar de noche, para tener mayor factor sorpresa, así que sobre las siete de la tarde nos encaminamos en una furgoneta negra a Siberia. Ivan conectó su equipo en ella, todavía desconozco como y le explicó el funcionamiento a Thomas. Para esa misión necesitábamos ser tres, y decidimos ir Ivan, A y yo. Varias horas después nos encontrábamos en una zona cercana a Elite, la cual, para mi sospecha, se encontraba en un polígono perteneciente a un pequeño pueblo de Siberia. Ivan llevaba meses desarrollando un software para pantallas de muñeca donde ver mapas y comunicarse, así que ese fue el momento de probar su funcionamiento. A se quedaría a la espera de una señal y, si algo salía

mal, huiría con Thomas, como habíamos acordado para garantizar la protección de ambos.

Comenzamos el plan, con la sensación de que nada saldría como queríamos.

Entramos en la zona de lavandería tras forzar la cerradura con dos clips, un truco que vi a Vasilisa hacer en mi rescate. Había gran cantidad de contenedores con ropa sucia que nos sirvió para auparnos al conducto de ventilación, el cual resultó difícil de subir; no me explicaba como Vasya podía hacerlo con tanta facilidad. Siempre me fascinó lo grandes que eran los conductos de ventilación de los edificios y de niño deseaba entrar en uno; en ese momento descubrí que no me gustaban nada. Llegamos a una parte donde podríamos salir al exterior; todo estaba muy silencioso, a decir verdad demasiado.

— Ve en silencio, Ivan—. Siseé mientras miraba en todas direcciones.

Avanzamos en completo silencio, solamente roto por el leve murmullo de las suelas de nuestras botas que, a pesar de estar preparadas para no hacer ruido, sonaban en este silencio sepulcral.

Habían pasado cinco minutos desde que estábamos dentro cuando todas las alarmas comenzaron a sonar.

— Mierda—. Injurié mientras mandaba un mensaje a A.L.C—. Idos, ahora—. El mensaje quedó grabado y se mandó.

Comenzamos a correr en busca de Vasya, sabiendo que estábamos solos ante el peligro que suponía Elite, pero no llegamos muy lejos porque una línea de soldados nos apuntaba con armas y, cuando intentamos cambiar de rumbo, nos encontramos con otra línea a nuestra espalda.

— Ahora es cuando la misión falla y todos somos capturas y nos matan ¿no? —. Bromeó Ivan.

Entonces, dispararon.

Capítulo 17

VASYA

Veinticuatro horas antes del rescate.

Me habían encerrado en una habitación, pero al menos no era las cárceles de Elite. Me traían tres comidas al día y tenía libros para leer pero nada de salir o ir a entrenar y, muchísimo menos, tener un arma.

Roza solía venir a verme, fingiendo que intentaba sonsacarme el paradero de los demás, pero yo no diría nada, y ella sólo quería ayudarme con la herida del costado. Estuvo a punto de infectarse unos días antes pero Roza me desinfectó, curó y cosió la herida para después vendar la zona. Tenía que ayudar a cambiarme la venda cada seis horas porque la herida se abría y supuraba constantemente.

El médico de Elite, que me había examinado a escondidas de Romanov y McGarret, me recomendó reposo absoluto hasta que cerrase, pero yo no podía estarme quieta. Hacía un rato que la herida se me había vuelto a abrir, así que esperaba la llegada de Roza y el médico. Cuando entraron, me encontraba dando vueltas de un lado a otro de la habitación; el médico suspiró con pesar.

—Vasilisa—. Me llamó obligándome a que dejase de dar vueltas—. ¿Qué parte de reposo absoluto no entendiste?

— ¡Es que me aburro! —. Me quejé igual que una niña pequeña—. Aquí no puedo hacer nada.

—Vamos a curar esa herida—. Ordenó el médico mientras me tumbaba en la cama y levantaba la camiseta—. Esto no tiene buena pinta, está infectado.

— ¿Cómo es posible? —. Preguntó Roza mientras miraba la herida. Ella era la ayudante del médico ya que demostró tener habilidad para el oficio—. Tiene mal aspecto…

— Si ves los bordes, tienen un color morado oscuro, eso es infección—. Murmuró el médico mientras tocaba la zona—. Además de estar inflamada toda la zona.

Ahogué un grito de dolor cuando tocaron la herida; me acordé de su familia entera. Aguanté el dolor mientras me quitaban los puntos para limpiar bien la herida; el agua oxigenada entrando directamente en la herida produjo que me hiciera sangre en el labio de morderlo con tanta fuerza, pero no me quejé. Veinte minutos después, la herida había dejado

de supurar espuma cuando echaban agua oxigenada, lo que quería decir que ya no estaba infectada; era una infección superficial y no fue necesario usar antibióticos. El médico me cosió la herida con mucha más habilidad de la que lo había hecho Roza en su día, me tapó la herida con parches antibióticos y luego me vendó la zona con cuidado.

— Perfecto, ya está—. Comentó una vez finalizó—. Ahora, deberías descansar y no moverte mucho.

Asentí con pesar, sabiendo que debía echarle cuenta; me encontraba un poco cansada, lo que me dio más motivos para irme a dormir.

Me despertó el ruido de una llamada a la puerta, por lo que supuse que era la hora del desayuno. Había dormido poco, pues el médico y Roza habían estado hasta cerca de las cuatro en mi habitación; dormir cuatro horas era justo lo que menos me apetecía. Entraron en mi habitación y dejaron la bandeja de comida en la mesa para, inmediatamente, irse.

Ese día tocaba un café y un par de tostadas, nada demasiado pesado; echaba de menos la cocina de Ivan, aquí no cocinaban ni la mitad de bien que él. Me comí el desayuno porque, aunque no tenía nada de hambre, debía comer; sabía que vendrían a buscarme después para un interrogatorio rutinario del cual Andrew Romanov o Arthur McGarret, dependiendo de quién me interrogase, saldrían muy cabreados y frustrados.

Tal y como suponía, diez minutos después de acabar el desayuno, vinieron a llevarse la bandeja y, de paso, conducirme hacia la sala de interrogatorios. Tres días llevaba allí y siempre era igual; me aburría la situación. Me senté en una silla de hierro que era de todo menos cómoda y esperé a que llegase uno de los dos. Mi sorpresa fue enorme cuando vi que venían los dos juntos.

— Vaya, esto sí que es una novedad—. Me recosté un poco sobre la silla y crucé los brazos.

— Nosotros también nos alegramos de verte, Vasilisa—. Ironizó Andrew.

— Seguro que te alegras de verme… Pero preferirías ver otras cosas—. Me burlé mientras se sentaban.

— Bueno, dejémonos de juegos—. Dijo Arthur dando un golpe

en la mesa—. ¿Dónde están Dimitri Petrov e Ivan Rinaldi?

— i¿Y yo qué sé?! Llevo tres días aquí, a saber donde están. No soy adivina, ¿lo sabías?

McGarret apretó los puños, intentando mantener la calma, pero daba la sensación de costarle todo un mundo hacerlo.

Me aparté un mechón del rostro; mi pelo era en ese momento de un tono rubio dorado porque todavía no había eliminado bien el tinte temporal.

— Has pasado mucho tiempo con ellos, deberías saber donde están—. Insistió Romanov.

— Qué no lo sé, pesado—. Bufé, cansada de ese interrogatorio absurdo.

— ¿Dónde está Thomas Andersen? —. Preguntó McGarret mirándome fijamente.

— Se fue y no sé a dónde—. Desvié mi atención a las uñas de mi mano izquierda, dando por hecho que me aburría.

— Mientes—. Me increpó Andrew.

— No tengo la necesidad—. Respondí, desafiante.

Arthur McGarret dio un fuerte golpe en la mesa, con la intención de asustarme, pero no resultó como quería. Me quedé en silencio, dando por terminado el interrogatorio, al menos por mi parte. Ambos se levantaron, dejándome allí sentada. Antes de salir, Andrew me lanzó una última mirada.

— Esto no quedará así—. Salió de la sala dando un portazo.

Estuve unos minutos sola, en silencio, hasta que vino un hombre a llevarme de nuevo a mi habitación. Me tiré en la cama, mirando al techo. Entendía, en cierto modo, los motivos por los que Elite buscaba a Dimitri o a Thomas, pero algo se me escapaba. Igor Ivanoshk había muerto salvando mi paradero y el de ellos, lo que me hacía sospechar de todos; tampoco entendía por qué necesitaban a Ivan, aunque eso podría ser porque era la mejor manera de hacer colaborar a Dimitri. Era cierto que no conocía el lugar donde estaban pero podría imaginar donde irían a esconderse. No tenía nada que hacer, era lo más aburrido del mundo. Decidí dormir un poco, pues me sentía bastante cansada.

Me dejaron dormir hasta tarde; Roza vino cerca de las cuatro con comida y cambio de vendas. Ella me había estado ayudando durante mi estancia allí y estaba en deuda por todo el bien que me había hecho. Esa tarde, su rostro parecía compungido, lo cual me preocupó.

— ¿Te ocurre algo? —. Le pregunté cuando nos sentamos en mi cama las dos.

— No puedo confiar en nadie—. Murmuró mirándose las rodillas—. He descubierto a Nathan, Ernest y Olenka hablando con McGarret, ¡en su despacho! ¡Solo manda llamar a su despacho a quienes le pasan información!

— ¿Y el médico? —. Pregunté con cautela; necesitaba saber sobre el papel de ese hombre en todo esto.

— Varias veces le han llamado, pero para interrogarlo por si sabe algo—. Contestó mirándome—. Alguna vez oí al médico decir que no sabía nada, pero he visto en su despacho carpetas con el símbolo de Elite y la letra de Ivanoshk.

Nos quedamos en silencio, ella esperando que dijese algo y yo meditando sobre sus palabras. Si el médico tenía esas carpetas significaba que Igor sabía que le iba a pasar algo; alguna que otra vez me había dicho que tenía un confidente, pero jamás imaginé que sería ese hombre.

— El médico es su confidente—. Murmuré más para mí que para Roza.

— ¿Confidente? ¿De quién? —. Preguntó con confusión.

— De Igor Ivanoshk—. Susurré.

— ¿Qué quiere decir eso? —. Preguntó mirándome fijamente a los ojos.

— Que solo podemos confiar en él y que tenemos que ir a su consulta. A ser posible, hoy.

Acordamos lo que íbamos a hacer y, después de ducharme y cambiar las vendas, nos despedimos en silencio. Comí lo que me había traído que ya estaba frío pero aun así tenía hambre. Me había traído un libro prohibido en gran parte de Europa: 1984. Era gracioso porque había sido escrito hacía ya una década y un año después del gran año que dictaminaba el libro, seguía prohibido.

Esos días había estado recordando momentos de mi pasado, como por ejemplo sabía que leí El jugador de Dostoievski y que me lo

habían prestado porque es un libro vetado, pero no recordaba quien me lo prestó. Estuve leyendo hasta que apareció por la puerta Nathan. Me miró como si fuese un bicho raro; cerré el libro y me crucé de brazos.

— ¿Qué quieres? —. Pregunté con brusquedad.

— Me han mandado a buscarte—. Dijo acercándose a la cama—. Vamos—. Ordenó mientras me cogía del brazo.

Le cogí la mano, lanzándole una mirada asesina.

— No me toques—. Recalqué cada palabra—. Puedo ir sola.

Me levanté y seguí a Nathan, en silencio. Terminamos en el despacho de McGarret donde se encontraba el susodicho y Romanov, además de Ernest y Olenka.

— Buenas tardes, Vasilisa—. Saludó McGarret con una sonrisa hipócrita.

— Muérete—. Escupí con rabia.

— Vamos a intentarlo otra vez—. Comenzó Romanov—. ¿Dónde están Petrov, Rinaldi y Andersen?

— No lo sé—. Me crucé de brazos—. ¡Ah! Y para que lo sepáis, si lo supiese tampoco os lo diría.

Romanov sacó una pistola y apuntó a Olenka; junto a ella estaba Ernest y se le había unido Nathan.

— ¿Segura? Si nos lo dices, no morirán.

Era patético su intento de hacerme hablar. Descrucé los brazos y sonreí burlona.

— Mátalos, no me importa.

— ¿Segura? —. Preguntó desconcertado.

— Totalmente, mátalos—. Afirmé. Romanov vaciló con la pistola y los tres le miraron con pánico; le quité la pistola a Romanov y apunté a los tres niños— ¿Tengo que hacerlo todo yo?

Disparé tres veces, a la cabeza de cada uno. No les dio tiempo a reaccionar cuando las balas atravesaron sus frentes, dejando un orificio

del que manaba un reguero de sangre. Le devolví la pistola a Romanov.

— La próxima vez, pensadlo mejor—. Les dije mientras me dirigía a la puerta.

— Impresionante—. Escuché como exclamaba McGarret al salir de la sala.

Me fui a la habitación esperando a que llegase la hora de la cena y de visitar al señor Maloknikoff, el médico.

Todo iba bien hasta que sonaron las alarmas de intrusión. No podía creerlo, justo cuando nos encontrábamos fuera de mi habitación, cuando no podían verme, despliegan las fuerzas de seguridad. Intentamos escondernos, lo cual fue infructuoso pues nos encontramos de cara con un grupo de seguridad. Para mi desgracia, me reconocieron y creyeron que estaba implicada con los intrusos, lo cual derivó en que Roza y yo acabásemos en una celda de Elite.

— Maravilloso—. Grité—. Lo hacéis de puta madre, seguro que vuestra mamá estará orgullosa.

Me senté en el suelo, cabreada, cruzándome de brazos y piernas. Cerré los ojos, apoyada en la pared, en silencio. Había empeorado mi situación y no tenía las carpetas de Igor, era una mierda toda la situación. La puerta se abrió dando paso a dos personas, a los que reconocí inmediatamente.

— ¿Qué hacéis aquí? —. Pregunté al ver a Dimitri e Ivan, mirándome.

— Salvarte la vida—. Dijo Ivan, pero sonó a pregunta.

— Pues qué bien—. Bufé, pensando que no podía ir a peor.

De pronto, se volvió a abrir la puerta y el chico del casino apareció por ella. Me vino un recuerdo a la memoria "— Me llamo Alexander, seremos amigos ¿no?". Nos quedamos mirándonos fijamente, mientras la oleada de momentos me atravesaba.

— ¿Alex? —. Pregunté, sorprendida de verlo tras once años.

Capítulo 18

Me habían contado su plan al completo, lo cual era una locura mayor que las que yo solía hacer.

— Veamos, me estáis diciendo que habéis entrado a rescatarme, por el conducto de lavandería, pero habéis acabado aquí—. Rememoré el resumen—. ¡Felicidades, sois unos pésimos salvadores! ¿Cómo se os ocurre? ¡Podrían haberos matado! ¡E Ivan está herido!

— ¿Qué? Yo no estoy herido—. Dijo Ivan aunque cuando señalé su hombro, se dio cuenta de que sangraba—. Oh… Ya decía yo que me dolía…

Me quedé mirándole con la boca abierta. No podía creer que no hubiese notado que le habían disparado. Me fijé en que llevaban chalecos antibalas lo cual explicaba que hubiesen sobrevivido a la lluvia de metralla que habíamos escuchando antes.

— Hay que sacarte esa bala de ahí—. Murmuré mientras buscaba unas pinzas o algo similar. Por suerte, Roza tenía unas que debía haberle devuelto al doctor Maloknikoff.

Dimitri sujetó a Ivan para que no se moviese mientras Alex, Roza y yo sacábamos la bala como podíamos. Diez minutos de arduo trabajo después, teníamos la bala fuera. Rompí mi camiseta por la parte inferior y le hicimos una venda improvisada. Gracias a dios, ninguno más estaba herido.

— ¿Podéis explicarme de quien fue la brillante idea? —. Pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

— Dimitri—. Respondieron Alex e Ivan confirmando mis sospechas. Arqueé una ceja, preguntándome que idea enfermiza les había llevado a ello.

— Y digo yo—. Comenzó Dimitri, mirando a Alex—. A, o mejor dicho, Alexander, ¿no te dije que si nos pasaba algo salieras huyendo con Thomas?

— ¿Thomas está aquí? —. Pregunté, horrorizada. Thomas no podía estar ahí.

— No, no lo está, se ha ido—. Me tranquilizó Alex—. O debería haberse ido.

Le fulminé con la mirada ante su comentario; esperaba que Thomas se hubiese ido, si no todo saldría mal. Bastante teníamos con estar nosotros allí encerrados como para que cogiesen a Thomas Andersen.

— Tenemos que salir de aquí, cuanto antes—. Señaló Roza mientras echaba un vistazo a la puerta—. Si pudiésemos comunicarnos con Maloknikoff…

— ¡Joder, Roza, eres un genio! —. Grité mientras la abrazaba.

Unos minutos después teníamos a Ivan gritando de dolor y a Roza pidiendo que viniese el médico. Los guardias nos oyeron y, a juzgar por la cantidad de sangre que vieron, corrieron en busca de Maloknikoff. Para crear ese número, le había clavado a Ivan las pinzas con fuerza directamente en la herida y luego se las había sacado, provocando más dolor aún. Ivan me miraba con odio, pero le dolía mucho la herida así que estaba tirado en el suelo, gritando, en vez de ahogándome con sus propias manos. Poco después, apareció el médico, que nos observó con sorpresa.

— ¿Qué le pasa con exactitud? —. Preguntó señalando a Ivan—. Estáis muy tranquilos para que sea grave.

— Le dispararon, le sacamos la bala del hombro con unas pinzas quirúrgicas que, por cierto, le pertenecen y luego se las clavé en la herida para que viniese y poder contactar contigo—. Resumí mientras le devolvía las pinzas.

Maloknikoff cogió las pinzas con una ceja arqueada y la incredibilidad en el rostro.

—Estás loca, Vasilisa—. Murmuró negando con la cabeza.

Abrió su maletín y se dispuso a coser el hombro de Ivan, este tuvo que ser sujetado por Dimitri, otra vez, pues no quería que se le acercase después de haberle clavado a traición las pinzas. El médico terminó de curar a Ivan y luego se giró hacia mí.

— Ahora tú—. Ordenó.

— ¿Qué? No, no, yo no—. Me negué ante la confusión del resto excepto Roza; no sabían que me habían herido.

— Súbete la camiseta, Vasilisa Belikova—. Ordenó autoritario y le hice caso, resignada.

Dejé a la vista la zona vendada del costado que, por suerte, estaba limpia, lo cual significaba que no se había abierto. Quitó la venda para ver el estado de la cicatriz; ya no tenía ese tono morado, si no más rojizo así que la infección estaba desapareciendo. Colocó la crema antibiótica y el apósito, luego vendó de nuevo la zona y dio por finalizada la cura.

— Tenemos que salir de aquí, Maloknikoff—. Murmuré esperando no ser oída por los guardias.

— No puedo sacaros, pero puedo traeros lo necesario.

— ¿En serio? Pues necesito una serie de cosas—. Dijo Alex con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

— De acuerdo—. El médico empezó a apuntar todo lo que le pedía Alex mientras su expresión era más confusa cada vez—. ¿Qué vas a hacer con esto?

— Oh, ya lo verá… Pero cuando lo tenga será mejor irse lejos—. Esbozó una sonrisa.

Nos despedimos del médico que prometió traernos lo que necesitábamos, incluso armas, en cada comida. Seguramente diría que debía examinar el estado del paciente cada varias horas.

— No sé vosotros, pero yo me voy a dormir—. Murmuré sentándome en una de las camas.

— ¡Espera! ¿Cuándo te hirieron? —. Preguntó Dimitri.

— Buenas noches—. Dije tumbándome e ignorando la pregunta. No tenía ganas de hablar y me encontraba muy cansada. Me quedé dormida al momento.

Un golpe seco, un gemido y luego una almohada volando fue lo que me despertó. Al abrir los ojos vi a Dimitri en el suelo, quejándose y a Ivan golpeándolo con una almohada repetidas veces. Me incorporé con cuidado, sentándome en la cama, mientras observaba la escena.

Alex también se despertó y se sentó a mi lado, en mi cama, para ver el espectáculo.

— ¿Deberíamos pararlo? —. Preguntó Alex, sin mirarme.

— No te preocupes, nunca se matan—. Respondí.

Estuvieron cinco minutos así, hasta que Ivan se cansó de golpear a Dimitri.

— Buenos días—. Saludé alegremente—. ¿Ya os habéis cansado de mataros?

— Me ha despertado mordiéndome—. Le acusó Ivan, señalando a Dimitri.

— ¡Y tú me despertaste ayer mirándome fijamente!

— ¡No es lo mismo!

— ¡Pues casi!

— ¡NO!

— ¡SÍ!

Siguieron discutiendo un rato más así hasta que despertaron a Roza, que se les quedó mirando fijamente durante un rato hasta que se decidió a hablar.

— Chicos—. Llamó su atención—. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

Pararon de discutir de golpe, mascullaron algo similar a una disculpa y cada uno se fue a su cama. Nos quedamos en silencio hasta que la puerta se escuchó dando paso a varios hombres con comida y al médico.

— Pueden irse, yo me encargo—. Anunció Maloknikoff.

Esperó a que se fuesen y se puso a examinar el hombro de Ivan, disimulando, hasta que los guardias se alejasen de la puerta totalmente.

— Parece que mejora—. Dijo en voz alta, con la intención de que le escuchasen fuera.

Cuando se aseguró de que ya se habían ido, sacó de su maletín varios cuchillos y alguna pistola pequeña. Nos entregó el material, que guardamos en una funda de almohada.

— Por ahora solo he podido conseguir eso, aunque no creo que os haga falta algo más grande. Sigo pensando que es una locura todo lo

que estáis haciendo, pero estoy trabajando en el otro material, he tenido que hacer un pedido que tardará uno o dos días.

— No creo que podamos agradecerte esto nunca, Maloknikoff, en serio, gracias—. Dijo Dimitri, solemne.

— En realidad podéis hacer algo por mí…—. Nos miró de arriba abajo-. ¿Dónde podríais guardar unas carpetas de suma importancia?

— Yo podría, en la zona del pecho, pero no gran cantidad—. Alex estaba apoyado en la pared cuando habló—. ¿Cuántas son?

— Dos, de suma importancia que tenéis que hacer llegar a Thomas Andersen—. Su seriedad me hizo estremecerme—. Son de parte de Igor Ivanoshk.

Asentimos con seriedad, entendiendo que el asunto era más importante de lo que parecía. Igor Ivanoshk había muerto protegiendo algo, impidiendo que Romanov y McGarret descubriesen ese algo… Había descubierto un detalle que se nos escapaba.

Acordamos vernos esa noche; el médico traería las carpetas y nosotros nos encargaríamos de encontrar la forma de ocultarlas. Era muy aburrido estar ahí, aunque estuviésemos acompañados. Quería poder leer un libro o dibujar, o cualquier cosa que no fuese estar encerrada. Dependíamos directamente de Maloknikoff y de que el plan de Alex funcionase.

La comida era escasa, pero no porque existiese escasez sino porque Elite no quería alimentarnos bien; éramos sus prisioneros. Me mandaron llamar para un interrogatorio; habíamos pactado que nadie diría absolutamente nada sobre el paradero de Thomas, aunque ellos lo sabían. Todavía no alcanzaba a conocer la importancia de Thomas pero debía ser muy grande ya que todo el mundo quería saber donde estaba. El camino hasta la sala de interrogatorios fue silencio, pues yo no quería hablar y los guardias eran unos idiotas incapaces de soltar palabra en mi presencia; sólo me miraban de reojo con cara de bobos. Sabía que causaba ese efecto en los chicos, pero lo de ellos era demasiado ya.

Otra vez me esperaban los dos, parecía que habían cambiado el método.

— Vaya, esto se está convirtiendo en costumbre—. Me burlé mientras me sentaba.

— Ya pareces una Belikov de nuevo—. Señaló McGarret. Era cierto, mi pelo había perdido totalmente el castaño y pasó a ser de color rubio platino, como siempre. Mis cejas hacía días que tenían su color

normal.

— Sí, vuelve a ser la misma puta—. Dijo Romanov, intentando ofender, sin éxito.

— Que pena, Andrew, que ahora estés a dos velas.

Me fijé en la tensión de su postura, por lo que sonreí con satisfacción. La torta en mi lateral derecho me pilló desprevenida, produciendo un desequilibrio interno. Sabía que Romanov no había sido, pues sus manos no se movieron pero McGarret estaba detrás de mí.

— Cállate, zorra—. Siseó con violencia en mi oído, haciendo que este me doliese.

Me negué a hablar en el interrogatorio, por mucho que me insistieron. Me llevé algún que otro golpe más hasta que se cansaron y me llevaron de regreso a la celda. Estaba mareada y confusa cuando entré en la habitación. Como pude, fui hasta la cama y me dejé caer, quedando exhausta.

Un chico moreno de ojos grises, alto, mayor que yo ¿Quién es? Lo conozco, lo sé, pero no recuerdo. Es importante para mí, el aleteo de mi corazón me lo dice, y yo también soy importante para él, lo puedo ver. ¿Quién eres? ¿Te conozco? ¿Eres de mi imaginación? Me acerco y rozo su rostro. Sashénka.

Desperté mientras escuchaba unos murmullos enfurecidos pero no entendía lo que decían. Poco a poco pude abrir los ojos y enfocar cinco rostros que me miraban.

— Ya despierta—. Comentó una voz que identifiqué como Roza.

— Malditos hijos de puta—. Dijo alguien que me sonó como Ivan.

Fui más consciente de a quién pertenecía cada rostro: Dimitri, Ale, Ivan, Roza y Maloknikoff.

— ¿Qué ha pasado? —. Mi voz sonó ronca, como si fuese una rana croando.

— Llevas ocho horas en estado de inconsciencia tras el interrogatorio, no despertaste ni siquiera cuando te llamaron para comer. Maloknikoff ha venido con la cena y, al ver tu estado, se preocupó—.

Explicó Dimitri, cogiéndome la mano.

— Sólo recuerdo llegar muy cansada del interrogatorio.

— Muy golpeada, para ser exactos—. Señaló el médico—. No tienes ninguna fractura o fisura, pero te marearás al levantarte un poco. Te golpearon en el lateral derecho, alterando tu sentido del equilibrio.

Eso explicaba mi notable dolor de cabeza, y agradecí el silencio que se había instalado en la habitación, porque de esa forma no notaba que la cabeza me iba a explotar. Parecía que volvía de un día de resaca, pero sin haber bebido absolutamente nada. El médico sacó las tan esperadas carpetas bajo nuestra atenta mirada.

Capítulo 19

Las carpetas estaban plastificadas para que nadie ajeno leyese su contenido. Las escondimos donde todo lo demás, en la funda de almohada, por el momento, a la espera de tener todo el material. Nos despedimos del médico que me recomendó reposo. Comí un poco, pero no pude mantenerlo en el estómago por lo que acabé vomitando todo; parecía posible que tuviese una conmoción debido al golpe. Nos fuimos a dormir; pues poco más podíamos hacer.

Los dos días siguientes fueron monótonos, con la diferencia de que no nos llamaron a interrogatorio. Estábamos a 28 de diciembre, casi podría decirse que acabaríamos el año allí, pero entonces vino el médico. Traía consigo su maletín y fingió inspeccionar el hombro de Ivan, el cual había mejorado notablemente; la bala no había tocado la articulación ni los ligamentos. Ivan era un tipo con suerte, en ese sentido. Cuando se hubieron ido los guardias, comenzó a sacar todo lo que le había pedido Alex. Era material químico con el que podías hacer una o varias bombas perfectamente. El plan era más complicado que el que habían ungido para rescatarme; dependía de una coordinación perfecta, pero todo el mundo sabía que salir de Elite era más fácil que infiltrarse en ello. Alex se puso a trabajar en las bombas toda la mañana; para ser matemático, se le daba muy bien la químico.

Cuando estuvieron listas, se las entregaron a Maloknikoff para que las colocase en lugares estratégicos. Por la noche todo estaba completo para el día siguiente. No podíamos actuar hasta el día 29 pues era un momento de poca seguridad. Necesitábamos que todo saliese bien.

El plan comenzó con la llegada del desayuno. Tuvimos que dejar K.O a los guardias, robarle las llaves y dejarlos encerrados en la celda que antes nos pertenecía. Llevábamos dos armas, además de las que Maloknikoff nos había traído; también, Alex y Dimitri se habían puesto el uniforme de los guardias, que contaba con una máscara, lo que nos daba mayor margen de maniobra. Pasamos junto a la primera bomba, por lo que Alex echó un par de gotas de agua a un mineral que estaba en el suelo, el cual comenzó a arder, encendiendo la mecha. Eso nos daba cinco minutos para cambiar de sección. Nos cruzamos con unos guardias, para nuestra desgracia.

— ¡Alto! ¿Dónde lleváis a los prisioneros? —. El casco hacía que la voz sonase distorsionada.

— Romanov mandó llamar a ellos tres—. Dijo Alex, muy en su papel—. Posiblemente pida la presencia de los dos restantes después, así

que estaos atentos a la radio.

— Entendido, prosigan su camino y gracias por el aviso, compañero.

Seguimos el camino, cada vez más nerviosos. Si nos descubrían, estábamos muertos con total seguridad, por eso el plan exigía una perfecta coordinación de los tiempos, además de muchísima suerte. Podíamos morir a manos de Elite, o estallando en pedazos.

Ninguna de las dos opciones sonaba especialmente tentadora. Si algo me llamaba la atención de Elite era su estructuración interna. Las cárceles estaban en la planta más alta de los edificios. Bajamos las escaleras dirección a la zona de medicina. Teníamos que sacar a Maloknikoff de ahí y nos quedaba poco tiempo. Por suerte, el despacho del médico estaba justo al lado de las escaleras que bajaban a la tercera planta, lo que nos permitía salir corriendo antes de que la cuarta y quinta planta volaran por los aires. Él ya estaba preparado cuando lo vimos, y justo al pisar el último escalón, la bomba estalló, provocando que cayésemos debido a la onda expansiva. Ivan se quejó del hombro al caer pero siguió avanzando sin más. Admiraba su fortaleza, hasta el punto de llegar a pensar que quizás no lo conocía tan bien como creía. Ivan era una caja de sorpresas: lo mismo querías abrazarlo y protegerlo, que se mostraba heroico y con una actitud totalmente distinta a la conocida anteriormente.

Me sorprendió encontrar auténticos amigos a los que ya no podría matar, ni lo haría. ¿Qué clase de persona sería si lo hiciese? Una cruel y despiadada, como antes era. Algo había cambiado en mí tras la misión, no me sentía igual que antes; definitivamente no lo era.

Los pasillos se llenaron de miembros de Elite preguntándose que había sido esa explosión. Nos mezclamos entre el tumulto de personas, intentando pasar desapercibidos. Para el resto, sólo éramos prisioneros siendo llevados ante el jefe, o eso éramos hasta que alguien se comunicó con ellos y se dieron cuenta de que no era así. Nos capturaron de nuevo, y llevaron ante McGarret y Romanov que habían pedido expresamente que nos llevasen con vida. En nuestro intento de huida, antes de ser capturados, nos deshicimos de varios miembros, unos diez, pero no los suficientes. En el despacho, ellos nos esperaban de pie. Ordenaron descubrir el rostro de Dimitri y Alex.

— Como imaginaba… No podíais estar separados. ¿Cuántos problemas pensáis darnos? Habéis destruido dos plantas del edificio, matado a más de una treintena de guardias y a diez miembros de Elite. ¿Qué clase de monstruos sois? Sólo Vasya y Roza son asesinas

experimentadas—. Arthur McGarret parecía enfadado.

— No todo sale como queremos siempre, McGarret—. Dije, desafiándole.

— ¡A mí sí! —. Gritó y me cogió de los hombros con fuerza. Su mirada estaba enloquecida—. ¡Siempre me sale todo bien, siempre sucede como quiero! ¡Hasta ahora! ¡TODO ES TU MALDITA CULPA!

— Estás mal acostumbrado, McGarret—. Mi voz era suave, no pensaba ponerme nerviosa.

Miré de reojo a los demás; sólo Alex estaba tranquilo ante la situación, todos los demás estaban o nerviosos o preocupados.

— ¿No te preocupa la situación? —. Preguntó Ivan a Alex, que se encontraba con las manos en los bolsillos del uniforme.

— ¿Ayudaría que lo hiciese? —. Preguntó Alex, dejando clara su postura. Todos se giraron a mirarle—. ¿Qué? No sirve de nada.

Andrew Romanov sacó una pistola y apuntó a la sien de Alex, pero justo en ese momento, Ivan y Dimitri apuntaron a Romanov con sus respectivas pistolas.

— Ahora sí deberías empezar a preocuparte, Alex—. Murmuró Ivan.

— Vaya, vaya, alguien olvidó desarmar a los enemigos ¿qué os hace pensar que podéis conmigo? Ser dos no significa nada.

— Tres—. Anuncié mientras noqueaba a McGarret y le quitaba la pistola—. Nunca has podido conmigo, Andrew… Ten cuidado.

Romanov esbozó una sonrisa y apartó el arma de la sien de Alex. Su sonrisa significaba que estaba ideando un plan, que me incluía y, sobre todo, no iba a gustarme.

—Quiero una última pelea, solos tú y yo—. Comenzó, ampliando su sonrisa—. Dejaré que ellos se vayan si luchas contra mí.

— ¡No, Vasya! —. Gritaron Dimitri y Roza.

Sabía las consecuencias y también que no me encontraba al 100% de mi rendimiento, pero debía aceptar. Estreché la mano que me tendía.

— Perfecto…—. Dijo mientras levantaba la pistola—. Pero antes, no puede quedar así—. Disparó y la bala dio en el centro de la cabeza de Roza—. Era una traidora, no entra en el pack y él tampoco—. Disparó de nuevo, matando al médico.

Quería ir hacia sus cuerpos sin vida pero un brillo de advertencia en la mirada de Romanov me lo impidió. Los demás debían seguir vivos. Me giré hacia ellos, exponiéndome a un ataque por la espalda.

— Chicos, salid de aquí, dadme diez minutos y si en diez minutos no he salido, continuad el plan—. No sabía si saldría de allí con vida, pero lo iba a intentar.

Dimitri asintió y tiró de Alex e Ivan; sabía que había hecho lo correcto al darles vía libre de escape, aunque eso significase morirse en combate.

— Bien—. Dijo Romanov cuando estuvimos solos—. Combate a muerte, sólo puede salir vivo uno de aquí—. Se acercó a mí y cogió mi barbilla—. Pero antes…—. Me besó con lentitud, como antes, pero mi cuerpo ya no reaccionaba a él, ya no era capaz de dejarme llevar—. Vaya, sí que has cambiado. Bien, ¿cuchillos o a mano desnuda?

— Cuchillos—. Confirmé—. Si digo a mano desnuda, me la jugarás y, en algún momento, sacarás un cuchillo. No me voy a arriesgar.

— Quien pensaría que me conoces tan bien—. Soltamos las pistolas y nos quitamos los cuchillos de la cintura y otras zonas. Sólo dejamos uno.

Ya estábamos con un solo cuchillo; a un lado McGarret estaba consciente pero se esfumó sin más, lo cual fue un error haber mirado porque una patada en la cabeza hizo que me desequilibrase aún más. Me recompuse lo más rápido que pude y ataqué a los pies, Me sentía lenta y espesa con respecto a Romanov, lo cual me dejaba en mucha desventaja. Poco a poco fui recuperando mayor equilibrio y empecé a sentirme más ligera, así que comencé a esquivar con más celeridad.

Me hizo un corte profundo en el brazo que ignoré a pesar de doler. Me acerqué a él arriesgándome a ser herida de frente y clavé mi cuchillo en su hombro, dejándolo ahí. Taponé el corte de mi brazo mientras retrocedía, el dolor era intenso y no tenía cuchillo en la mano; una patada en el costado me lanzó contra la pared, con tan mala suerte de abrir la herida que tenía ahí. La camiseta blanca empezó a tornarse roja poco a poco.

— Mírate, ¡estás acabada! —. Romanov sonreía triunfal con un cuchillo clavado en el hombro y otro en la mano. Su respiración estaba un poco acelerada, así que sabía que le dolía. Había recogido su cuchillo cuando tuvo que soltarlo por el dolor—. Aunque no te matase, morirías desangrada por esas heridas.

Clavé mi mirada en la suya con la intención de distraerlo de mi maniobra. Mientras él intentaba besarme de nuevo, yo rescataba el cuchillo que se encontraba en mi bota. Cuando nuestros labios se unieron, clavé en su cuello el cuchillo.

— Regla número tres: nunca confíes en la palabra de un asesino—. Murmuré sobre sus labios y lo aparté, dejando que se desangrase.

Salí de la habitación caminando lento debido al dolor. La mancha de sangre se había extendido demasiado. Vi a lo lejos a Dimitri corriendo hacia mí.

—Vasilisa—. Dijo cogiéndome en brazos—. Vámonos.

Dimitri corría hacia la puerta, conmigo en brazos, pero no lo entendí hasta que poco después el edificio entero estalló en llamas. Alex e Ivan vinieron seguidos de un hombre que reconocí como mi tío abuelo.

— Tío Thomas—. Sonreí, realmente cansada. Me encontraba muy débil.

— ¿Cómo sabes que soy Thomas y Joseph? —. Preguntó con sorpresa.

— Joseph llevaba patillas… Para ocultar una cicatriz. Y la barba arreglada… Como tú… Pero tú no llevas patillas…—. Mi voz apenas salía. Sentí una mano acariciando el pelo y luego sobre la frente.

— Tiene fiebre—. Oí una voz que no reconocí.

— Te quiero, Tío Thomas—. Susurré.

— Te quiero, Vasilisa—. Respondió y yo sonreí.

Después, todo se tornó borroso, sentía el dolor martilleándome el cuerpo y tras eso, oscuridad.

Capítulo 20

Desperté en una habitación color crema; estaba tumbada en una cama con dosel y un gotero conectado a mi brazo. Intenté moverme pero no pude, pues me dolía todo el cuerpo, sobre todo el costado. El brazo que no tenía gotero, estaba vendado así que supuse que ahí era donde había recibido la herida por parte de Andrew Romanov.

La puerta se abrió dando paso a mi tío Thomas y a un hombre que no conocía de nada.

— Vasilisa, estás despierta, que buena noticia.

— Vasya, este es Oskar Andreskovich, un muy querido amigo mío, además de médico.

— Llegaste con heridas muy graves, Vasya, tuvimos que transferirte sangre, pero ahora estás bien. Eso sí, recomendaría reposo durante días.

— Eso no va a ser posible, Oskar—. Anunció Thomas, sombrío.

— Pero no podéis iros, Thomas—. Se quejó. Parecía que ya lo habían hablado antes.

— Si nos quedamos, te matarán, no me puedo permitir perderte, no a ti también.

Un silencio sepulcral inundó la habitación; yo no quería hablar, tampoco estaba segura de ser capaz de hacerlo. Por la puerta, entraron Dimitri, Ivan y Alex, con caras serias pero que se tornaron felices al verme despierta.

— Vasya, ¡estás despierta! —. Alex sonreía tanto que pensé que no sería sano.

— Estoy… Bien, creo—. Murmuré con voz ronca, mientras todos rodeaban mi cama.

— ¿Dónde pensáis ir, Thomas? —. Preguntó Oskar con una mirada seria.

— Tenía pensado volver a Nueva York—. Murmuró, pensativo.

— Claro, con dos personas de la Rusia soviética y un italiano que lleva cinco años en Rumanía, seguro que no os detienen ni nada

parecido—. Ironizó Oskar, arqueando una ceja.

— Visto así… Necesitamos pasaportes nuevos.

Todos nos quedamos callados hasta que Ivan, que se balanceaba de una pierna a otra con incomodidad, carraspeó llamando nuestra atención.

—Yo… Podría mover algunos hilos—. Ofreció ante mi desconcierto.

Dimitri le miró con los ojos muy abiertos y luego frunció el ceño notablemente.

— Ivan, no tienes por qué hacerlo, ya sabes que podemos buscar otros medios.

— Quiero hacerlo, Dimka, deja que haga una llamada—. Salió de la habitación con el teléfono en mano.

— ¿Qué va a hacer? —. Pregunté con confusión y, a juzgar por cómo miraban a Dimitri, no era la única con dudas.

— Va a llamar a su padre.

— No comprendo—. Dijo Thomas, con ambas cejas arqueadas.

— Si sale bien, lo entenderás pronto.

Ivan entró en la habitación con el semblante serio y en silencio. Nadie habló durante unos minutos, en los cuales el silencio parecía ser necesario.

—Nos vamos a Berlín—. Anunció pasado un tiempo.

— ¿Berlín? —. Pregunté—. Pensaba que eras italiano.

— Larga historia, Vasya, pero mi padre nos espera para cenar mañana por la noche. Debemos coger el tren que salga más temprano, desde ahora, a Berlín para llegar, con suerte, de madrugada.

Asentimos y Dimka se fue a organizar las maletas, seguido de Alex. Thomas no se movió de su lugar; se frotaba la barbilla, parecía estar pensando en algo intensamente.

— ¿De qué parte de Berlín? —. Preguntó finalmente.

Ivan se removió incómodo en su lugar, casi parecía no atreverse a responder pero, al final, suspiró y accedió a contestar.

— Occidental, Thomas.

Me sorprendió hasta a mí que el padre de Ivan viviese en el Berlín occidental, ¿cómo un padre deja que su hijo vaya a la zona oriental sin oponerse? No lo podía comprender. Preferí callar mis pensamientos, pues si los exteriorizaba podrían causar estragos.

— Será mejor que vaya a preparar mis maletas—. Dijo Ivan antes de irse.

— Thomas, ¿cómo pensáis llevaros a Vasilisa? —. Preguntó Oskar—. No puede hacer muchos esfuerzos ahora.

— Estaba pensando en una silla de ruedas… ¿es posible?

Oskar asintió y salió de la habitación sin decir nada más. Quería decirle tantas cosas y preguntar tanto a Thomas que no me salían las palabras. Nos quedamos mirándonos fijamente hasta el punto en que empezamos a reír sin motivo aparente. No quería reírme pero no podía evitarlo y, además, me dolía reírme.

— Cuidado, Vasilisa—. Thomas corrió a mi lado al ver la mueca de dolor—. No deberías hacer esfuerzos, ni siquiera reír.

— Lo siento—. Murmuré—. No quería preocuparte ni nada por el estilo.

— Cariño, no te preocupes por eso, yo estoy aquí para cuidarte—. Acarició mi cabello y me sentí como si tuviese diez años otra vez.

— Thomas ¿por qué no me dijiste que eras mi abuelo aquel día? En el café—. Pregunté con tristeza.

— No podía, pequeña, eso te hubiese puesto en peligro, aunque no pude evitar que sucediese. Duerme un poco.

Asentí y cerré los ojos, cayendo en un profundo sueño.

Cuando desperté volvía a tener cinco rostros mirándome, lo cual me asustó un poco.

— Sí, esta es la mejor forma de despertar—. Sonrió Ivan, apartándose.

Le hubiese matado de haberme encontrado en plenas condiciones de salud, pero no me apetecía. Me ayudaron a sentarme en la silla de ruedas y Oskar insistió una vez más en mi reposo y en que nos quedásemos, pero le ignoramos todos. Salimos de la habitación, después de despedirnos, para dejar a Oskar y Thomas un poco de intimidad y la oportunidad de despedirse correctamente. Cuando Thomas y Oskar salieron, este nos acompañó hasta la puerta, donde abrazó a Thomas y se susurraron algo antes de dirigirnos al coche para ir a la estación. Costó un poco meter la silla de ruedas, ya que hubo que plegarla y eran un poco torpes, porque no sabían cómo hacerlo y cuando lo consiguieron, eran incapaces de hacer que entrase en el maletero. Tuvo que ir Oskar a meter la silla de ruedas en su lugar.

Una vez en la estación, Ivan me sonrió y dijo.

— ¿Preparada para ir en un tren de lujo?

— Veo que nunca has visto el metro de San Petersburgo—. Me reí, sin pretender ofender.

— No—. Dijo con confusión—. ¿Qué le pasa?

— Lo verás en otra ocasión—. Prometí y subimos al tren, camino a un destino incierto lleno de preguntas sin respuestas.

Capítulo 21

EPÍLOGO

Arthur McGarret entró en el enorme edificio de aspecto futurista, en la ciudad de Manhattan. Subió por el ascensor, pues no pensaba ir por las escaleras arriba durante doce pisos, no se consideraba un loco. Las puertas del gran despacho le recibieron nada más el ascensor se paró en el doceavo piso.

— Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —. La secretaria era una chica joven de veintidós años, pelirroja y con ojos verdes. Todos pensaban que era algo tonta, pero lo cierto es que había sido la más inteligente al saber dónde colocarse y cómo hacerlo.

— Buenos días, me llamo Arthur McGarret—. Dijo apoyándose en la mesa, en pose seductora.

— Oh, señor McGarret, el señor X estaba esperando su llegada—. Anunció la secretaria, ignorando la postura de Arthur—. Por favor, espere mientras le anuncio que está ya aquí.

La chica, vestida con una estrecha falda por encima de la rodilla y una camisa blanca, entró al despacho. Un hombre con el cabello rubio, una máscara tapándole medio rostro y ojos azules levantó la cabeza de sus papeles nada más entró ella.

— Katherine, ¿ocurre algo? —. Preguntó mientras se levantaba e iba hacia ella.

— Sólo venía a anunciarle que el señor McGarret ya ha llegado—. Ella esbozó una sonrisa. Sabía que su trabajo sería recompensado después.

— Muchas gracias, Kathy—. Le dio un suave beso en los labios—. Luego te veo.

Katherine salió del despacho, indicándole a Arthur McGarret que entrase. Este se arregló la corbata, se recolocó bien la chaqueta y entró.

— Buenos días, señor X—. Saludó cortés.

— Buenos días, Arthur… Llámame Xavier, por favor. Siéntate y hablemos del tema que nos ocupa.

Se sentaron cada uno en un sillón del despacho. Xavier le ofreció un cigarro a Arthur pero este lo declinó.

— Lo estoy dejando—. Confesó.

— Eso está muy bien—. Xavier encendió el cigarro—. Cuéntame… ¿Qué ha sido de la misión?

— Se nos escaparon. Consiguieron huir de la sede y ahora Elite no existe; la han hecho volar en pedazos.

— Veo que son muy escurridizos… ¿Conoces su paradero? Ya sabes que te pago para encontrarlos, no para tontear con ellos.

— Todavía no los hemos localizado, pero creemos que viajarán a Nueva York, a casa de Thomas Andersen.

Xavier se pasó la mano por el pelo, pensativo. Ya le habían dado demasiados problemas.

— ¿Qué hay de Vasilisa Belikova?

— Estaba herida, pero luchó con valor contra Andrew Romanov.

— ¿Ha muerto? —. Preguntó tras dar una calada a su cigarro.

— Es posible, pero no estamos seguros. Sus heridas eran muy graves, demasiado para haber sobrevivido, pero Dimitri Petrov se la llevó en brazos mientras se desangraba.

— ¿Cuál es el estado de Andrew Romanov?

— Estable, vivo; le dejó muy mal pero saldrá adelante. Le han tenido que reconstruir las venas del cuello, no sé como lo han hecho, pero está vivo.

Un silencio sepulcral inundó la sala, sólo roto por el humo expulsado. Xavier se levantó y cogió unos papeles que tenía sobre la mesa. Los metió en una carpeta color crema y se los entregó a Arthur.

— Te llamaré cuando sepa donde están—. Prometió Arthur mientras se levantaba.

— Se que lo harás—. Respondió Xavier, impasible.

Se despidieron con un gesto de cabeza. Arthur McGarret salió del edificio mientras que Xavier se quedó mirando por la ventana como

este se subía a un coche y desaparecía. Llamó a Katherine, que entró rápidamente en la sala.

— ¿Ocurre algo, Xavier? —. Preguntó pasándole las manos por los hombros.

— Nada importante, quería verte—. Se giró y colocó las manos alrededor de las caderas de ella—. Quiero un rato solo para nosotros.